



LAUS HISPANIAE

REVISTA DE HISTORIA DE ESPAÑA
ESPECIAL NORTEAMÉRICA



DON JUAN DE OÑATE

LAS MISIONES ESPAÑOLAS

LOS ORÍGENES HISPANOS DE OREGÓN

LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN ALASKA

**LOS ESTADOS UNIDOS
HISPANOS**





AMIGOS OF HISPANIC HERITAGE USA



AMIGOS DE LA HERENCIA HISPANA
EN LOS ESTADOS UNIDOS

LH

LAUS HISPANIAE ESPECIAL | 2022

DIRECTOR | Juan Pablo Perabá
direccion@laushispaniae.es

REDACTOR JEFE: Javier Martínez-Pinna

COLABORADORES | Fran Hurtado,
Alfonso Borrego, Alberto Ruiz de Oña,
Matías Trejo, Jorge Luis García, Eduardo
Garrigues, César Muro, Martha Vera,
José Garrido, Andrés R. Rodríguez

DISEÑO EDITORIAL Y

MAQUETACIÓN: d-magmakers

DIRECTORA DE ARTE | Helena R. Olmo

DISEÑO WEB: Belén Serveró

EDITA

LAUS HISPANIAE

Alicante

<https://laushispaniae.es/>

<https://twitter.com/laushispaniae>

<https://www.facebook.com/laushispaniae/>

ISSN 2660-5953

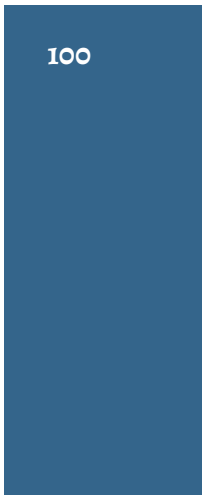
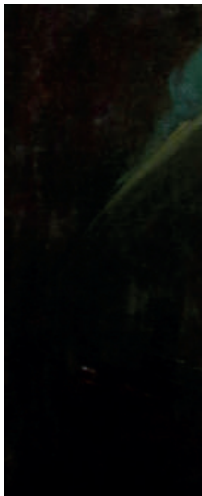
La revista no se hace responsable de la veracidad, exactitud, adecuación y actualización de la información y/u opiniones suministradas por sus redactores y colaboradores, si bien empleará todos los esfuerzos y medios razonables para que la información suministrada sea veraz, exacta, adecuada, idónea y actualizada.

EDITORIAL

JUAN PABLO PERABÁ & JAVIER
MARTÍNEZ-PINNA,
editores de *Laus Hispaniae*

Hasta fechas demasiado recientes, a los españoles se nos quiso enseñar a renegar de nuestro pasado. Por fortuna, para hacer frente a la visión sesgada de la historia de España, han aparecido en los últimos años un grupo de autores y asociaciones dispuestos a dar la batalla cultural para evitar que cualquier agresión a nuestra historia, a nuestras tradiciones y a la soberanía nacional quede sin respuesta. La revista que tiene entre sus manos es fruto de la colaboración de Laus Hispaniae y de la Asociación Cultural Héroes de Cavite, dos proyectos unidos bajo el mismo deseo de reconstruir los lazos históricos, lingüísticos, culturales y sociológicos necesarios para fomentar la concordia y la convivencia entre los ciudadanos españoles, hoy erosionada por el auge del populismo, el indigenismo radical y el nacionalismo disgregador y excluyente.

Hace justo un año, ofrecimos a nuestros suscriptores un número en el que desmontamos los principales mitos de esa leyenda negra que amenaza la supervivencia de España como nación. Hoy les ofrecemos un número especial con el que pretendemos recordar la enorme influencia y las huellas de la presencia española en tierras de los actuales Estados Unidos de América. Como en ocasiones anteriores, Laus Hispaniae y Héroes de Cavite hemos logrado unir en estas páginas a colaboradores de primer nivel, como Alfonso Borrego (descendiente de Jerónimo) y a las principales asociaciones hispanistas en EEUU, como Descendientes de la Expedición de Oñate, el Consulado honorario de España en El Paso (Texas), la Cultural Heritage Society, el Instituto de Cultura Oregoniana y la asociación cultural México Hispano, entre otros muchos. Expediciones españolas en Alaska, los orígenes hispanos de Oregón, el descubrimiento de las Californias, la expedición de Oñate... Estos y más temas en este nuevo número de Laus Hispaniae que no le dejará indiferente.





SUMARIO

06 LOS ESTADOS UNIDOS ESPAÑOLES

Vindicación de la acción colonizadora en América

Fran Hurtado

18 DESCUBRIENDO LAS CALIFORNIAS

Exploraciones en el oeste americano

Alberto Ruiz de Oña

32 LA EXPEDICIÓN DE OÑATE DE 1598

El nacimiento del sudoeste americano

Alfonso Borrego

40 LOS ORÍGENES HISPANOS DE OREGÓN

Vestigios de una época legendaria

Matías Trejo de Dios

46 LAS MISIONES ESPAÑOLAS

San Antonio de Valero en Texas

Jorge Luis García Ruiz

56 BERNARDO DE GÁLVEZ

Un héroe de carne y hueso

Eduardo Garrigues

66 APACHES Y COMANCHES

La pacificación de Nuevo México

César Muro Benayas

80 DON JUAN DE OÑATE

Relato de su expedición de 1598

Martha Vera

90 LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN ALASKA

El Imperio español en el Pacífico

José Garrido Palacios

100 FLORIDA HISPÁNICA Y REHISPANIZADA

Herencia española en el sudeste americano

Andrés R. Rodríguez

Descubrimiento del Gran Cañón del Colorado, por
Augusto Ferrer-Dalmau



LOS ESTADOS UNIDOS ESPAÑOLES

VINDICACIÓN DE LA ACCIÓN COLONIZADORA ESPAÑOLA EN AMÉRICA

FRAN HURTADO

«Si no hubiera existido España hace cuatrocientos años, no existirían hoy los Estados Unidos... Porque creo que todo joven sajón-americano ama la justicia y admira el heroísmo tanto como yo, me he decidido a escribir este libro. La razón de que no hayamos hecho justicia a los exploradores españoles es sencillamente porque hemos sido mal informados. Su historia no tiene paralelo... Amamos la valentía, y la exploración de las Américas por los españoles fue la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de proezas que registra la Historia...».

Charles Fletcher Lummis



Entre los siglos XVI y XIX —esto es, durante más de trescientos años— la Corona española gobernaba en casi todo el continente americano. Y pese a lo prolongado de ese dominio, la presencia española en los actuales Estados Unidos y Canadá ha caído en un extraño —no por ello menos lamentable— olvido. Un abandono especialmente notable entre los propios españoles, que desconocen la inmensa huella de nuestros antepasados en aquellas tierras. Y es que en su momento de máxima expansión, entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, los territorios españoles comprendían más de la mitad del actual Estados Unidos.

Los actuales estados norteamericanos de California, Nevada, Colorado, Utah, Nuevo México, Arizona, Texas, Oregón, Washington, Florida, la Gran Luisiana, y buena parte de Idaho, Montana,

Wyoming, Kansas, Oklahoma, Misisipi y Alaska fueron en algún momento posesiones españolas que formaron parte del Virreinato de Nueva España. Lo mismo ocurría con la parte suroeste de Columbia Británica, dentro del actual Canadá. En Alaska, la ocupación se limitaría a algunas factorías comerciales que, posteriormente, serían abandonadas.

Están escritos en español los primeros informes que se conocen sobre la geografía, los aborígenes de Estados Unidos y sus respectivas lenguas. La primera partida de nacimiento registrada en el país fue la de un español. Manos españolas fundaron la primera ciudad: San Agustín en Florida, en 1565. El primer occidental que pisó el territorio de los Estados Unidos y permaneció en él fue Ponce de León, a partir del 2 de abril de 1513. El primer



© Bullock Museum, Texas

Pintura de José Cisneros que representa cuando los colonos españoles, al mando de Juan de Oñate, celebraron en 1598 una comida de Acción de Gracias con los indios Mansos, una tribu nativa de la actual zona de El Paso

libro redactado dentro de los confines del país se debió al hermano Báez, jesuita de las misiones de Georgia en 1569, y España también llevó a Norteamérica la primera representación teatral.

Más aún, el primer *Thanksgiving Day* de Norteamérica lo celebró Pedro Menéndez de Avilés tras fundar San Agustín de la Florida el 8 de septiembre de 1565, mediante una misa y una comida de hermandad celebrada entre españoles y nativos *saturiwa*, cincuenta y seis años antes que los peregrinos de Plymouth Rock. Y también el segundo, en este caso el 30 de abril de 1598, cuando seis-



Celebración de Acción de Gracias por los españoles tras la fundación de San Agustín de la Florida en 1565

© Florida Museum of Natural History



Placa conmemorativa en el Centro de Visitantes del Parque Estatal de Fort Mosé en Florida

cientos colonos españoles, encabezados por Juan de Oñate, atravesaron el río Grande en El Paso —Texas—, y celebraron junto con los indios Mansos el final de una larga travesía a través del desierto de Chihuahua. Su ceremonia de Acción de Gracias todavía se conoce como el Día de Gracias Tejano y ha sido reconocido en resoluciones de la legislatura estatal.

Por si fuera poco, el primer asentamiento libre para esclavos africanos de Norteamérica lo crearon los españoles en Fuerte Mosé, un refugio creado en 1738 por el gobernador de la Florida española para los esclavos que huían de las plantaciones británicas de Carolina, a los que se concedía libertad a cambio de la fidelidad al rey de España y conversión al catolicismo. Defendieron con su sangre la libertad otorgada e hicieron importantes contribuciones a la herencia multiétnica de Florida.

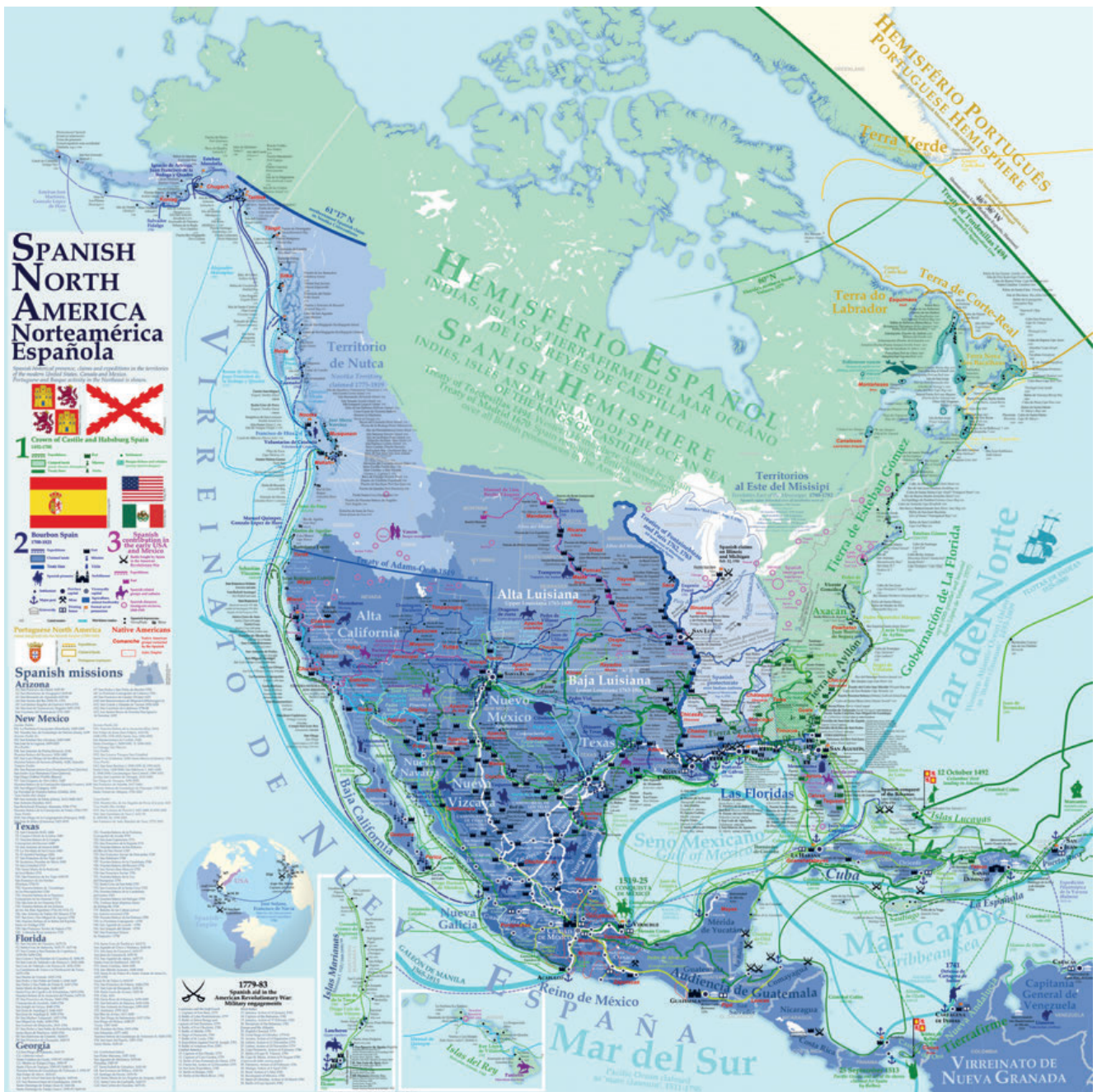
UN MAPA QUE LO CUENTA TODO

El primer asentamiento libre para esclavos africanos de Norteamérica lo crearon los españoles en Fuerte Mosé, un refugio creado en 1738 por el gobernador de la Florida española

El usuario de Wikimedia Commons Nagihuin publicó el 2 de agosto de 2020 esta detalladísima cartografía que cubre tres siglos de exploración y conquista españolas. El mapa ilustra las inmensas rutas comerciales, expediciones militares y trazados marítimos que el Imperio español emprendió a lo largo y ancho de América del Norte.

Desde el vivero político y civilizatorio de Ciudad de México hasta los rincones remotos de Alaska y el Yukón. Un compendio de actividad colonial que ayuda a comprender

adecuadamente por qué América del Norte es como es a día de hoy. Por su grado de precisión, información y detalle recomendamos evidentemente que se analice con atención —y con tiempo— el [enlace](#) a este mapa.



LOS PIONEROS ESPAÑOLES QUE EXPLORARON NORTEAMÉRICA

En 1513 Juan Ponce de León había descubierto para Europa la península de Florida —en el día de la Pascua Florida—, y con ello el actual territorio de Estados Unidos. Viajó por todo el litoral atlántico de esta península. La colonización española de EEUU echaba por tanto a andar. En 1519 Alonso Álvarez de Pineda navegó la costa occidental de Florida y toda la costa sur del actual Estados Unidos, incluidas la de Tejas, a lo largo del golfo de México. Durante el siglo XVI navegantes españoles

subieron por la costa este, atravesando el litoral de Georgia hasta la actual Carolina del Sur. Los jesuitas establecieron cuatro misiones en el interior de Carolina del Norte (cerca del actual Greensboro), no lejos del límite con Virginia, a poco más de quinientos kilómetros del actual Washington DC.

El Gran Cañón del Colorado lo descubrió en 1540 el español García López de Cárdenas y Figueroa, lugarteniente de la expedición de Vázquez de Coronado. San Francisco fue establecido por franciscanos —predominantemente españoles— al crear la misión San Francisco de Asís en 1776, año en el



que las Trece Colonias de la costa este declaraban su independencia de Gran Bretaña y desconocían todo lo que ocurriera más allá de los Grandes Lagos.

cuatro fueron hallados por españoles y llevados a Ciudad de México, donde todos se maravillaron de su hazaña.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca fue uno de los cuatro supervivientes de la expedición de seiscientos hombres y cinco barcos que Pánfilo de Narváez lideró en 1527. Aquella expedición, en la que Cabeza de Vaca fue alguacil mayor y tesorero, lo convirtió no solo en náufrago, también en rehén de varias tribus indígenas. Comenzó ahí el calvario de su extravío, sobreviviendo por junglas y manglares durante nueve años, caminando más de ocho mil kilómetros a pie por Florida, Texas, Nuevo México, Arizona y California. En 1536 los

Sin embargo, la primera y más organizada conquista del Oeste americano corrió a cargo del adelantado Juan de Oñate, considerado como el último de los grandes conquistadores

Trasladado a España, el emperador Carlos I lo nombró capitán general y gobernador del Río de la Plata y del Paraguay. Fue el primer europeo en llegar a las cataratas del Iguazú y en explorar el curso del río Paraguay.

Hernando de Soto fue el primer europeo en vislumbrar en 1541 el río Misisipi, el cual cruzó continuando su recorrido hacia el oeste, donde recorrió asimismo las actuales Arkansas, Oklahoma y Texas. Finalmente murió en el mismo Misisipi. Puesto que De Soto era considerado inmortal entre los nativos,



su cuerpo fue ocultado en mantas lastradas con arena por sus hombres. Después lo hundieron en medio de este río, donde reposan sus restos.

En 1565 España estableció el primer asentamiento europeo permanente en el territorio de Estados Unidos y Canadá, al norte de la actual Florida. La ciudad de San Agustín —primera ciudad de Estados Unidos fundada por europeos— se encuentra en la costa atlántica y fue fundada por Pedro Menéndez de Avilés.

Sin embargo, la primera y más organizada conquista del Oeste americano corrió a cargo del adelantado Juan de Oñate, considerado como el último de los grandes conquistadores y cuya extraordinaria aventura tuvo lugar ya finalizando el siglo XVI. Exploró y conquistó para España los inmensos territorios de Nuevo México, Arizona y Texas.

El primer descubrimiento europeo registrado de la bahía de San Francisco fue el 4 de noviembre de 1769. Ocurrió cuando el explorador lerdano Gaspar de Portolá, incapaz de encontrar el puerto de Monterrey (California), continuó hacia el norte hasta cerca de lo que es en la actualidad Pacífica. Escaso de agua y comida, Portolá, con una expedición de sesenta y tres hombres y doscientos caballos, dejó la costa para viajar tie-

rra adentro, alcanzando la cumbre de 370 metros del Sweeney Ridge, desde donde vio la bahía de San Francisco.

DOS MISIONEROS EN SONORA Y CALIFORNIA

Dos geografías muy distintas fueron el escenario de dos hombres de Dios también muy diferentes, ambos comprometidos con una misma empresa, la misión: el padre Eusebio Francisco Kino (1644—1711) en el desierto de Sonora y fray Junípero Serra (1713—1784) en la costa de California. Un jesuita de origen alemán y un franciscano nacido en la española isla de Mallorca.

Kino, conocido como «el padre a caballo», recorrió incansablemente los caminos del noroeste de la Nueva España. Como un verdadero hombre de la frontera, Kino fue a un tiempo constructor de misiones, rancharo, ganadero y agricultor.

Junípero Serra fundó el sistema franciscano de misiones de California en su condición de padre superior. Fueron tantos miles las leguas que cubrió durante los años de labor en California que puede identificarse como el hombre que caminaba y caminaba... También se ocupó del desarrollo material de la población indígena con la introducción de la agricultura y la irrigación. Serra, uno de los padres fundadores de California, es el único



Cuadro de William H. Powell que recrea el encuentro de Hernando de Soto con una tribu india a orillas del Misisipi. El pintor, llevado por su imaginación, se tomó la libertad de incluir a un sarraceno en el lienzo

español que tiene una estatua en el National Statuary Hall Collection en el Capitolio de los Estados Unidos, Washington D.C.

HASTA EN EL NOMBRE. EL VITAL APOYO DE ESPAÑA A LA INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS

Ya en el siglo XVIII, conviene no olvidar la determinante ayuda que prestó España para la guerra de Independencia, que dio lugar a la creación de los Estados Unidos de América.

España ayudó a los ciudadanos de las Trece Colonias con dinero, armas, munición, mantas y vestuario, y finalmente con ayuda militar directa. El caso es que sabemos exactamente qué se envió a los rebeldes, ya que el responsable de esta operación, el conde de Aranda —ministro y embajador del rey español Carlos III— documentó toda la ayuda material, muy considerable para la época: 30.000 mosquetes y bayonetas, 512.314

cajas de munición, 251 cañones, 300.000 libras de pólvora, 12.868 granadas, 30.000 uniformes y 4.000 tiendas de campaña. Además de medicamentos, comida y material de campaña diverso, y el apoyo adicional de más de 11.000 soldados. El ejército rebelde que ganó la batalla de Saratoga en 1777 estaba íntegramente equipado con este material.

A esto hay que sumar las cantidades de dinero: España envió a los Estados Unidos ciento veinte mil reales de a ocho en efectivo, y órdenes de pago por valor de otros cincuenta mil. Esta ayuda sirvió para respaldar la deuda pública estadounidense del momento, y fueron copiados dando origen a su propia moneda, el dólar estadounidense. Y un hecho curioso y ciertamente relevante: el malagueño Luis de Unzaga y Amézaga, gobernador de la Luisiana española y pionero del libre comercio por el Misisipi, fue el primero en acuñar el término Estados Unidos de América. Lo han descubierto los profesores, también malagueños, Frank

Cazorla y Rosa García Baena, en una carta escrita por George Washington.

En 1776, año de la Declaración de Independencia, George Washington escribió en una carta a Joseph Reed, su hombre de confianza, que acababa de recibir una muy halagadora misiva de Luis Unzaga donde lo menciona como general de los Estados Unidos Americanos. A Washington le gustó tanto el término Estados Unidos, que además estaba escrito en español, que desde ese momento empezó a utilizarse en vez de los trece estados, como se le denominaba anteriormente.

Luis de Unzaga fue uno de los impulsores del nacimiento de Estados Unidos. Para ello se valió de una potente red secreta de contactos familiares. Unzaga se informó de la llegada de tropas británicas hacia América y puso todo su empeño en ayudar a George Washington. Una importante figura de la época.

Pero, sin duda, la ayuda española en el terreno se vio protagonizada principalmente por la actividad estratégica y militar de don Bernardo de Gálvez,



Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, con la firma de los padres fundadores

siguiente gobernador de la Luisiana española, el cual personalmente dirigió ofensivas contra los fuertes británicos que se habían establecido en el



Óleo de Jean Leon Gerome Ferris que recrea el nacimiento de la bandera de EE.UU, con Washington sentado a la izquierda. En el detalle inferior, Luis de Unzaga

Misisipi. *La caída de Fort Bute*, la victoria en *la batalla de Baton Rouge* así como la conquista de *Natchez y Mobile* se cuentan entre sus hazañas. También se atrevió nuestro ilustre compatriota a encabezar, al mando de su bergantín *Galveztown*, una ofensiva contra la bahía de Pensacola —la que le otorgará añadir a su escudo de armas el lema «Yo Solo»—, pasando a ser territorio español en 1781 y cerrando así cualquier intento de ofensiva británica a través del río Misisipi. También recuperó las dos Floridas de manos inglesas.

La apertura de un segundo frente de batalla por Gálvez debilitó militarmente la posición británica

Por su parte, Bernardo de Gálvez es justamente considerado en Estados Unidos como uno de los héroes fundacionales, y un retrato suyo está expuesto con honor en el Capitolio

en el continente americano, y resultó vital desde el punto de vista estratégico para el inicio de las victorias de George Washington. Esto, unido a la ayuda económica y a victorias como la de la toma de Pensacola, hizo que los patriotas americanos en ese momento consideraran la intervención española tan decisiva para el triunfo de las tropas americanas que, durante la parada militar del 4 de julio, Diego de Gardoqui —primer embajador de España en el nuevo país— desfiló a la derecha de George Washington en reconocimiento a labor y apoyo españoles a la causa americana. Por su parte, Bernardo de Gálvez es justamente considerado en EEUU como

Por España y por el Rey, Gálvez en América, cuadro de Augusto Ferrer-Dalmau



uno de los héroes fundacionales, y un retrato suyo está expuesto con honor en el Capitolio.

El 16 de diciembre de 2014 el entonces presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, firmó la resolución conjunta del Congreso estadounidense por la que se concedía la ciudadanía honoraria de los Estados Unidos a Bernardo de Gálvez y Madrid, doscientos veintinueve años después del fin de la guerra de independencia.

LLEGARON HASTA ALASKA

Alaska era, a finales del siglo XVIII, el canto del cisne de la exploración española de América. La efímera ocupación de este territorio hostil es una de las páginas más desconocidas de nuestra historia. Un nombre descuella por encima de todos: el del leridano Salvador Fidalgo —nacido en Seo de Urgel en 1756—, que fue quien, en junio de 1790, bautizó Puerto Valdez y Córdova por encima del paralelo 60° Norte. Son dos de los vestigios de un periodo épico, en las últimas décadas del siglo XVIII, en el que España, en una serie de expediciones memorables, exploró y tomó posesión en el oeste de Canadá y en Alaska.

Tras explorar la costa, el 3 de junio Fidalgo tomó posesión del territorio en nombre de la Corona española y bautizó la ensenada como bahía de Córdova (a 60° de latitud Norte) en homenaje a Luis de Córdova, capitán general de la Armada. Cuatro días después, hizo lo propio en la ensenada de Menendes.

Hoy en día, Puerto Córdova aún sobrevive en los mapas como uno de los topónimos en español más septentrionales del mundo. También sobrevive el topónimo de Puerto Valdez, bautizado también por Fidalgo el 15 de junio de 1790 (en reconocimiento al ministro de Marina An-

tonio Valdés), y de cuyo municipio el petrolero del desastre ecológico adoptó el apellido.

UNA AVENTURA DE TRESCIENTOS AÑOS

En fin, lo cierto es que la presencia española por ejemplo en Florida duró trescientos años —más tiempo que el que actualmente lleva perteneciendo a EEUU—, unos doscientos setenta en Arizona, el sur de California y partes de Alabama, y más de doscientos años en Nuevo Méjico y zonas de Misisipi.

El 10 de julio de 1821 —una década después de la invasión napoleónica— España cedió la Florida a los Estados Unidos, terminando oficialmente su presencia en los territorios de la Unión. La colonización española de EEUU había terminado. ■



Retrato de Bernardo de Gálvez expuesto en el Capitolio de EEUU, junto con otros héroes americanos

© Capitolio de EEUU, Washington

DESCUBRIENDO LAS CALIFORNIAS

EXPLORACIONES EN EL OESTE AMERICANO

ALBERTO RUIZ DE OÑA

Para conocer el origen del nombre de California nos tenemos que remontar a 1508, cuando García Rodríguez de Montalvo escribió un romance caballeresco sobre la conquista de México donde se menciona una isla al oeste de las Indias, llamada California, que era gobernada por una mujer llamada Calafia y que «era una isla poblada por mujeres negras, sin ningún hombre entre ellas, porque viven a la manera de las amazonas».

Tropicus Capricorni

Hernán Cortés era muy aficionado a este tipo de romances y se propuso buscar esa isla; por ello, cuando la expedición de 1533 llegó a esas tierras, le pusieron ese nombre, California.

Durante más de ciento cincuenta años los españoles intentaron sin éxito establecerse en las Californias que hoy conocemos, la mexicana (dividida en dos estados: Baja California Norte y Baja California Sur) y la California estadounidense. No sería hasta las postrimerías del siglo XVII y durante el XVIII cuando lograrían afincarse en aquellas tierras desconocidas. Hasta esa fecha se realizaron muchas expediciones lideradas por intrépidos y valientes personajes, varios de ellos desconocidos por la historia, y que, aunque tomaron oficialmente posesión de esas tierras en nombre de su rey, no consiguieron establecer poblamientos permanentes.

Todo empezó cuando el inquieto extremeño Vasco Núñez de Balboa marcó un hito en la historia el

25 de septiembre de 1513 al subirse a la cima de un monte de la cordillera del río Chucunaque (Panamá), desde donde pudo contemplar por primera vez el «mar del Sur», llamado después por Magallanes océano Pacífico. Había salido el primer día de ese mes con ciento noventa hombres desde Santa María de la Antigua del Darién, en la actual Colombia, la primera ciudad de la América continental, que había fundado dos años antes.

Con ello se abría en el siglo XVI, un periodo de numerosos viajes marítimos para recoger información sobre las nuevas costas y mares cercanos, para cartografiar los contornos y encontrar los posibles pasos de un océano a otro y lograr, por fin, el camino corto a las Indias, el famoso estrecho de Anián que supuestamente comunicaba el océano Atlántico con el Pacífico. Y es entonces cuando los navegantes descubrieron California.

Además del espíritu de aventura y de evangelización de los nativos que encontrasen, los exploradores tenían el aliciente de una fantástica leyenda sobre que en aquella zona existían siete ciudades hechas de oro que pertenecían al mítico reino de Cíbola.

El propio Hernán Cortés fue el primero que tomó la iniciativa de explorar la costa norte del continente americano al organizar cuatro expediciones.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA

En 1532 Cortés envió su primera expedición, capitaneada por su primo Diego Hurtado de Mendoza, que debía explorar la costa noroeste del Pacífico mexicano en busca de nuevas tierras y, sobre todo, de un paso por el norte hacia el océano Atlántico, el mítico estrecho de Anián. Partió de Acapulco el 30 de junio de 1532 con



dos buques, el San Miguel, al mando de Juan de Mazuela, y el San Marcos, donde iba él mismo. Costearon las costas de Jalisco y Nayarit, en la antigua Nueva Galicia, hasta descubrir las islas Marías, que Hurtado de Mendoza nombró como islas Magdalenas. Intentaron abastecerse de alimentos y agua, pero el gobernador de Nueva Galicia, Nuño de Guzmán, enemigo acérrimo de Cortés, les negó tal apoyo, por lo que los barcos solo pudieron alcanzar el comienzo del golfo de California. Allí las tormentas y la falta de alimentos obligaron al navío San Miguel a regresar a tierra firme en Jalisco. Pero el buque San Marcos, con Diego de Hurtado, naufragó, desapareciendo en las aguas cercanas al estado actual de Sinaloa y pereciendo él y el resto de su tripulación.

No existen casi datos sobre Diego Hurtado, aunque hay referencias de que en 1526, siendo capitán de Hernán Cortés, exploró la costa entre Hondu-

ras y Panamá con el fin de hallar un paso entre los dos océanos.

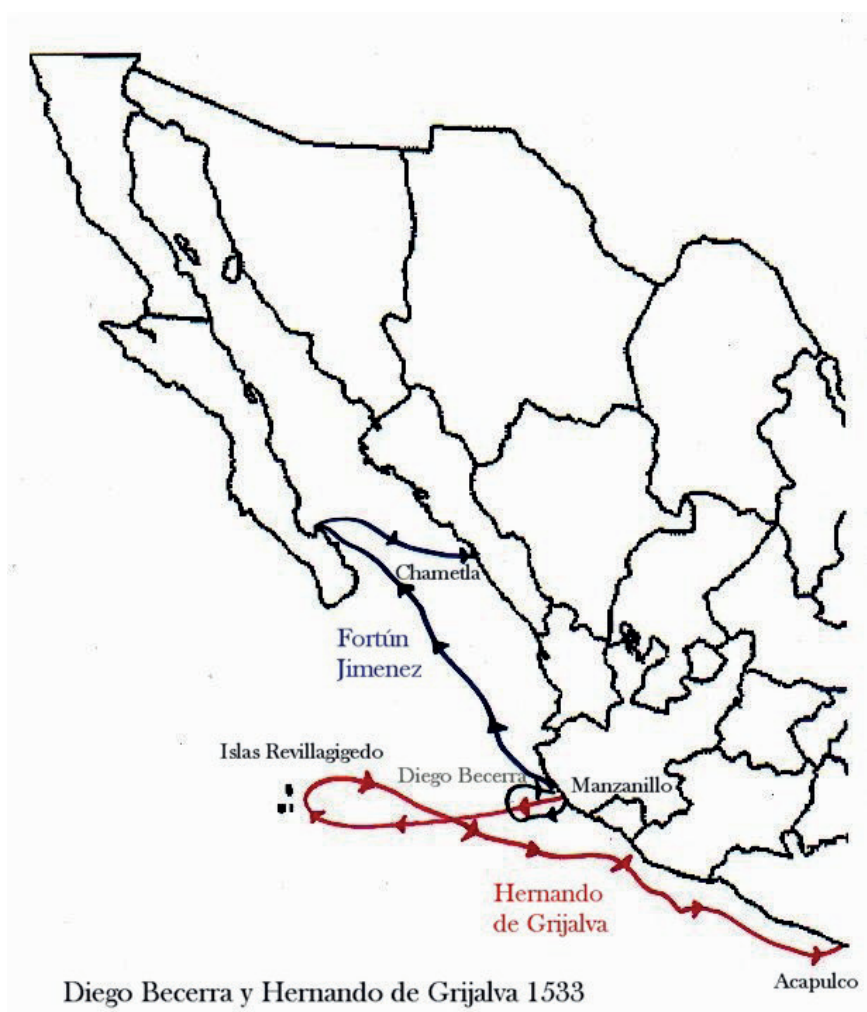
DIEGO BECERRA

En 1533 envió Cortés una segunda expedición de dos navíos en busca de Hurtado de Mendoza. En ella Diego Becerra de Mendoza capitaneaba el Concepción, siendo Fortún Jiménez su piloto, y Hernando de Grijalva mandaba el San Lázaro, siendo Martín de Acosta su piloto. Los navíos zarparon juntos el 30 de octubre de 1533, pero al cabo de un mes un temporal los separó para no volver a juntarse jamás.

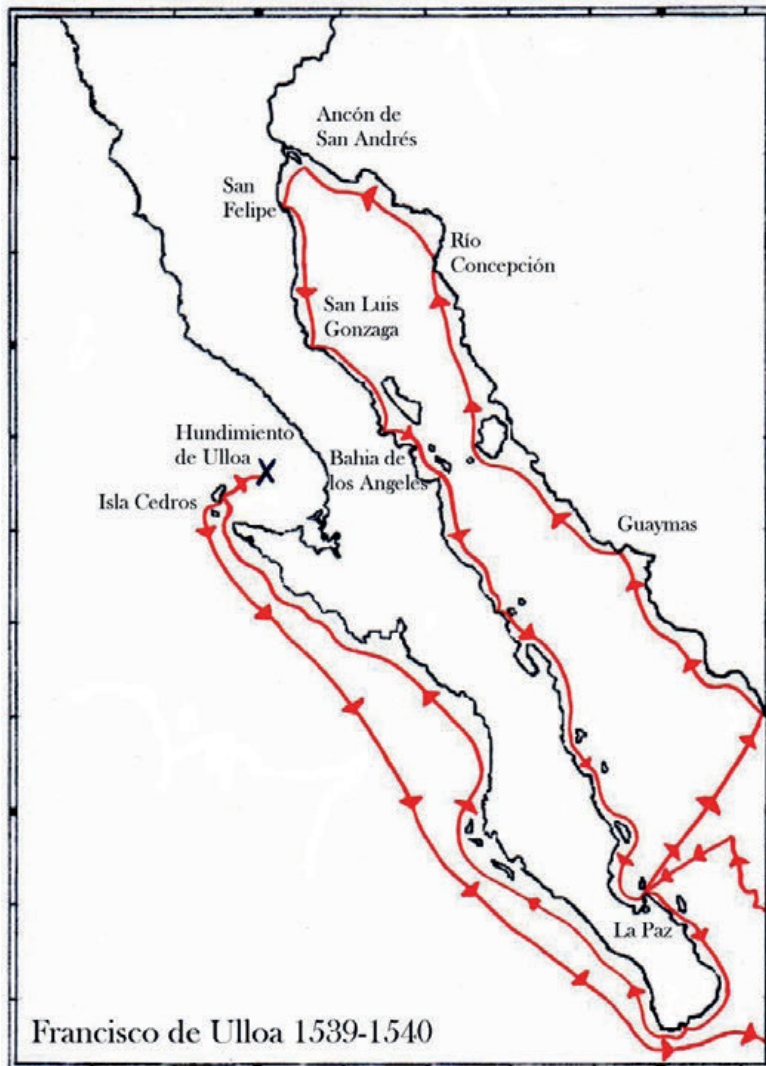
Becerra, con la nave Concepción, empezó a explorar la costa, pero fue asesinado mientras dormía junto a varios de sus hombres por unos amotinados dirigidos por su piloto Fortún Jiménez, quien después abandonó a varios tripulantes en

las costas de Michoacán junto con los frailes franciscanos que les acompañaban en la travesía. Fortún continuó el viaje hasta una isla que llamaron Santa Cruz, frente a la bahía de La Paz, por ello es considerado como el primer descubridor de la Baja California. Allí desembarcaron, pero la mayoría fueron muertos por los nativos, por lo que los supervivientes regresaron al puerto de Chiametla en la costa de Jalisco, donde mostraron algunas perlas y relataron haber descubierto una tierra buena y bien poblada.

Grijalva, luego de navegar durante varios meses por el Pacífico, el 20 de diciembre descubrió el archipiélago de Revillagigedo, donde desembarcaron y tomaron posesión el día de Navidad. Iniciaron el camino de regreso y



Diego Becerra y Hernando de Grijalva 1533



FRANCISCO DE ULLOA

En 1539 Cortés envió una última expedición, con los buques Santo Tomás, Santa Águeda y Trinidad, capitaneada también por Francisco de Ulloa, quien logró navegar y precisar la existencia de la totalidad del golfo. En este último viaje, Ulloa llegó a la desembocadura del río Colorado, bautizando el lugar como Ancón de San Andrés y al mar de Cortés como mar Bermejo, probablemente debido a la coloración rojiza del mar en la desembocadura del río. En esta expedición Ulloa efectuó dos tomas de posesión en nombre del rey Carlos V: la primera en las inmediaciones del río Fuerte (en el actual estado mexicano de Sinaloa) y la segunda en el estado de Sonora, en el actual Puerto de Guaymas.

Francisco de Ulloa fue el primero en recorrer ambas costas de la península de California entre 1539 y 1540 y, al navegar y reconocer en su totalidad la parte alta del golfo de California, conocido

hoy como mar de Cortés, estableció correctamente que la península no era una isla y llamó al golfo «mar Bermejo». Sin embargo, el mito de que el golfo era una isla se mantuvo hasta el siglo XVIII. También fue el primero en alcanzar latitudes tan al norte como la de San Diego, constituyéndose así en el descubridor de la Alta California.

Solo una nave logró regresar, la Santa Águeda, ya que la Santo Tomás naufragó a la altura de las islas Marías y la Trinidad se perdía en la mar, frente a las costas de California o Nayarit. Nunca más se supo de Ulloa ni de los hombres que le acompañaban, a excepción del piloto Pablo Salvador Hernández, quien consiguió regresar a Acapulco en un bote después de varios meses de navegación y declaró bajo juramento haber abandonado el buque Trinidad en agosto de 1540 por haber muer-

llegaron a Acapulco en los primeros días de febrero de 1534.

HERNÁN CORTÉS

El 5 de abril de 1535, los barcos Santa Águeda, San Lázaro y Santo Tomás zarparon del puerto de Chiametla, capitaneados por el mismo Hernán Cortés, llevando consigo familias enteras, ya que uno de los fines de la expedición era fundar establecimientos en el noroeste mexicano. En ese viaje Cortés fundó la colonia Santa Cruz el 3 de mayo de 1535, en la actual Bahía de La Paz, y regresó a Nueva España en 1537, dejando a Francisco de Ulloa al mando de la colonia, quien la abandonó al poco tiempo dada las malas condiciones de subsistencia. Este fue el primero de una serie de intentos frustrados de establecer una colonia permanente en la Baja California.

to su tripulación. La labor viajera de Hernán Cortés fue seguida por el primer virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza y Pacheco (1490-1552), en dos expediciones:

HERNANDO DE ALARCÓN Y FRANCISCO VÁZQUEZ CORONADO

En 1540 Cortés envió a Hernando de Alarcón con la misión de apoyar logísticamente a la expedición terrestre de Francisco Vázquez de Coronado. Aunque Alarcón nunca encontró la expedición de Coronado, navegó la totalidad del mar interior del golfo de California y remontó en embarcaciones pequeñas el río Colorado hasta su confluencia con el Gila. De la expedición de Alarcón solo consta la carta del piloto Domínguez del Castillo en 1541, la más antigua sobre las costas occidentales de México, en la que se pinta California como una península, aunque geógrafos extranjeros se empeñaron durante décadas en dibujarla a modo de isla.

No obstante, está demostrado documentalmente que durante la expedición de 1540 del capitán Hernando de Alarcón se había dejado una carta enterrada en la riberas del río Colorado describiendo la península de California. Más tarde un grupo de la expedición de Vázquez de Coronado encontró esa carta. Todo ello viene relacionado en



Ruta de Juan Bautista de Anza hacia la bahía de San Francisco

la *Relación de la Jornada de Cibola*, escrita por el padre Pedro Castañeda. Pero ese documento no tuvo difusión, manteniéndose la postura de que California era una isla. Tuvieron que pasar doscientos seis años para que ese error quedase aclarado y libre de polémicas, cuando en 1747 Fernando VI emitió una cédula real dando por terminada la discusión: «California no es una isla».

Todo empezó cuando el inquieto extremeño Vasco Núñez de Balboa marcó un hito en la historia en 1513 al subirse a la cima de un monte de la cordillera del río Chucunaque (Panamá)

Hernando de Alarcón había nacido en 1500 en la ciudad de Trujillo (Cáceres) y, mientras se construían los barcos, fue enviado a combatir contra los indígenas que se habían sublevado en Autlán (Jalisco). Francisco Vázquez Coronado era un salmantino nacido en 1510. En su



expedición terrestre (1540-42) se descubrió el cañón del Colorado. Falleció en la ciudad de México en 1554.

JUAN RODRÍGUEZ DE CABRILLO

En 1542 el virrey Mendoza encomendó al capitán Juan Rodríguez Cabrillo una expedición de dos naves hacia la costa Norte, expedición que llegaría a la Alta California. Cabrillo zarpó del puerto Navidad (en el actual estado de Colima) el 27 de junio de 1542. En la Isla de la Posesión (hoy San Miguel, en la bahía de San Diego frente a Santa Bárbara) Cabrillo sufrió una grave caída que le ocasionaría la muerte por

gangrena en su viaje de regreso el 3 de enero de 1543. Cabrillo llegó a la bahía de San Diego el 28 de septiembre de 1542 y fue así el primer europeo en desembarcar allí, por lo que se le considera el descubridor de la Alta California.

Todas estas expediciones permitieron cartografiar un extenso territorio californiano e incorporarlo al dominio hispano

Rodríguez Cabrillo había nacido en Palma del Río (Córdoba) sobre 1499. Durante años ha existido una polémica sobre si su origen era español o portugués, pero, gracias a los documentos encontrados por la historiadora canadiense Wendy Kramer en 2015, se ha constatado sin dudas que era español. Participó con Cortés

en la conquista de México y con Alvarado en la de Guatemala.



Este Mapa esta sacado de el Original que pasa en el Estado de el Marques de el Valle. En lo alto pone una Ciudad, que entorzes o por Relaciones se creio cierta i lu llamaron Quivira. En la desembocadura del Rio Colorado en el Golfo de Californias pone dos Rios el uno le llama de Buena Vista, i puede ser el Colorado el otro de Miraflores, puede ser el Rio que incorporados en una Madre entran en el Seno de Californias. Alonso de Mex. en 90.

Todas estas expediciones permitieron cartografiar un extenso territorio californiano e incorporarlo al dominio hispano, pero no supusieron una ocupación, ya que no estuvieron allí por mucho tiempo. Llegaban por mar y por mar se iban y solo a finales del siglo XVII los establecimientos en la zona se convirtieron en poblaciones estables con la llegada de los misioneros.

EL TORNAVIAJE

El interés por California se disipó un poco en el tiempo debido al descubrimiento de la nueva ruta hasta las Indias y al pasar a ser la ruta hasta Manila el centro de atención. Pero ese interés por California volvió a surgir a partir del descubrimiento del «tornaviaje» por Urdaneta, que marcó el inicio de los viajes regulares del galeón de Manila en 1565, ya que se tenía la esperanza de encontrar un puerto de escala intermedia para el galeón.

Recordemos que Andrés de Urdaneta, en 1565, antes de llegar a Acapulco el 8 de octubre, pisó tierra el 26 de septiembre de 1565, en la latitud del cabo de Mendocino, al norte de la actual San Francisco, y después navegó descendiendo por la costa de México.

En 1584, Francisco Gali, al mando de uno de los barcos que regresaban de Macao a través de Japón, se aventuró mucho más al noreste, llegó a la costa de California, posiblemente en el cabo Mendocino, y navegó hacia el sur a lo largo de la costa hasta México. Es probable que no fuera el primero de los galeones de Manila en hacerlo, y algunos pueden haber desembarcado en busca de agua u otros suministros.

Se sabe que uno de los barcos de la ruta de Manila, capitaneado por Pedro de Unamuno, llegó a la costa de California y desembarcó en una bahía

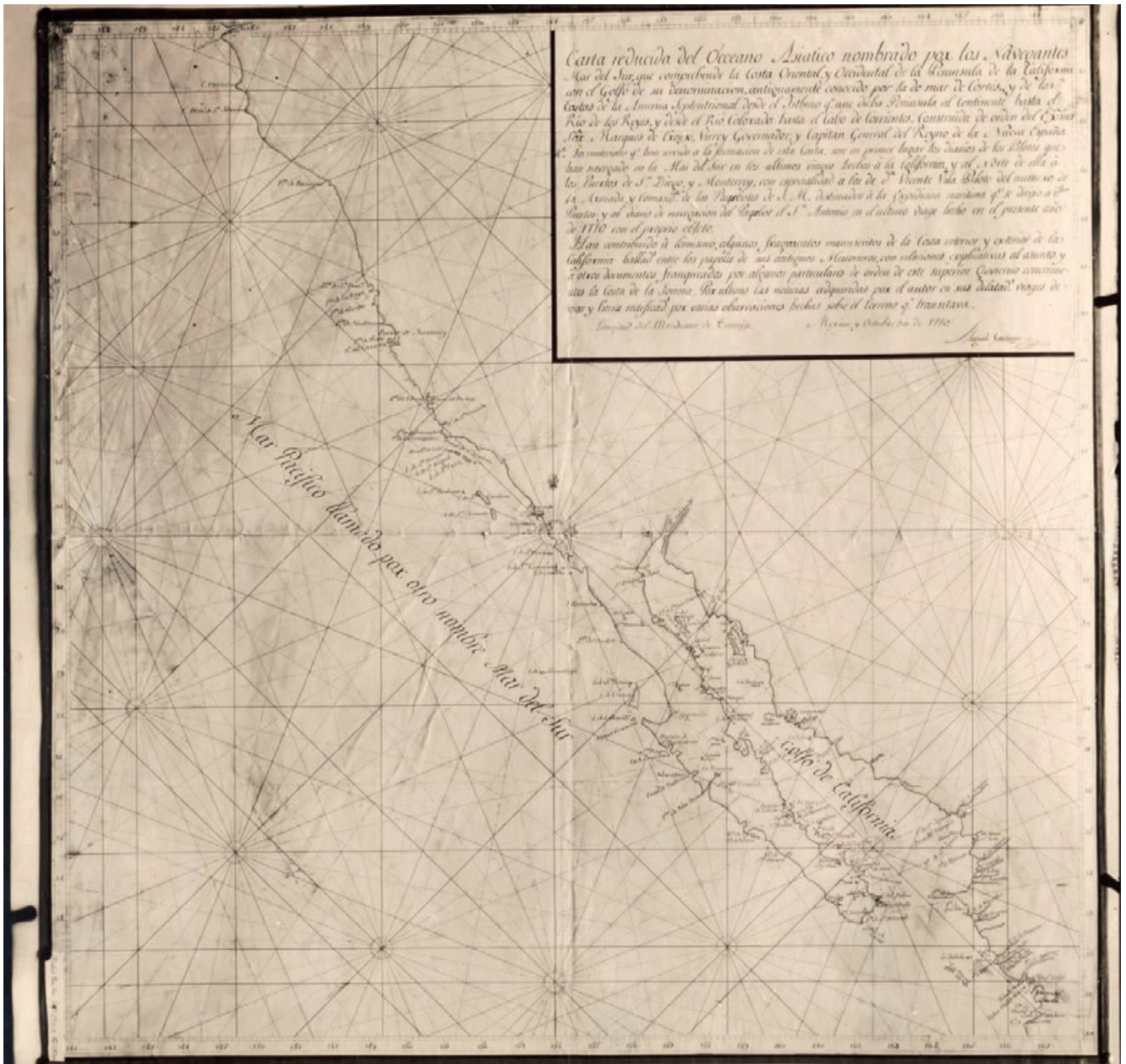
hacia el norte, y eligieron las tierras de la actual ciudad de La Paz (Baja California) como emplazamiento para la colonia donde dejó la nave capitana al mando del capitán Diego de Figueroa. Después de una breve estancia, decidieron remontar al norte por el golfo de California y lograron llegar a la desembocadura del río Colorado a los veintinueve grados de latitud. No obstante, la falta de suministros, la enemistad mostrada por los indios y un incendio en el campamento obliga-

Los resultados que consignó Vizcaíno y varios de los hombres que le acompañaron dan cuenta de las grandes riquezas de la California

celentes especies que podían dar alimentos a miles de personas, bosques con árboles que podrían

ron a Vizcaíno a regresar sin haber cumplido su objetivo.

Los resultados que consignó Vizcaíno y varios de los hombres que le acompañaron, en diferentes documentos, dan cuenta de las grandes riquezas inexploradas de la California: placeres perleros inagotables, salineras abundantes y de sorprendente pureza, pescas de gran cantidad de excelentes especies que podían dar alimentos a miles de personas, bosques con árboles que podrían



servir para la construcción de navíos y casas (seguramente en la parte septentrional de California).

Posteriormente, diez años después, en 1602 Vizcaíno realizaría un segundo viaje, el cual culminaría con una exploración hacia el puerto de Monterrey, que ya había sido descubierto por Rodríguez Cabrillo poco más de setenta años antes, y que propondría para ser refugio de los cansados viajeros del tornaviaje. En un viaje que finalizó en marzo de 1603, Vizcaíno logró llegar al cabo de Mendocino, situado en una latitud de 40°, y se dedicó a delimitar y dar nombre a toda la costa exterior de California. Algunos de esos nombres han perdurado hasta hoy: San Diego, bahía de San Pedro, canal de Santa Bárbara, río Carmel, cordillera de Santa Lucía, bahía de Monterrey...

Sebastián Vizcaíno y Hernán Cortés



California parecía inhabitable para los europeos y el virrey decidió no invertir más en colonizar aquellas tierras. Algunas expediciones privadas que lo intentaron tuvieron que desertar

Vizcaíno logró poco en el camino de la nueva exploración. A excepción de la bahía de Monterey, no descubrió más de lo que Cabrillo tenía sesenta años antes. Sin embargo, cartografió la costa con tal precisión que sus mapas se utilizaron hasta aproximadamente 1790. Vizcaíno regresó con una brillante descripción del puerto de Monterrey, y durante un tiempo pareció que sería enviado de regreso. Pero, para entonces, la atención se estaba dirigiendo al Pacífico occidental. Vizcaíno pasó

por última vez a lo largo de la costa de California, avistando el cabo Mendocino el 26 de diciembre de 1613, pero esta vez era pasajero en un barco que regresaba de Japón.

Después de la visita de Vizcaíno, la costa de California era relativamente conocida, aunque la bahía de San Francisco aún no había sido descubierta. Pero durante más de ciento cincuenta años, no



© Museo de América, Madrid

se conoce que ningún barco haya llegado desde el sur; mientras que los barcos de Manila pueden haber tocado los puertos recién descubiertos, ninguno registró en detalle lo que vieron en las nuevas tierras. La única excepción es la de Gamelli Carre-ri, quien describió su viaje hacia el sur en 1696 con cierto detalle. La única tierra que avistó, sin embargo, fue probablemente la isla Santa Catalina.

A partir de 1615 y durante sesenta años, los busca- dores de perlas fueron los principales visitantes de California. De 1602 hasta 1697, cuando los espa- ñoles se asentaron definitivamente en California, salieron de México once expediciones diferentes y la codicia de algunas de ellas provocó el enfado de los nativos hacia los españoles. No obstante, la pesca de las ostras perlíferas dio lugar a grandes fortunas, pero seguían sin establecer poblamien- tos.

Finalmente, en 1682, se decidió financiar una ex- pedición para establecerse en California. Para

hacerse cargo del proyecto se eligió al almirante navarro Isidro de Atondo y Antillón. Zarparon el 18 de marzo de 1683 con más de cien personas y algunos indios bautizados, tanto hombres como mujeres. También viajaron con ellos tres jesuitas destinados a la conversión de los indios; uno de estos era el padre Eusebio Francisco Kino.

Atondo intentó colonizar la península dos veces, la primera en La Paz y la segunda en San Bruno, donde se estableció el Real de San Bruno, la pri- mera misión de las Californias, abandonada en 1685. Pero los conflictos con los nativos, la escasez de suministros y la tierras yermas obligaron a los colonizadores a abandonar el proyecto y regresar al continente en 1686.

California parecía inhabitable para los europeos y el virrey decidió no invertir más en colonizar aquellas tierras. Algunas expediciones privadas que lo intentaron corrieron igual suerte y se vie- ron obligadas a desertar.



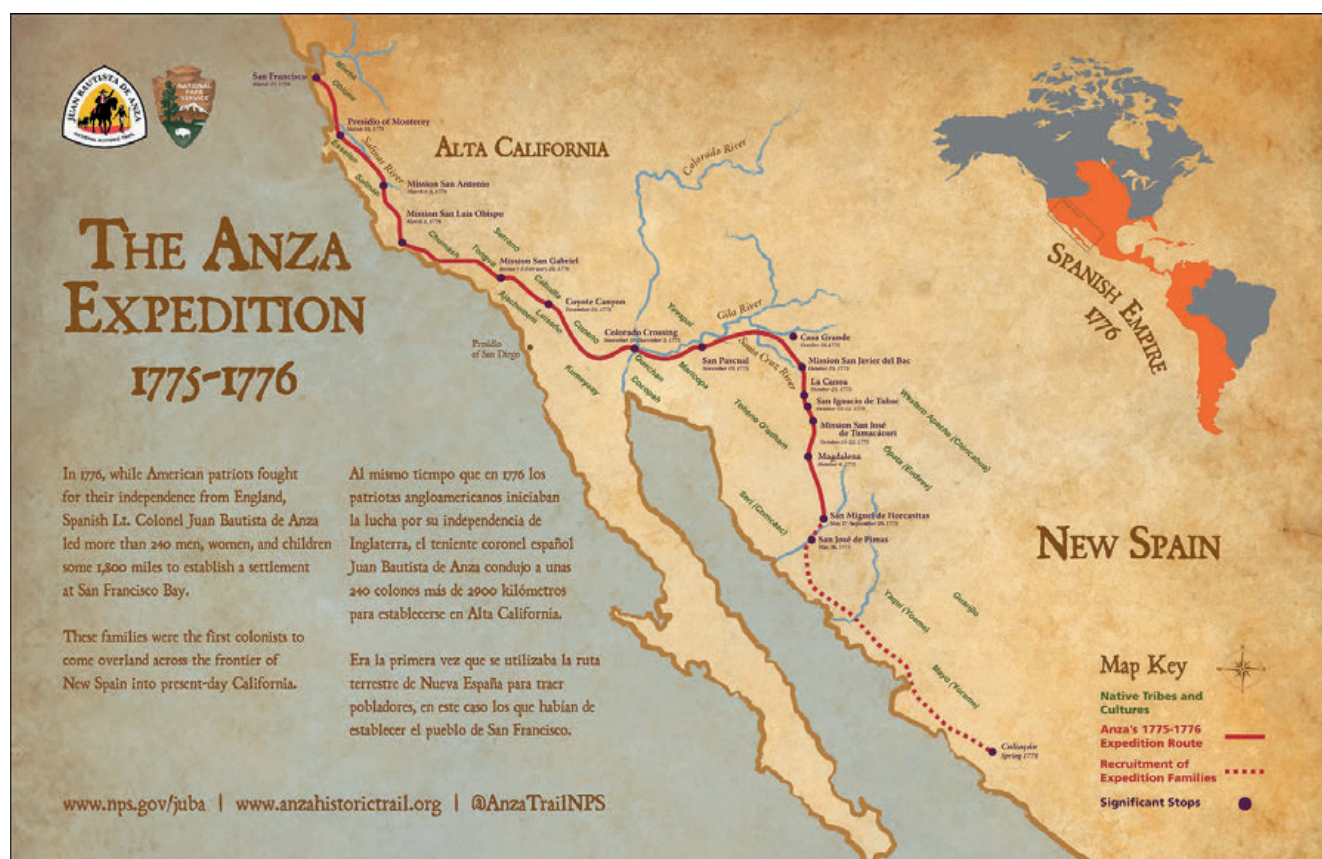
No fue hasta 1697 cuando se autorizó a los jesuitas Juan María de Salvatierra y el padre Kino «para la entrada a las provincias de California y que puedan reducir a los gentiles de ellas el gremio de nuestra santa fe católica; con calidad de que sin orden de Su Majestad no sea de poder librar ni gastar cosa alguna de su real hacienda en esta conquista». Es decir, autorización plena, pero sin aportación de un solo peso. Se les permitía llevar soldados para su seguridad, pero a su cargo. Y así, quizá por primera vez en la historia, una orden religiosa asumía la dirección y la responsabilidad de una empresa colonizadora. Donde había fracasado la espada iba a obtener éxito la cruz.

El padre Kino fue el fundador de las misiones de California y la Pimería, introdujo el trigo, ganado y caballos, trazó nuevas rutas a través de los territorios inexplorados de la frontera septentrional de Nueva España, demostró la peninsularidad de California con el descubrimiento del paso por tierra y dio a conocer al mundo esa América desconocida a través de sus escritos y mapas, los primeros exactos de la zona

En setenta años los franciscanos crearon veinte poblados y dieciocho misiones, aunque se vieron obligados a cerrar cuatro tras las epidemias de los años cuarenta. Dejaron bautizados a siete mil indios, prácticamente la población de toda la península. Así acabó la empresa privada de la colonización de la California más árida y difícil.

En 1767 fue enviado Gaspar Portolá para desalojar a los jesuitas de California, acompañado por los dieciséis frailes franciscanos destinados a reemplazar a los expulsados, dirigidos por el mallorquín Junípero Serra.

Cuatro meses después de la llegada de fray Junípero viajó a la Península el visitador José de Gálvez con plenos poderes para dirigir la expansión californiana. Gálvez ordenó que saliesen dos expediciones, una por mar y otra por tierra, a descubrir y pacificar las tierras de la Alta o Nueva California con la instrucción de juntarse ambas con Gálvez en el puerto de San Diego. Con la primera, que llegó a San Diego el 11 de abril de 1769, navegó fray Juan Crespi; con la segunda caminó durante cua-



renta y seis días fray Junípero Serra. En San Diego se fundaría la primera misión de la Alta California el 16 de julio, la de San Diego de Alcalá, la cual actualmente es la ciudad de San Diego (California). Con ello, se dio impulso a la conquista material de California.

En 1774 Juan Bautista de Anza lideró una expedición para descubrir una ruta terrestre a la Alta California, saliendo de Tubac el 8 de enero de 1774 y llegando allí el primero de mayo, después de haber encontrado con éxito la ruta y de viajar al recién establecido presidio de Monterrey, regresando a Tubac el 28 de mayo. El mismo Anza comenzó a organizar en enero de 1775 una segunda expedición en la ciudad de México para colonizar la Bahía de San Francisco. Dejó Tubac el 23 de octubre

de 1775 con trescientas personas y mil cabezas de ganado. La expedición llegó a San Diego el 11 de enero y a Monterey a principios de marzo y, por fin, el 28 de marzo llegaron a San Francisco, donde pusieron una cruz en la boca del puerto (muy cerca del actual puente Golden Gate) y donde estuvieron hasta el 8 de abril.

EL LEGADO

Existen multitud de testimonios que muestran el legado de los españoles en esas tierras californianas, tanto en la zona mexicana como en la estadounidense (monumentos, esculturas, nombres de lugares, de calles, rutas de exploración, etc.).

El Capitolio, donde reside el poder legislativo de los Estados Unidos, acoge la colección de cien esculturas representativas de los personajes que más relevancia alcanzaron por su contribución a la historia de los Estados Unidos. Cuando se acordó que cada uno de los cincuenta estados de la Unión Americana propusiera dos nombres de personajes ilustres para que sus estatuas se colocaran en el National Statuary Hall del Capitolio, California propuso y fue aceptado que una de ellas fuese la de fray Junípero Serra, y Arizona propuso al padre Kino. Así honró el pueblo norteamericano la memoria de estos humildes misioneros.

De Juan Bautista de Anza existen dos estatuas en California. La primera es una escultura de más de seis metros, obra del escultor Dorr Bothwell, que se encuentra en Riverside; la otra está en el parque Lake Merced en San Francisco. Por último, de Rodríguez Cabrillo existe un gran monumento ubicado en la bahía de San Diego. ■



Monumento a Juan Bautista de Anza en Lake Merced Boulevard, San Francisco. Obra de Julián Martínez

LA EXPEDICIÓN DE OÑATE DE 1598

EL NACIMIENTO DEL SUDOESTE AMERICANO

ALFONSO BORREGO

El 30 de abril de 1598, Juan de Oñate y su expedición se reunieron en el río Grande y realizaron el acto oficial de posesión, «la toma»; así nació el suroeste americano. La toma era el acto jurídico oficial requerido por la corona para obtener el control oficial del territorio. Por lo tanto, hacía que todas las personas en el territorio fueran súbditos de la corona y quedaran sujetas a todas las leyes y protecciones de la misma.



En el siglo XVI se encontraron minas de plata en las provincias de Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, hoy Durango y Chihuahua, México. Esta área marcó la región más septentrional colonizada por los exploradores españoles en ese momento. La perspectiva de que en el septentrión hubiera más tesoros trajo a otros exploradores, que se dirigirían más al norte, aunque muchos exploradores no regresaron o nunca documentaron sus aventuras. En 1540, Nueva Galicia trajo a Francisco Vázquez de Coronado, quien vagó por el norte en lo que ahora es el centro de Kansas durante dos años con treinta hombres, en busca de metales preciosos o cualquier riqueza percibida por la corona. Coronado oyó hablar de las místicas siete ciudades de

oro, pero nunca localizó las ciudades y regresó con las manos vacías.

En el año 1541, el rey Carlos I aprobó las Nuevas Leyes de Indias, declarando que la violencia durante cualquier encuentro con los habitantes estaba estrictamente prohibida

En 1541, el rey Carlos I aprobó las nuevas leyes de Indias, declarando que la violencia durante cualquier encuentro con los habitantes estaba estrictamente prohibida. Los encuentros tenían que ser pacíficos, incluir a líderes religiosos y utilizar el diálogo creativo y la tentación para persuadir a los habitantes de que aceptaran la Corona española y, posteriormente, la religión cristiana. Muchos otros exploradores continuaron al norte de Nueva Vizcaya, el actual estado de

Chihuahua.

En 1581, Francisco Sánchez, acompañado por tres frailes, se aventuró al norte desde la actual zona de Santa Bárbara, Chihuahua, hacia el actual

Mapa impreso en Nuremberg de la ciudad de Tenochtitlán, México (1524)



Nuevo México. Sánchez estuvo acompañado por fray Francisco Agustín Rodríguez y más de un puñado de soldados. La expedición siguió a un intento fallido de Francisco de Ibarra en 1565, que solo llegó a Nueva Navarra. Sánchez, conocido como Chamuscado por su profunda barba roja, y fray Rodríguez fueron autorizados a explorar en busca de minerales e incluyeron clérigos en la expedición, como lo exigían las nuevas leyes. La misión era encontrar tesoros para la corona y salvar almas a través del cristianismo, en lo que entonces se conocía como Nuevo México, la nueva tierra prometida, en comparación con la antigua ciudad de México Tenochtitlán.

La expedición Sánchez-Rodríguez visitó diferentes zonas del norte, pero no logró localizar las siete ciudades de oro. Decidieron regresar a Santa Bárbara a finales de enero de 1582. Hasta entonces habían perdido una refriega, pero para las dos restantes decidieron permanecer en Nuevo México. Chamuscado murió a su regreso, a los casi setenta años de edad, cerca de Xacal y de la actual Julimes, Chihauhua, a unas ciento cincuenta millas de Santa Bárbara, a donde regresó un puñado de hombres. El rumor sobre las siete ciudades de oro continuó circulando.

A finales de 1582 llegó Antonio de Espejo, un hombre rico que aprovechó el bullicio y organizó una expedición para supuestamente comprobar el estado de los restos que quedaban de la expedi-



Retrato anónimo de Luis de Velasco y Castilla (siglo XVI)

© Museo Nacional de Historia, México

ción de Sánchez. Espejo siguió la ruta que marcó Sánchez. Se encontró con nativos a lo largo de la ruta. Parece que los nombres nativos cambiaban cada vez que una nueva expedición se aventuraba por las diferentes áreas. Las descripciones eran similares, pero los nombres cambiaban constantemente. Espejo se negaba a revelar gran parte de sus hallazgos y estaba un poco confuso con su documentación. Regresó a Santa Bárbara en septiembre de 1583, después de casi un año en Nuevo México. Ese año Espejo fue a la ciudad de México y visitó a Luis Villanueva, virrey de Nueva España, para solicitar una cédula real del rey Felipe II que autorizara el asentamiento en las tierras del norte o en Nuevo México. Villanueva le informó de que



la Corona no estaba en condiciones de financiar ese tipo de emprendimiento. Espejo solicitó la cédula real con la salvedad de que la expedición se llevaría a cabo a su costa y el virrey envió una petición al rey. La visita provocó solicitudes adicionales, pero no aportaban la riqueza necesaria para asumir la tarea. Años de vacilación por parte de la Corona provocaron que otras expediciones salieran sin autorización. Antonio Espejo finalmente se impacientó, decidió realizar la solicitud personalmente al rey y embarcó hacia la península. Desafortunadamente, el infortunio lo alcanzó, y murió en 1585 tras naufragar en Cuba. La carrera estaba en marcha para asentarse en el norte. En

1589, Gaspar Castaño de Sosa organizó una gran expedición ilegal, pero fue arrestado cuando entró en nuevo México y se vio obligado a regresar.

Francisco Leyva se aventuró ilegalmente en el norte; nunca más se supo de él. Se rumoreaba que otras expediciones indocumentadas habían perecido. En el año 1590, el rey Felipe II expidió una cédula real para autorizar la expedición y fundación de Nuevo México en el septentrión, a expensas del mencionado Antonio Espejo. En 1595 el nuevo virrey de Nueva España, Luis de Velasco, convocó a un antiguo amigo, que luchó junto a él contra los chichimecas cerca de San Luis de Mezquiti-

Años de vacilación por parte de la Corona provocaron que otras expediciones salieran sin autorización. Antonio Espejo finalmente se impacientó y embarcó hacia la península

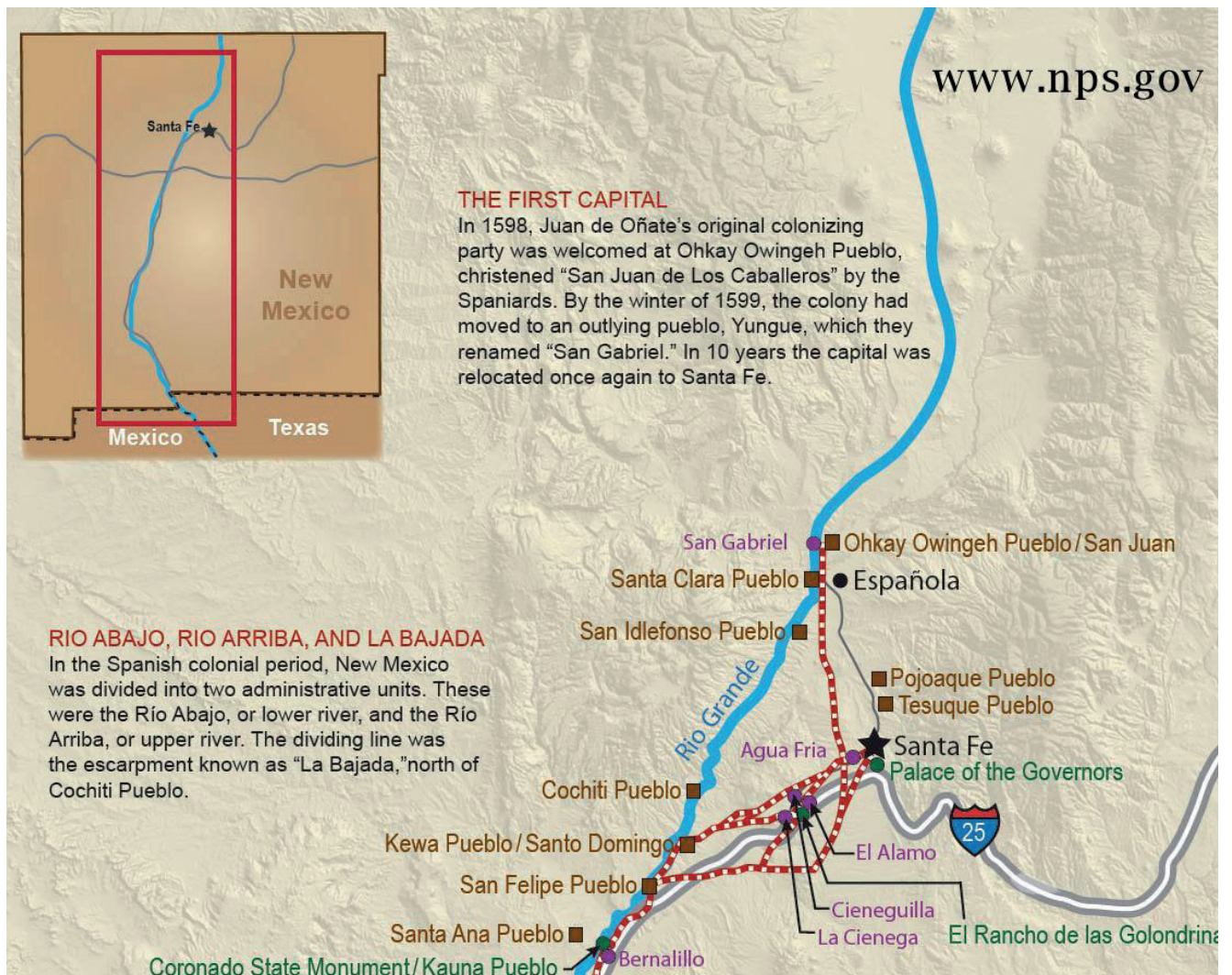
que. Poseía la riqueza y la personalidad necesarias para emprender el asentamiento del norte. Fue el primer alcalde de San Luis de Mezquitique, el actual San Luis Potosí, en México.

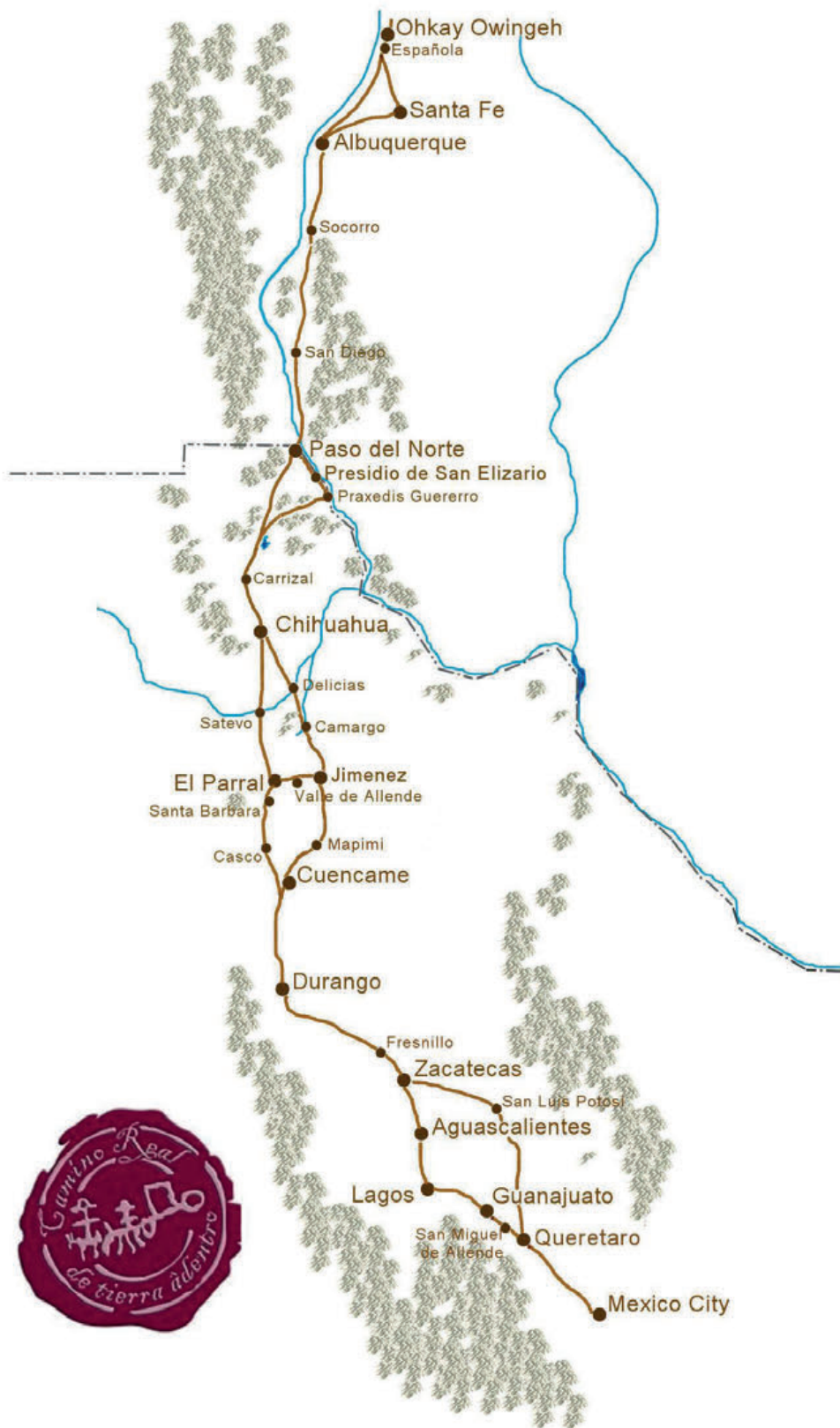
El virrey Velasco convenció a Juan de Oñate, nacido en Pánuco, cerca de Zacatecas, Nueva España. Aunque ya no era soldado, Oñate recibió la cédula real para asentarse en el norte, en los territorios que ahora incluían los estados de Nuevo México y Texas y una porción de Chihuahua, México, pacíficamente y sin violencia. La expedición tenía aproximadamente quinientas treinta y nueve almas, que incluían ciento veinte soldados, nueve sacerdotes franciscanos y otros hombres, mujeres y niños. Contaba con ochenta y tres carretas de bueyes, tres carruajes reales, suministros y una gran cantidad de animales domésticos. Oñate, a los cuarenta y ocho años de edad, fue nombrado

adelantado y capitán general de la expedición. Don Juan debía financiar toda la expedición a partir de ese día.

Después de años de retrasos, inspecciones e intentos fallidos de descarrilar o sabotear la expedición por parte de amigos del nuevo virrey Gaspar Zúñiga y otros, finalmente estaba lista para partir del valle de Bartolomé, pero sufrió otro retraso más cuando los nueve frailes renunciaron y abandonaron.

Oñate partió del valle de San Bartolomé, cerca de la actual Santa Bárbara, en el sur de Chihuahua, el 29 de enero de 1598. Días de lluvia frenaron la salida real, que comenzó el 26 de enero, cuando el grupo de cabeza partió con el capitán Vicente de Zaldívar, sobrino de Oñate, junto con diecisiete hombres que inspeccionaban el camino antes de





Praxedis G. Guerrero, Chihuahua, después de bordear el desierto salamayucano desde la laguna de Los Patos. Permanecieron allí hasta el 26 de abril, cuando toda la expedición se reunió. Continuaron hacia el norte a lo largo del río hasta llegar a un terreno más alto el 28 de abril, donde Oñate ordenó que se construyera una nave. Toda la expedición se reunió al día siguiente.

El día 30 de abril, Juan de Oñate tomó posesión oficial a través de la ceremonia conocida como «la toma». Nombró oficialmente a la provincia de Nuevo México bajo jurisdicción de Felipe II, el rey de España. Tuvo lugar un sermón, una celebración eclesiástica y secular y concluyeron con una comedia teatral por la tarde. Oñate se convirtió en el gobernador de la provincia oficial de Nuevo México.

Esta área abarcaba toda la tierra en la que drenaba el río del Norte. Estaban parados al suroeste del río. El 1 de

que partiera la gran caravana. La expedición partió finalmente el 18 de marzo. El 20 de abril llegaron al río del Norte o río Grande, cerca de la actual

mayo continuaron río arriba. El 3 de mayo se encontraron con los primeros nativos en el río; dos fueron llevados al campamento por el sargento

mayor, fueron vestidos, se les dieron regalos y se les envió de camino. A las ocho de la tarde llegaron por su propia voluntad. El 4 de mayo llegaron a un vado en el río y se encontraron con más de cuarenta nativos. Los llamaron «mansos, mestizos amistosos». Los nativos ayudaron a llevar a los animales más pequeños a través del río para evitar que se ahogaran. El cruce fue nombrado Los Puertos, cerca de la actual ciudad de El Paso, Texas. Continuaron su viaje hacia el norte y entablaron conversaciones con varias tribus nativas, que fueron informadas de las intenciones de la expedición de establecer la provincia en paz.

La expedición ofreció muchos regalos en el camino. Llegaron a Teypana el 14 de junio, los nativos los recibieron y los ayudaron. Llamaron al pueblo Socorro, por su gratitud. La expedición llegó el 11 de julio a Ohkay, que fue nombrada San Juan de Los Caballeros. La ciudad se convirtió en la primera capital de Nuevo México. En 1601 el gobernador Oñate trasladó la capital española al otro lado del río y le puso el nombre de San Gabriel. Sirvió como sede del gobierno hasta 1610, cuando el sucesor de Oñate, su hijo Cristóbal, fundó la nueva capital en Santa Fe.

El invierno de 1601 y su expedición fue todo menos un éxito, sin siete ciudades de oro, sin diamantes, sin rubíes, sin plata. Varias familias pedían regresar, pero el gobernador se lo negó. Algunos desertores fueron arrestados y castigados por medio de duras sentencias.

En un esfuerzo por salvar la expedición, Oñate partió hacia el este para encontrar el famoso Gran Quivera, la tierra prometida. De nuevo Oñate regresó con las manos vacías en noviembre de 1601.

Muchos de los miembros de sus expediciones originales habían partido y regresado a Santa Bárbara.

Oñate organizó otra expedición en 1604. Viajaron al oeste hasta el río Colorado, pero regresaron con las manos vacías una vez más. Partió a la ciudad de México en 1606 y su hijo se convirtió en gobernador en 1610. Juan de Oñate fue desterrado de

Nuevo México, a pesar de que ya se había ido, y enviado a España, donde el rey lo nombró jefe de Asuntos Mineros. Murió en Sevilla, España, en 1626.

Don Juan de Oñate ha sido acusado de maltratar a muchos nativos y colonos. Los españoles en su conjunto suelen ser acusados también. Hay varios incidentes registrados que respaldan las afirmaciones, y deben tenerse en cuenta, al igual que los incidentes y atrocidades contra los pueblos nativos y mestizos del suroeste de Estados Unidos después de 1821, cuando estas tierras se convirtieron en México y, posteriormente, en los Estados Unidos. Muchos todavía son evidentes en nuestros días.

Muchos todavía son evidentes en nuestros días.

Recordemos para terminar que la expedición de 1598 trajo el estilo de vida español al suroeste americano: animales domésticos, arquitectura, plantas, tecnología, estrategia de guerra, fe, medicina, cultivos, telares, armas y demás. Aunque no fue perfecta, demostró ser una línea de defensa contra el genocidio proveniente del este y permitió la preservación del suroeste de Estados Unidos tal como lo conocemos hoy. Recordemos a la esposa de don Juan de Oñate, Isabel de Tolosa Cortés de Moctezuma, la bisnieta de Moctezuma Xocoyotzin, el Emperador del Imperio Azteca. ■

El día 30 de abril, Juan de Oñate tomó posesión oficial a través de la ceremonia conocida como «la toma». Estableció a partir de entonces de forma oficial la provincia de Nuevo México bajo jurisdicción de Felipe II, el Rey de España

1937

37

Macuina, Jefe de Nutka, Retrato de Tomás de Suria, dibujante de la expedición de Malaspina, 1792



© Augusto Ferrer-Dalmau

Jefe de Nutka

LOS ORÍGENES HISPANOS DE OREGÓN

VESTIGIOS DE UNA ÉPOCA LEGENDARIA

MATÍAS TREJO DE DIOS

El miércoles 25 de mayo de 2022 el Instituto de Cultura Oregoniana (ICO) y Western Oregon University (WOU) presentaron el libro de la historiadora Olga Gutiérrez Rodríguez *Los orígenes hispanos de Oregón*, un trabajo colaborativo que narra la época del comercio entre nativos americanos, hispanos, británicos y rusos a lo largo de la costa del Pacífico de América del Norte.

En esta costa quedaron vestigios de una época legendaria, conservados fundamentalmente en la tradición oral de los pueblos originarios, en los nombres hispanos de diferentes emplazamientos que aún perduran y también en escasos hallazgos arqueológicos. Pero, además de estos relatos y de la toponimia de algunos lugares, afortunadamente gran parte de esa historia quedó registrada tanto por las tripulaciones hispanas de los navíos que, mientras exploraban las costas, redactaron diarios de navegación y levantaron planos y mapas, como en la correspondencia, los documentos y la cartografía oficial elaborada por las autoridades al servicio de la Corona española, siendo el destino final de toda esa formidable documentación los archivos hispanos, y especialmente el Archivo General de Indias en Sevilla, España.

El estudio muestra más de doscientos cincuenta años de historia poco conocida del noroeste de los Estados Unidos, entre los años de las primeras expediciones españolas a la costa del Pacífico estadounidense, a mitad del siglo XVI, hasta la firma del Tratado de Adams-Onís, en 1819, ofreciendo ejemplos de la diversidad étnica y plurinacional

de los equipos expedicionarios hispanos y presentando historias de la exploración de la costa del Pacífico que normalmente no aparecen en los libros de historia.

Este libro tiene especial importancia porque expone el hecho de que la presencia hispana en lo que hoy son los estados de Oregón y Washington ha existido por cientos de años. La obra presenta una perspectiva cultural más detallada del pasado de la costa del Pacífico de los Estados Unidos, que inevitablemente cambia la actual narrativa histórica donde la migración estadounidense, inaugurada por Lewis y Clark, ha oscurecido por largo tiempo la historia antigua del extenso territorio de Oregón, incluidos los tres siglos en los que fue la frontera norte del reino colonial de Nueva España y en los que los imperios de España, Inglaterra y Rusia se disputaban el control de sus costas.

El Noroeste americano se convirtió en un territorio de importancia estratégica debido a la riqueza de su comercio de pieles, su conexión marítima con Asia cerca del Ártico y, sobre todo, por su proximidad con la ruta principal de comercio



entre el Asia oriental y los reinos hispánicos de América. Debido a las corrientes oceánicas y de viento, la navegación desde Manila a las llamadas Indias Occidentales implicaba arribar a las costas de la Alta California para, desde ahí, navegar al sur rumbo a Acapulco y Lima.

El reino mexicano proveyó de las personas, los recursos y las prácticas necesarias para llevar a cabo tanto la empresa de exploración y colonización de las Filipinas, como la del establecimiento de la primera ruta de comercio considerada como verdaderamente global y transoceánica. Los territorios del noroeste americano pronto se volvieron cruciales para la protección de esta ruta comercial, especialmente después de que la trágica expedición de Bering alcanzase las costas de Alaska, desde Rusia, en

el siglo XVIII. Así, tanto los viajes de exploración en las costas del Pacífico norte de América, como el relativamente breve intento por establecer un

pueblo colonial en Nutka, cerca de la actual isla de Vancouver, al sur de Canadá, fueron empresas a la vez españolas y mexicanas. La corte de México organizó y proporcionó los recursos necesarios para las expediciones septentrionales, además de que varios criollos novohispanos formaron parte de la oficialía y de los contingentes científicos que iban a bordo. Las tripulaciones de los navíos se compusieron de manera creciente de los llamados mestizos y naturales, estos últimos personas indígenas provenientes tanto de Nueva

España como de las islas de Asia oriental, en particular de las islas Filipinas, entonces bajo el control administrativo de la corte de Nueva España.

Este libro tiene especial importancia porque expone el hecho de que la presencia hispana en lo que hoy son los estados de Oregón y Washington ha existido por cientos de años



Carta Esférica De los Reconocimientos Hechos en la Costa noroeste de América por las Corvetas Descubierta y Atrevida de la Marina Real, Expedición Malaspina, 1791

muy claro. Dia 6. alas 12. de la noche se llamo el viento al N.º. muy lento, y se puso la Proa al N.E. Alas 4. de la mañana haviendo amanecido bien claro el dia, y no divisandose la tierra se puso la Proa al N.E. a al N. El viento desde dhã hora comenzo a refrescar, y se caminaba a 3. millas. Alas 11. se diviso la tierra muy alto lejos, y parecia ser tierra alta, pues se miraba por Proa un cenno nevado, y al parecer muy elevado. Alas doce observaron los Sñes Pilotos, y D.º Juan nos dixo, q.º estabamos en los 48. grad.º como ayer, pero D.º Citeran nos dixo, q.º havian observado 48. grad.º, y 52. min.º: No se, porq.º motivo haien

Carta de fray Junípero Serra remitiendo el diario de fray Tomás de la Peña de la expedición de Juan Pérez a California y dando noticias de las misiones, 1774

Así, la numerosa presencia mexicana en Oregon tiene una historia prácticamente ininterrumpida desde mediados del siglo XVI, pues el fin de la Nueva España a inicios del siglo XIX no interrumpió la migración desde el sur. Al contrario, muchos vaqueros de California trabajaron en Oregon desde los primeros años de ese siglo.

Su presencia era bienvenida en los ranchos y pastizales del sur, como atestigua la permanencia de la palabra *buckaroo* en diversas partes del estado. La profunda raíz indígena de México permite aventurar también que las constantes migraciones al septentrión occidental desde los

pueblos de México han sido, desde una perspectiva histórica de larga duración, un retorno.

Se trata de la primera publicación académica en español del noroeste estadounidense, que contribuye al empoderamiento cultural e histórico de la población hispana de los Estados Unidos

Cabe también destacar que la publicación incluye reproducciones de algunos de los primeros mapas de la costa del Pacífico estadounidense, que documenta dos teorías existentes sobre el origen del nombre de Oregon («orégano» y «orejas»), que ha sido revisada, enriquecida y validada por las tribus mencionadas en ella gracias a la colaboración del doctor antropólogo David Lewis, miembro de la Confederación de Tribus de Grand Ronde. Además, *Los orígenes hispanos de Oregon* es la primera publicación aca-

démica en español del noroeste estadounidense, que contribuye decisivamente al empoderamiento cultural e histórico de la población hispana de los Estados Unidos.

El libro se ha publicado bajo atribución no comercial Creative Commons para que todo el mundo tenga acceso gratuito y para facilitar su inclusión como material de referencia en los planes de estudio de las instituciones educativas de los Estados Unidos. El siguiente índice incluye enlaces directos a la obra:

I. El siglo XVI. Las primeras expediciones y la navegación hasta los 44 grados de latitud.

[1. Primera mitad del siglo XVI](#)

[2. Segunda mitad del siglo XVI](#)

II. El siglo XVII. La navegación hasta los 42 grados y la presencia hispana en altura de 45 grados debido a la fatalidad de un naufragio.

[3. Primera mitad del siglo XVII](#)

[4. Segunda mitad del siglo XVII](#)

III. El siglo XVIII. La colonización de la costa Oeste de los Estados Unidos con la fundación de misiones y asentamientos, y los viajes de exploración de la costa pacífica de Norteamérica hasta la región de Alaska.

[5. Expedición de Vitus Bering y Alexei Tschirikov](#)

[6. Otras expediciones rusas y la expedición de Portolá Rovira](#)

[7. Expedición de Juan José Pérez Hernández](#)

[8. Expedición de Bruno de Heceta](#)

[9. Expedición de Ignacio de Arteaga y Juan de la Bodega y Quadra](#)

[10. Expedición de Esteban José Martínez Fernández y Martínez de la Sierra y Gonzalo López de Haro](#)

[11. Expedición de Francisco de Eliza](#)

[12. Expedición de Alejandro Malaspina y José de Bustamante y Guerra](#)

[13. Expedición de Dionisio Alcalá Galiano y Cayetano Valdés](#)

[14. Últimas expediciones](#)

IV. Nutka y Oregón.

[15. El territorio de Nutka, su disputa y los Tratados para resolver su soberanía](#)

[16. Algunas consideraciones sobre el origen del nombre de Oregón](#)

Actualmente, el Instituto de Cultura Oregoniana está coordinando presentaciones del libro en diferentes bibliotecas públicas e instituciones educativas del estado de Oregón para dar a conocer a la población general esta parte de su historia.

El 29 de diciembre de 2022 se presentará el libro *Los orígenes hispanos de Oregón* en España, a través de la Embajada y el Instituto Cultural de México en España, en Madrid. ¡Están todos cordialmente invitados! ■

Contactos:

Instituto de Cultura Oregoniana: Matías Trejo De Dios, +1 503-569-3358, trejodediosm@oregoniana.org - <https://oregoniana.org>

Western Oregon University: Jaime Marroquín Arredondo, +1 202-905-1406, marroquinj@mail.wou.edu - <https://wou.edu/>

Aspecto actual de los restos de la Misión de San Antonio de Valero en San Antonio, Texas



LAS MISIONES ESPAÑOLAS

SAN ANTONIO DE VALERO EN TEXAS

JORGE LUIS GARCÍA RUIZ

La misión de San Antonio de Valero, cuyos restos son más conocidos como El Álamo por los eventos que allí sucedieron en 1836 y que nada tienen que ver con la época misional, es la más importante de cuantas se fundaron en Texas.

Posiblemente la misión de San José y San Miguel de Aguayo fuese mayor. Desde luego lo era en tamaño, y es probable que también lo fuera en número de indios viviendo en ella. También es la que mejor se conserva de las cinco que llegaron a fundarse en las proximidades de la villa de Béxar, antecedente de lo que hoy es la moderna ciudad de San Antonio, en el estado norteamericano de Texas; pero la que mantuvo la jerarquía fue la de Valero, como centro de mando de todas las misiones en Texas.

A Valero llegaban todas las personalidades, tanto civiles como eclesiásticas e incluso militares, a hospedarse en su convento. Todo sucedía en Valero. Las recuas y cordones que iban camino de las poblaciones en el este de Tejas paraban a descansar y refrescarse. Los indios que se acercaban a la misión pidiendo ser hispanizados llegaban primero a Valero, y después eran asignados a una de las cinco misiones en el valle del río San Antonio. La fundación de nuevas misiones en el territorio también se decidía y planificaba en la misión franciscana de Valero. Durante muchos años, la

misión tuvo más importancia que la propia comandancia del presidio de San Antonio de Béxar.

Todos estos datos históricos pueden extraerse de los libros registro de la misión: bautizos, matrimonios y defunciones registrados cuidadosamente por los frailes franciscanos asignados a la misión, quienes empezaron en 1703 y acabaron allá por 1790, incorporando pequeñas cápsulas históricas entre los registros que, sumadas, conforman la verdadera historia de San Antonio, de la Texas española, de América del Norte, y de las misiones españolas en el mundo, aniquilando la impostora narrativa establecida por la historiografía norteamericana sobre estos temas. Tal es la fuerza de estos documentos.

Ha sido necesario realizar la transcripción paleográfica de los documentos para darse cuenta de que no eran simples registros. El natural escepticismo que este tipo de documentos generan en cualquier autor es una barrera difícil de derribar. Pensar que son documentos únicos, nunca antes publicados, y de los que no existe ninguna otra co-



Maqueta de la Misión San José y San Miguel de Aguayo

pia, es un pequeño aliciente que únicamente genera impulso para iniciar el trabajo. Después, se continúa por profesionalidad y por la recompensa de realizar un bien social a los descendientes de los documentados; pero, finalmente, la información desata la pasión del investigador cuando los datos se van cruzando, generando una narrativa histórica totalmente opuesta a la oficial, burdamente fabricada.

Los documentos son una obra de arte a punto de perderse; su lamentable estado hace pensar que en cualquier momento su pérdida puede ser un hecho; los libros han pasado por inundaciones, incendios y hongos; en algunas páginas el agua ha borrado mucha información; en otras, incluso falta material, por lo que la transcripción se hacía absolutamente necesaria para preservar la información contenida en ellos, un complemento perfecto a la digitalización.

Las transcripciones generaron una completa base de datos con las personas registradas. Lo primero que salta a la vista es que los registros no hablan de personas independientes, sino que relacionan familias, un grupo muy compacto de familias con muchos hijos que, en lugar de continuar su vida en un poblado o rancho, se establecían en la misión, aceptando su sistema. Algunas familias vivieron en la misión por varias generaciones.

La misión se funda en 1700 en el río Grande, actual México, con el nombre de San Francisco Solano, como dice su documento fundacional. En 1718 se traslada con sus habitantes a su lugar actual, con el nombre de San Antonio de Valero. La misión se funda para dar acogida a cuatro naciones, como se denominaban en ese momento, ni tribus ni bandas, sino naciones. Siendo los más impor-

tantes los Jarames, por ser los que se mudaron al nuevo emplazamiento en San Antonio.

El sencillo proceso se repite en todas las misiones españolas. Los indios solicitaban el establecimiento de una misión para vivir en ella, porque algunos ya habían vivido en otras misiones o bien conocían el sistema de boca de otros indios. Los neófitos recién llegados a la misión aprendían de los veteranos ya hispanizados a vivir como españoles. Al cabo de meses o incluso años, cuando se habían cristianizado, a veces en su propia lengua, para lo cual los frailes debían aprender las lenguas

indias presentes en los lugares donde iban a predicar, solo entonces, procedían a bautizarse. Los documentos nos dicen que los padres bautizaban con urgencia a sus hijos, debido a la gran mortalidad infantil en aquellos días, mientras ellos podían tardar varios años en bautizarse. Hechos que deniegan la existencia de conversiones forzadas.

La misión y sus muros proveían a sus habitantes de una relativa protección frente a los ataques de otros indios más

agresivos, como los apaches; el establecimiento de un destacamento militar o presidio en sus proximidades hacía el resto. Por otra parte, lo más importante para ellos era la continua fuente de alimentos que proveía la misión, incluso en las épocas de sequía más recalcitrante. Fuera de la misión, el aporte de calorías no estaba garantizado, ni por supuesto era variado, ni mucho menos continuo, y la obtención de comida para un cazador recolector consumía todo su tiempo y energía. El sistema misional, en cambio, dejaba tiempo para hacer otras cosas, sobre todo progresar.

La misión trajo conceptos que aquellos indios no manejaban, como el sedentarismo, el almacena-

Los indios que se acercaban a la misión pidiendo ser hispanizados llegaban primero a Valero, y después eran asignados a una de las cinco misiones en el valle del río San Antonio

Dibujo de la misión de El Álamo de 1854



miento de comida en grandes cantidades y los animales domésticos, y con ellos alimentos fundamentales como la leche, los huevos, la carne, productos de la huerta y los frutos. Todo esto hizo que el acceso a la vida en la misión fuese menos complicado que abandonarla, una vez que su vida giraba en torno a ella.

EL MITO DE LA ESCLAVITUD EN LAS MISIONES

La idea que se defiende desde determinados sectores nos dice que los indios eran reclutados para construir las misiones, como si construir edificios para nuestro disfrute turístico actual fuese el objetivo. Esta idea demuestra el desconocimiento del significado de misión. La misión nunca fue un edificio o una iglesia. La misión era y es un encargo, el que aceptaba el misionero de conquistar almas para el cristianismo. Los edificios, los muros y la iglesia son las consecuencias de la misión.

A los indios había que darles comida y protección para que aceptasen vivir en la misión. La comida llegaba del cultivo y la ganadería, y esto precisa-

ba agua. Había que represar el río, construir la acequia, a veces de varios kilómetros, hacer pozos, preparar los campos para la siembra, había que cuidar a los animales y muchas otras labores. También necesitaban protección de la climatología, y construyeron casas con tejados, de teja española, ya que los tejados de paja o madera ardían fácilmente en los ataques de los apaches. También había que construir un muro defensivo, que protegiese el ganado del robo. Y finalmente, y solo si era posible, se construía la iglesia de la misión, aunque en el caso de la misión Valero la iglesia no se terminó nunca, señal de que esa no era la prioridad.

Todo ese trabajo era realizado por los propios indios. A fin de cuentas, era en su propio beneficio. El trabajo era remunerado a razón de dos reales y medio diarios. En las misiones, un único fraile se hacía cargo de la administración, organización y educación de los indios. Aunque el eterno problema de la labor misional en América fue la falta de frailes misioneros, con lo que, en muchos casos, cada fraile debía hacerse cargo de varias misiones

o pueblos, que empezaron a llamar visitas, poblaciones sin supervisión directa, en los que el fraile pasaba una vez a la semana a dar misa e interesarse por sus feligreses.

El fraile, tanto en su misión como en sus visitas, iba usualmente acompañado por un soldado para su protección, que vivía junto a su familia en la misión, ocupándose de la defensa, el adiestramiento de los indios y la comunicación con el presidio. Los documentos están plagados de discusiones acaloradas entre frailes y militares acerca del número de soldados que debían quedarse en la misión para su protección. Los frailes pedían solo uno y con familia, para que los indios y sus mujeres no fuesen molestados o asustados por los soldados.

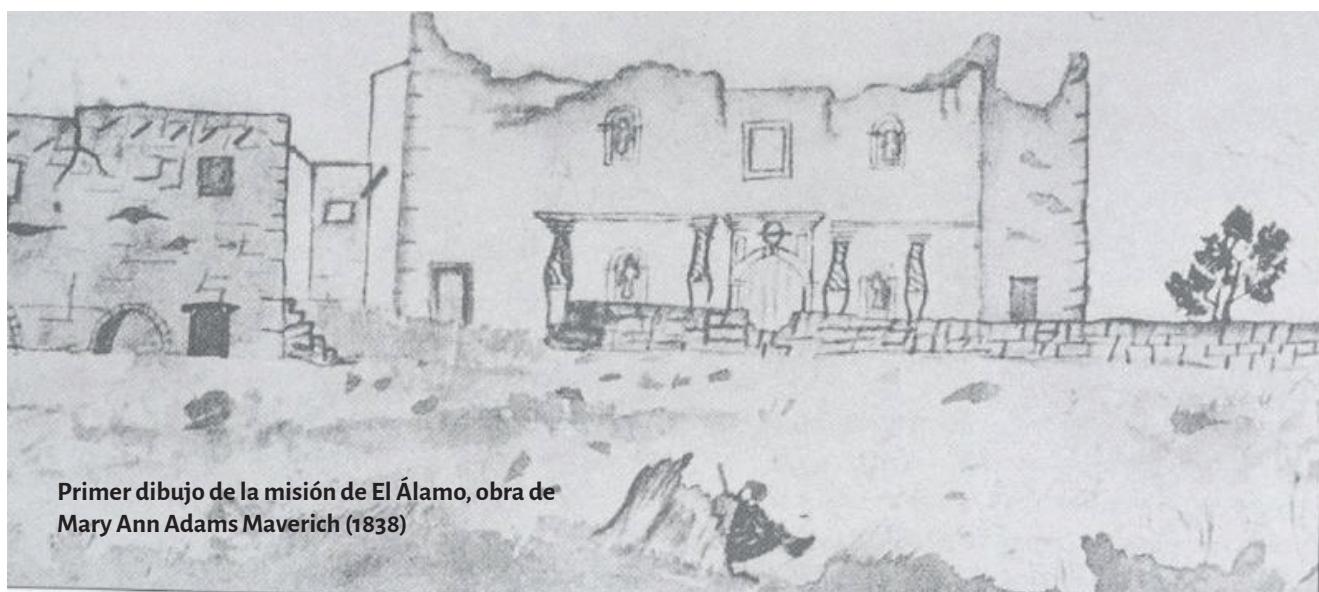
Teniendo en cuenta que, en San Antonio de Valero, hubo clanes familiares que vivieron en la misión por cuatro generaciones a lo largo de ochenta años, y que después se convirtieron en vecinos de San Antonio, parece razonable pensar que no lo hicieron esclavizados. Con solo un soldado y un

fraile, las ocasiones para la fuga habrían sido infinitas. Además, los indios de la misión se implicaban en su defensa porque la vida les iba en ello, y en alguna ocasión incluso salieron a defender San Antonio cuando la villa fue atacada por los apaches. De haber estado esclavizados ellos mismos habrían abierto las puertas de par en par para que los atacantes entrasen a liberarles.

Las misiones funcionaban como cualquier otro pueblo español. La autoridad del jefe indio era respetada por la autoridad española, y se le daba el cargo de gobernador de la misión

Las misiones funcionaban como cualquier otro pueblo español. La autoridad del jefe indio era respetada por la autoridad española, y se le daba el cargo de gobernador de la misión. Otras personas de relevancia en su comunidad recibían el cargo de alcalde o regidor, cargos que ellos mismos decidían. La intervención de los españoles en estas decisiones era nula. También tenían fiscal, y síndico, y hasta

alguacil, es decir, su propia policía. Las misiones y los indios que vivían en ellas se autogobernaban, eran independientes, no en vano eran definidas como pueblos por los propios frailes, que preferían este término sobre el de misión. Ese nivel de respeto y libertad para los indios no se ha visto en



Primer dibujo de la misión de El Álamo, obra de Mary Ann Adams Maverich (1838)

parte alguna más que en la hispanidad y las misiones españolas.

La esclavitud existía, pero no solo en la hispanidad. En cualquier civilización, cultura o lugar del mundo se ha privado de libertad a los seres humanos sin motivo legal para ello, y hay que decir que en el siglo XVIII no era tabú hablar de esclavitud, era conocida y aceptada. Pero en los cuatro mil registros y las trescientas cincuenta mil palabras que se incluyen en estos libros, se puede leer la palabra esclavo o cualquiera de sus derivados únicamente en dos ocasiones.

Juana María de Abonsa es una esclava con nombres y apellidos que hace de madrina en el bautizo de una niña. El documento no aporta más información, no se puede saber de sus condiciones de

vida o del trato que recibía, pero no parece que fuese a la iglesia a ejercer de madrina de forma involuntaria, algo que no habría aceptado el fraile, teniendo en cuenta que al final del registro dice: «Madrina a quien advertí la obligación y parentesco contraído». La iglesia católica del siglo XVIII era un estamento que no se tomaba las cosas a la ligera. La función de los padrinos en los bautizos era un tema tan serio como el sagrado matrimonio, y no olvidemos que los tribunales eclesiásticos ejercían tanto o más poder que los civiles. Nunca habrían permitido que uno de los padrinos careciese de libertad para hacerse cargo de su ahijado en caso de muerte de los padres.

En el segundo caso se trata de una mulata viuda, madre de dos hijos, esclava de otra mujer, llamada Josefa Leal, quien pide permiso para casarse con



un mulato libre. El registro contiene todos los documentos de este matrimonio, declaraciones de los novios, padres y testigos.

ACULTURACIÓN O GENOCIDIO CULTURAL

En la inmensa mayoría de los registros se puede leer la nación a la que pertenecían los indios cristianizados, y el nombre que tenían antes de aceptar el nombre español. Los frailes debían aprender el idioma de los indios para comunicarse con ellos, y, en caso de necesidad en la toma de declaración, siempre eran acompañados de un intérprete que les pudiera traducir del español. Existen multitud de gramáticas impresas de las principales lenguas indígenas, que los frailes pacientemente elaboraron. Si la intención era momentánea para facilitar la comunicación o se pretendía conservarlas para

la posteridad es algo que no se puede confirmar. De cualquier modo, su simple existencia niega lo que pomposamente se ha dado en llamar actualmente genocidio cultural.

MUERTE EN LA MISIÓN

En cuanto a las causas de muerte, la principal eran las epidemias, de las que no se libraba nadie, y los libros se hacen eco de ellas cuando en algunos párrafos se lee «este mes empezaron las viruelas», o «acabóse por diciembre el sarampión», sobre todo a partir de mediados del siglo XVIII, en que las epidemias asolaban el territorio, no solo la misión. Había muchos indios que, aun sin vivir en las misiones, se acercaban a estas en busca de una cura. Los libros atestiguan también la muerte de algún fraile por esta causa.





Ilustración de El Álamo obra de William Ludwell Sheppard publicada en 1883

El libro de entierros contabiliza perfectamente todas las causas de muerte, demostrando que, después de la acción de las epidemias, la segunda causa de muerte en América era por mano de un indio, tanto si la muerte era de español como de indio. Salir de la misión y de San Antonio era enfrentarse a una muerte segura; solo se podía viajar con la escolta de los militares, y eran comunes las muertes de pastores que cuidaban los rebaños o campesinos en sus campos. El informe del gobernador Cabello de finales del XVIII nos relata momentos como el de la batalla entre apaches y comanches, que dejó en torno a mil cuerpos en el campo de batalla, únicamente del bando Apache.

MISIÓN, CRISTIANIZACIÓN E HISPANIDAD

La misión era la forma en que la hispanidad se transmitió y expandió por América. Tras

ser aceptados en la misión (los frailes tenían mucho cuidado, ya que indios de naciones enemigas podían tener enfrentamientos, y el éxito de la misión se basaba en la armonía entre sus habitantes), los indios eran cristianizados en un proceso que podía durar años, aunque lo habitual era en cuestión de meses. Una vez bautizados y con nombre español, eran considerados españoles de pleno derecho, aunque sí es cierto que las segun-

Una vez bautizados y con nombre español, eran considerados españoles de pleno derecho, aunque sí es cierto que las segundas y terceras generaciones lo tenían más fácil

das y terceras generaciones lo tenían más fácil. Si vivían y vestían como españoles, se comunicaban en español y cumplían con la iglesia, no era tarea sencilla distinguir a un nuevo cristiano de un mestizo, y lo que demuestran los documentos es que todos se consideraban a sí mismos como españoles. En algunos casos, se puede profundizar en sus raíces genealógicas con el cruce de datos registrales, viendo que quien se definía como español era la primera o

segunda generación de cristianos, pero no era lo habitual.

En cuanto a los libros de registro, los frailes hacían diferencia entre españoles e indios por una simple razón: los españoles tenían la obligación de cumplir con las leyes eclesiásticas y, por tanto, el bautismo no era un éxito de los frailes, quienes, como cualquier otro trabajador, se debían a su superior, que evaluaba si el número de nuevos cristianos compensaba el esfuerzo y la inversión empleada.

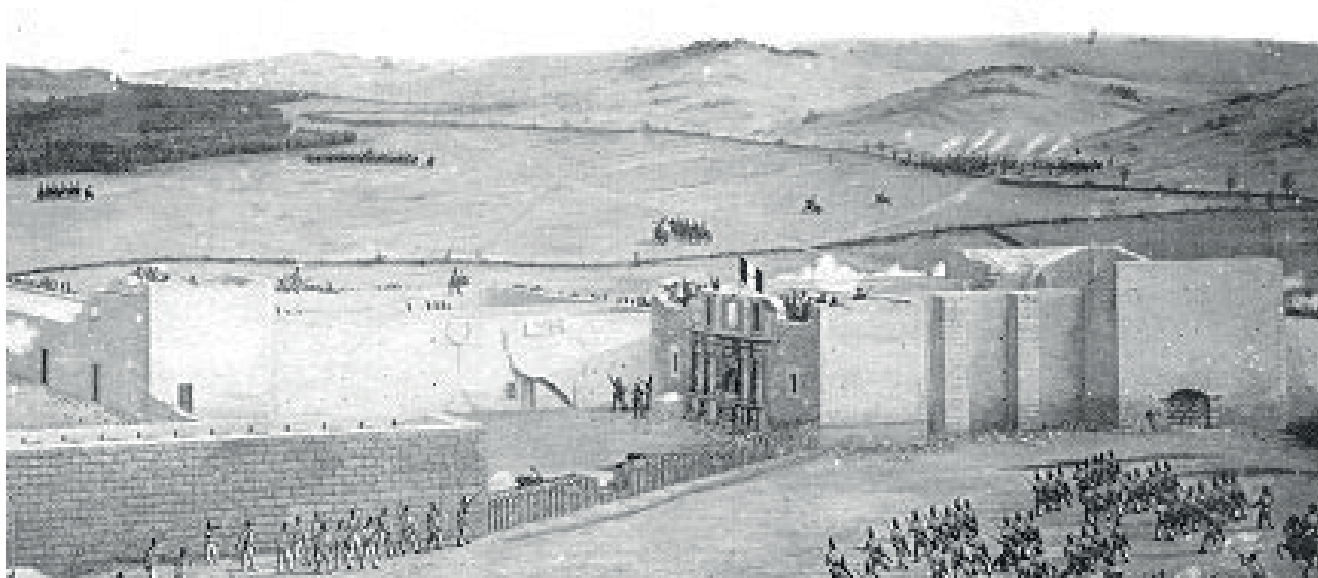
El camino que la Corona española siguió para la hispanización de América no fue el más fácil. No estuvo exento de problemas, siendo un aprendizaje constante para todos, tanto para las congregaciones religiosas como para las autoridades. Se inició con el empleo de la fuerza, poco después con la compra de fidelidades, y finalmente se comprobó que la forma más efectiva era la persuasión y la compasión. Los más estrictos jesuitas tuvieron buenos éxitos iniciales en el oeste americano, pero después se torcieron incluso antes de su expulsión. Los más compasivos franciscanos

tuvieron comienzos más complicados y mayores éxitos en el largo plazo. Los franciscanos comprobaron como la inclusión de un grupo grande en la misión resultaba en un fracaso casi automático; las revueltas, desertiones y abandonos estaban a la orden del día. La aceptación a la misión debía hacerse en grupos pequeños, familiares.

Por otra parte, los indios necesitaban un modelo en el que apreciar las bondades de la vida española. Este modelo fue en un principio ejercido por tlaxcaltecos, un pequeño grupo de familias que iniciaban el trabajo en la misión y enseñaban a los neófitos todo lo aprendido. Más tarde, otras naciones indias colaboraron con los frailes en todos los asentamientos. Aunque la primera generación sufría un choque por la nueva cultura, el conflicto era mucho menor en las segundas generaciones, que ya no sabían cómo vivir fuera de los pueblos y misiones.

Y así, mediante el trabajo constante de las misiones, y de forma paulatina, la hispanidad cubrió América. ■

«LA CAÍDA DE EL ÁLAMO», Theodore Gentilz (1844)



BERNARDO DE GÁLVEZ

UN HÉROE DE CARNE Y HUESO

EDUARDO GARRIGUES

Quienes por vocación o profesión hemos dedicado mucho tiempo e ilusión a la difusión y defensa del importante legado de España en Norteamérica podemos darnos hasta cierto punto por contentos, al menos en lo que respecta al reconocimiento de la decisiva ayuda española a la independencia de los Estados Unidos.



Para poner un ejemplo, hace apenas unos meses la Fundación Consejo España-Estados Unidos entregaba a la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso el galardón Bernardo de Gálvez, lo que resulta especialmente significativo porque cuando, hace varias décadas, la historiadora Carmen Reparaz solicitó en esa misma institución documentos relativos a la ayuda de España a la independencia de los EEUU, la persona que le atendió en ese momento le dijo que no tenía constancia de que esa ayuda se hubiera producido, por lo que no creía que existieran esos documentos, que con una buena dosis de paciencia e imaginación permitieron a Carmen Reparaz redactar y publicar el libro *Yo solo. Bernardo de Gálvez y la toma de Pensácola en 1781*.

Aunque desde entonces han aparecido tanto en España como en Estados Unidos otras obras importantes donde se reconoce la importancia de la contribución española, al no poder mencionar todas ellas, me gustaría destacar la de Tomás Chávez *España y la independencia de los Estados Unidos* (Taurus 2006) y la más recientemente obra de Larrie D. Ferreiro (Desperta Ferro 2020), esta última destinada a equilibrar el reconocimiento de la ayuda española en relación con la ayuda de Francia, más conocida por el mundo académico anglosajón y por la opinión pública americana, en parte por el destacado perfil del marqués de Lafayette, a quien el general George Washington consideraba como hijo adoptivo.

En 2014 Bernardo de Gálvez fue proclamado como ciudadano honorario de los Estados Unidos por el Congreso y por el propio presidente Barack Obama, aunque ese galardón había sido ya concedido a la memoria del marqués de Lafayette muchos años atrás.

A pesar de estos datos positivos, la evolución de este tema es solo relativamente satisfactoria, pues se siguen publicando en los Estados Unidos libros sobre la guerra de Independencia donde apenas se menciona a España; un ejemplo evidente es la obra de David McCullough *1776*, que recibió el premio Pulitzer, donde la palabra *España* aparece citada tan solo una vez. Entiendo que merece la pena intentar explicar las razones de esa falta de conocimiento y reconocimiento.

En 2014 Bernardo de Gálvez fue proclamado como ciudadano honorario de los Estados Unidos por el Congreso y por el propio presidente Obama

LA FIGURA HISTÓRICA DE BERNARDO DE GÁLVEZ ¿OLVIDO ACCIDENTAL O DELIBERADO?

El historiador cubano Eduardo Torres-Cuevas se ha preguntado si el desconocimiento en los Estados Unidos de la importante ayuda de España —y sus provincias americanas— a la guerra de Independencia de los Estados Unidos

es un «olvido accidental» o un «olvido deliberado». Torres Cuevas aduce que, al adoptar con respecto a los países del sur de Río Grande la doctrina Monroe, no tendría mucho sentido que los Estados Unidos reconociesen la ayuda prestada por unos pueblos que se deseaba dominar. Pero para entender mejor los factores que han podido provocar la falta de reconocimiento de esa ayuda conviene mencionar las circunstancias en que se produjo la guerra contra Inglaterra

LA ACTITUD DE LOS LÍDERES DE EEUU HACIA ESPAÑA

Entre los diferentes factores podemos encontrar motivos de tipo objetivo y otros de tipo subjetivo, que podríamos llamar *psicológicos*. Entre estos últimos, podemos citar la valoración negativa sobre la colonización española en América que Inglaterra había difundido y que había sido asumida



«LA FLOTA BRITÁNICA ENTRANDO EN LA HABANA», Dominic Serres (1775)

© National Maritime Museum, Londres

por los líderes de las colonias rebeldes que usaban su metrópoli. No debemos olvidar que durante varias generaciones los norteamericanos habían concebido como una amenaza la proximidad de España a los dominios ingleses. Las tropas británicas procedentes de las colonias habían participado activamente en la anterior guerra contra España, y concretamente en la toma de La Habana, donde en 1762 habían luchado ochocientos soldados norteamericanos.

Al estudiar los diarios del congreso, queda bastante claro que entre muchos de los líderes de la revolución existían grandes reservas sobre la alianza con España y sus posibles consecuencias. Esta actitud de reserva en relación con los territorios que había ganado España en su campaña contra Inglaterra salió a relucir cuando, antes de firmar la Paz de París de 1783, los Estados Unidos se negaron a aceptar que España conservara el dominio del Misisipi hasta su desembocadura y que se adjudicasen los mal definidos territorios que mediaban entre los montes Apalaches y el gran río, y que Bernardo de Gálvez había conquistado en sus campañas desde la Luisiana.

Un factor *objetivo* que explica en parte ese desencuentro es que, a diferencia de Francia, —que en la guerra anterior había perdido todas sus posesiones en América septentrional—, España conservaba gran parte de sus extensos dominios en el continente (aproximadamente dos tercios del territorio que ocupan los actuales Estados Unidos). Y que esa presencia española constituía un obstáculo a la anhelada expansión del nuevo estado hacia el oeste; por lo que, de un aliado necesario para ganar la guerra contra Inglaterra, España se convertía en un rival y en un poderoso vecino, como anticiparía el clarividente aristócrata aragonés conde de Aranda, embajador de España en París:

«La España va a quedar, mano a mano, con otra potencia sola en todo lo que es tierra firme en la América septentrional. ¿Y qué potencia? Una estable y territorial que ya ha invocado el nombre patricio de América con dos millones y medio de habitantes descendientes de europeos, que según las reglas que toman para su propagación, duplicará sus vivientes cada veinticinco o treinta años, y en cincuenta o sesenta puede llegar a ocho o diez millones de ellos, mayormente que de Europa

misma continuará la emigración por el atractivo que ofrecerán las leyes de aquel dominio».

LA AMBIGÜEDAD EN LA POLÍTICA DE LA CORTE DE CARLOS III

Al haber perdido en la Paz de París de 1763 todas sus posesiones en la América septentrional —incluyendo el Canadá y la Luisiana, que había cedido a España en compensación por sus pérdidas en esa guerra—, Francia tenía poco que perder si adoptaba una actitud beligerante con Inglaterra. Al no tener que preocuparse sobre las posibles consecuencias negativas de una guerra contra Inglaterra, en virtud de los Pactos de Familia entre las dinastías borbónicas, Francia consiguió arrastrar a España a una guerra con Inglaterra que ni le convenía ni estaba preparada para ella.

En todo momento Vergennes tomó la iniciativa, tanto al reconocer oficialmente a los comisionados que el congreso había enviado a París a finales de 1776 como al adelantarse declarando la guerra a Inglaterra en 1778, sin consultar con España, lo cual era contrario a lo estipulado por los Pactos de Familia. También a la hora de concertar la paz en 1783, Francia no respetó las obligaciones de sus acuerdos con España, incluyendo la obligación por parte de Inglaterra de devolver Gibraltar.

La petición de ayuda por parte de los comisionados del congreso de los Estados Unidos llegó a España coincidiendo con el relevo del secretario de Estado Grimaldi, que fue sustituido por el conde de Floridablanca. El rey Carlos III sentía cierta repugnancia en reconocer a unos vasallos que se habían rebelado contra su soberano legítimo y, por otro lado, temía que el apoyar claramente la rebelión por parte de España podría provocar que otros territorios americanos de América del Sur siguieran ese ejemplo.

En la corte de Madrid, tanto el marqués de Grimaldi como su sucesor en la Secretaría de Estado, el conde de Floridablanca, trataron de evitar



© Art Institute, Chicago

Retrato de José de Gálvez, autor desconocido (1785)

por todos los medios provocar un incidente con la Corona británica y se negaron a reconocer oficialmente a los representantes del congreso. En cambio, como medio para debilitar a su enemigo y prolongar la guerra, decidieron apoyar a los rebeldes tanto con ayuda financiera como con armas y pertrechos, pero de forma reservada (tan reservada que a veces los propios beneficiarios no se enteraban de dónde les llegaba esa ayuda).

Como también había previsto el conde de Aranda, para que el nuevo estado agradeciese la ayuda de España, hubiera sido imprescindible una actitud más definida desde el principio de la contienda, porque a la larga esa actitud ambigua no daría los frutos apetecidos.

LA RUPTURA DE LA AMBIGÜEDAD

Quizá porque don José de Gálvez, ministro de Indias, disintió de la postura de los sucesivos secre-



Retrato de José de Gálvez, autor desconocido (1785)

tarios de Estado —primero Grimaldi y después Floridablanca—, o por considerar que la guerra con Inglaterra era inevitable, nombró como gobernador de la Luisiana a un sobrino suyo, Bernardo de Gálvez, que a pesar de su juventud había demostrado capacidad de iniciativa y, sobre todo, de emprender una acción rápida y eficaz si lo requerían las circunstancias.

La meteórica ascensión de los distintos miembros del clan Gálvez ha sido analizado desde diferentes puntos de vista, incluyendo quienes consideran que fue un ejemplo de nepotismo — como el reciente estudio sobre *El círculo de los Gálvez* de Manuel Fernández González—. Me parece oportuno realizar alguna observación al respecto.

Es indiscutible que se produjo una acumulación de diversos cargos de importancia en la familia Gálvez —en ciertos momentos, mientras José era ministro de Indias, su hermano Matías ocupaba

el cargo de virrey de Nueva España y su sobrino Bernardo había sido nombrado capitán general de Cuba—, hasta el punto de que la crítica popular había difundido esta coplilla:

¿Quién manda en este mundo?

José, el primero.

*Matías, el segundo,
y Bernardo, el tercero.*

*Fiscal... virrey,
virrey... ministro,
y ministro... rey.*

*El padre, aquí,
el hijo en La Habana,
y el espíritu en España.*

Y, sin embargo, en el contexto político de la España del último tercio del siglo XVIII, el advenimiento a los círculos del poder político de una familia de pobres hidalgos malagueños —procedentes de Macharaviaya, diminuta aldea de la Axarquía—, podemos considerarlo como un logro de movilidad social, cuando la mayor parte de los altos cargos de la monarquía estaban reservados a miembros de la nobleza de sangre.

El nombramiento del joven Bernardo de Gálvez primero como coronel de regimiento fijo de Nueva Orleans y más tarde como gobernador de la Luisiana iba a suponer la ruptura de la ambigüedad, porque el militar malagueño se iba a anticipar a la declaración de guerra contra Inglaterra ya inminente, tomando medidas que facilitarían las campañas exitosas en el cauce del Misisipi y el golfo de México.

En el conflicto inevitable con Inglaterra, la Luisiana ocupaba un lugar estratégico importante al compartir fronteras tanto con Inglaterra como con los territorios ya bajo dominio de los insurgentes. Cuando Bernardo de Gálvez llegó a Nueva Orleans en 1777, empezó por enviar por el río Misisipi armas, pertrechos y medicamentos para las tropas rebeldes que luchaban contra las fuerzas inglesas en el norte. Gálvez secuestró los barcos



Mapa de la Luisiana y la Florida, Jacques Nicolas (1764)

ingleses que hasta entonces se dedicaban impunemente al contrabando en el río Misisipi y expulsó a todos los ciudadanos británicos establecidos en la orilla española del río. Y, antes de que los comandantes de los fuertes ingleses de la orilla izquierda del río Misisipi llegasen a saber que se habían roto las hostilidades entre España e Inglaterra en 1779, el ejército de Gálvez —unas tropas variopintas que incluían soldados españoles, milicianos criollos y compañías de pardos y mulatos— asciendió por la orilla izquierda del Mississippi y atacó por sorpresa las guarniciones inglesas, tomando en pocas semanas los fuertes de Baton Rouge, Pamure y Natchez, cuyos oficiales se rindieron sin presentar apenas resistencia.

Aunque con más dificultades, Gálvez continuó su exitosa campaña conquistando las dos plazas que dominaban la Florida occidental, Mobilia y Pensácola

Aunque con más dificultades, Gálvez continuó su exitosa campaña conquistando las dos plazas que dominaban la Florida occidental, Mobilia y Pensácola, impidiendo así que la flota inglesa pudiera abrir un segundo frente en el sur y permitiendo que las tropas del general Washington y sus aliados franceses pudieran enfrentarse con el ejército británico en el teatro bélico del norte.

¿PROTAGONISTA DE UNA HAZAÑA O GESTO TEMERARIO?

En el artículo publicado en la revista *Historia y Vida* sobre mi novela histórica *El que tenga valor que me siga*. En vida de Bernardo de Gálvez, la directora Isabel Margarit valora que haya descrito a ese importante personaje como «un héroe de carne y hueso» sin recurrir

a un tratamiento hagiográfico que en definitiva puede acabar perjudicando el lugar que merece en la historia.

En un comentario del prestigioso historiador sir John Elliott —recientemente fallecido— sobre el mismo personaje, califica la hazaña de la toma de Pensacola como un episodio controvertido. Lo cierto es que supuso un grave enfrentamiento entre Bernardo de Gálvez —comandante en jefe de las fuerzas españolas— y el comandante de la Armada, capitán Calvo Irazábal, cuando este último se negó a obedecer las instrucciones de su jefe de que sus naves entrasen en la bahía de Pensacola bajo el fuego de las baterías inglesas que dominaban el

acceso al puerto. En vista de lo cual, Bernardo de Gálvez se embarcó en un pequeño bergantín, el Galveztown, y navegó en solitario bajo las andanadas de las baterías inglesas, sobreviviendo milagrosamente a esa arriesgada empresa. Dicho gesto de valor —que de haber fracasado se hubieran tildado de temeridad— le valdría más tarde el reconocimiento del propio rey Carlos III, que lo nombró conde de Gálvez, dándole como lema en su escudo la frase: «Yo solo».

Probablemente la aparente bravuconada de Bernardo de Gálvez tenía importantes motivaciones, como la preocupación de dejar abandonadas las tropas de tierra

Probablemente la aparente bravuconada de Bernardo de Gálvez tenía importantes motivaciones, como la preocupación de dejar abandonadas las tropas de tierra ya desembarcadas en las inmediaciones de



«LA MARCHA DE GÁLVEZ», Augusto Ferrer-Dalmau

© Augusto Ferrer-Dalmau



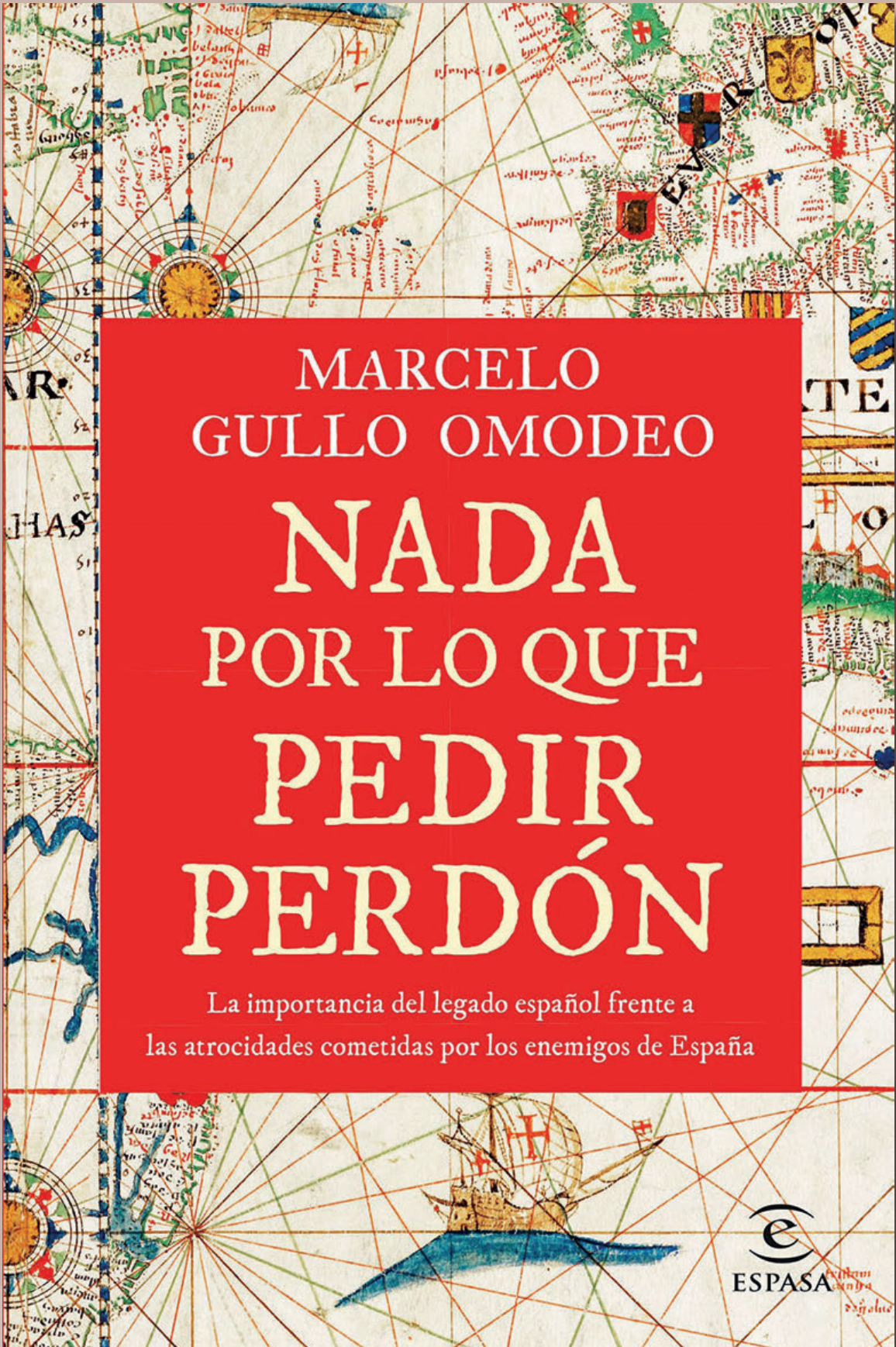
Mapa de Norteamérica de 1792, donde se pueden ver los límites de la Florida después de la acción de Gálvez

Pensácola. Y el temor de que sobreviniera una de las frecuentes tormentas que en dos ocasiones anteriores habían hecho abortar el asedio a la fortaleza inglesa. En ese caso la flota española hubiera tenido que alejarse de la costa, con funestas consecuencias para la conquista, que estaba concebida como una operación anfibia.

Si, al comentar esa decisión, utilizamos el paralelismo que podría existir con la actuación del líder de una gran empresa, podemos valorar la capacidad de Bernardo de Gálvez de generar una visión estratégica, que en su caso era el convencimiento de la importancia de la toma de Pensácola para conseguir la victoria final. Según ese argumento, en el comportamiento de un líder se destacan ciertos elementos esenciales, uno de los cuales es

la forma en que se relaciona con la organización a la que pertenece.

Al embarcarse en el Galveztown, Gálvez pronunció la frase «el que tenga valor que me siga», que viene a significar algo así como «el que comparta mi ilusión, mi ambición, mi autoexigencia, mi coraje». Es una acción propia de un líder que predica con el ejemplo, lo que podría aplicarse al ámbito empresarial lo mismo que al militar y al político. Al recuperar parte de ambas orillas del río Misisipi y las plazas fuertes de la Florida occidental, Bernardo de Gálvez bloqueó la acción del ejército y la flota británicos en el golfo de México y el acceso al canal de las Bahamas. Lo que a su vez permitió a las tropas del general Washington y a sus aliados franceses concentrar sus esfuerzos en el escenario bélico del norte y conseguir la decisiva batalla de Yorktown. ■



MARCELO
GULLO OMODEO

NADA POR LO QUE PEDIR PERDÓN

La importancia del legado español frente a
las atrocidades cometidas por los enemigos de España


ESPASA

APACHES Y COMANCHES

LA PACIFICACIÓN EN NUEVO MÉXICO

CÉSAR MURO BENAYAS

El gran rey ilustrado, Carlos III, tras la muerte de sus dos hermanos mayores sin descendencia, llegó al trono de una España que, aunque había perdido buena parte de sus posesiones europeas, mantenía casi intacto el gran territorio de Ultramar. La derrota de la guerra heredada de los Siete Años contra Inglaterra y su fiel aliado Portugal supuso su primer descalabro, pero le hizo tomar conciencia del gran valor que suponían aquellas lejanas posesiones que heredaba y su extraordinario valor humano, político, social y económico. A colonizar aquellos dominios dedicó una parte importante de su esfuerzo.

Retrato de Juan Bautista de Anza, por Gerald Cassidy



Antes de continuar con la visión de nuestro rey para aquellos territorios es esencial aclarar el concepto de «colonización», imperante en la época. El deseo de llevar la cultura y civilización hacia aquellas tierras era el motor de las instituciones del reino. Nadie pensaba que aquellas lejanas tierras no formasen parte de «las Españas», o que aires independentistas de nuestros propios hijos rompiesen los lazos naturales con la metrópoli, cuarenta años más tarde. Colonización, un extraordinario reto que nunca me cansaré de ensalzar, muy diferente al «colonialismo» que protagonizaron

los anglosajones, buscando riquezas y materias primas por todos los continentes donde pusieron su pie.

La colonización de las «Españas de ultramar» sobre vastos territorios, siempre escasos de hombres para conducir este esfuerzo, fue una gran gesta que completó la conquista, primera fase de la ocupación de aquellas tierras y, a entender de muchos, más compleja que aquella. Las arcas de la Real Hacienda, siempre menguadas, tampoco podían ayudar mucho. Fueron colonos, soldados



y religiosos, con su encomiable esfuerzo, los que consiguieron este reto. Bien merecen nuestro reconocimiento y homenaje. Llevaban en lo más profundo de sus sentimientos el deseo de engrasar las Españas, educando y convirtiendo a los nativos en nuevos españoles. Esa, y no otra, fue su guía de actuación.

El rey se caracterizó, como es sabido, por rodearse por personas ilustradas para ocupar los puestos de mayor responsabilidad. Priorizaba a los más preparados a los procedentes de la nobleza, que no pudiesen aportar más que el realengo que heredaban de sus antecesores. El mérito y la preparación intelectual imperaron entre sus asesores; llegaba a las Españas la Ilustración, imperante en Francia. Además, de su prioridad por la colonización, impulsó el control de la hacienda, atacando el fraude allá donde se diese. También, su gusto por el urbanismo cambió la fisionomía de muchas de las grandes urbes: alcantarillados; hospitales, incluso para menesterosos o enfermos mentales; grandes jardines; y avenidas y más universidades fue su más reconocido legado. Ciudades como Madrid, Ciudad de México, Quito o Lima se aprovecharon de este impulso.

Los virreinos y sus capitanías generales, que hacían patente el sentir de la monarquía en buena parte del continente americano y Filipinas, junto a la organización en audiencias, provincias y municipalidades constituyeron el entramado que daba consistencia a los nuevos asentamientos en tierras a colonizar.

Sin embargo, el más grande, el virreinato de Nueva España, se encontraba muy lejos de poder conseguir la ocupación del vasto territorio asignado.

Formalmente cubría el México actual y el territorio oeste de los Estados Unidos, hasta el Canadá, incluyendo Alaska. Hacía frontera con los dominios, principalmente de ingleses, en el río Misisipi. Más o menos, la mitad de los territorios actuales de esta gran nación americana.

Por supuesto, se hicieron grandes exploraciones en este inmenso territorio en los siglos XVI y XVII, con un mérito que rayó en lo sobrehumano, pero, a la hora de ocupar y empezar a colonizar, resultó una quimera imposible.

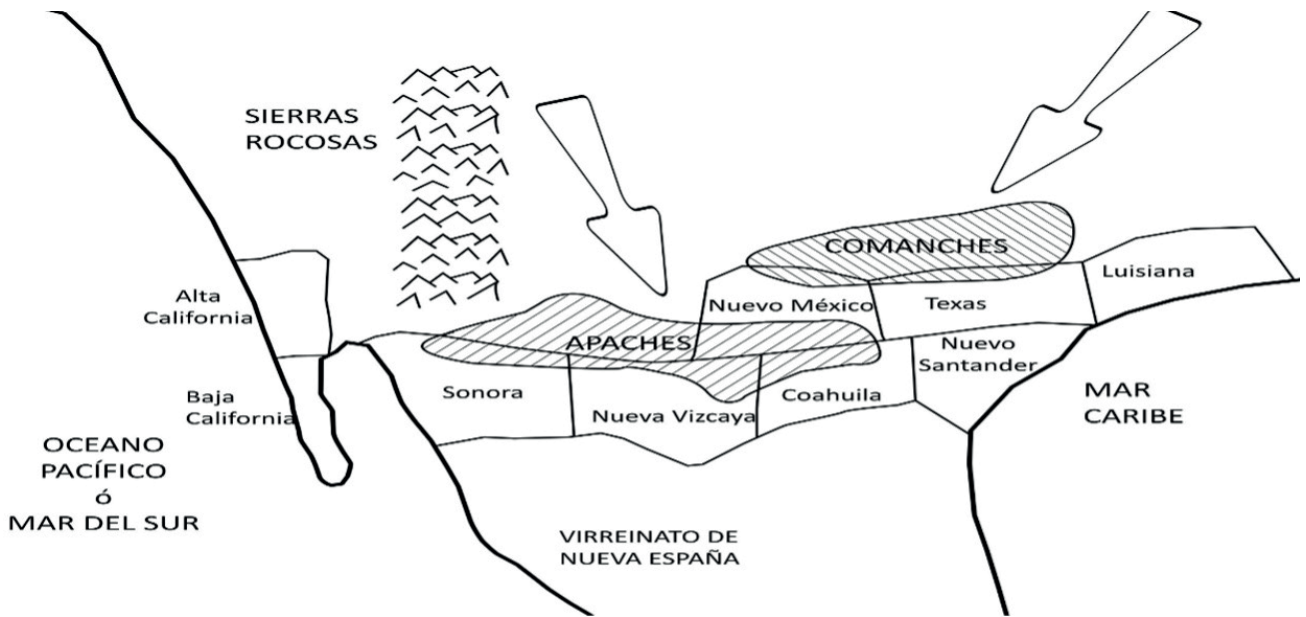
La colonización de las «Españas de Ultramar» sobre vastos territorios, siempre escasos de hombres para conducir este esfuerzo, fue una gran gesta que completó la conquista, primera fase de la ocupación

Carlos III, pragmático y racional con las posibilidades del reino, en sus directrices al Consejo de Indias para este virreinato marcó como objetivo colonizar la zona septentrional de los territorios ya ocupados, dejando los lejanos campos más al norte para quienes le sucediesen. Se les llamó, de forma genérica, Provincias Internas, referenciándolas como las que se encontraban más al interior del territorio de soberanía. Coinciden actualmente con una ancha franja formada

por los estados norteamericanos de California, Arizona, Nuevo México, Colorado, Texas y Luisiana, y los vecinos mexicanos de Baja California, Sonora, Chihuahua y Coahuila.

EL CONFLICTO FRENTE A APACHES Y COMANCHES

Ni unos ni otros eran originarios de las Provincias Internas, como tampoco lo eran los españoles. Nosotros, liderados por Hernán Cortés, creamos el virreinato de Nueva España en la primera mitad del siglo XVI. Los apaches, grupo heterogéneo de tribus nómadas, procediendo del norte desde las zonas más abruptas de las montañas Rocosas, aparecieron al final del siglo XVII. Aproximada-



mente en los mismos años, otra gran tribu, procedente de las grandes llanuras del centro del continente, arribaron también a esos territorios. Eran los comanches.

Ambos grupos no tardaron en chocar y convertirse en feroces enemigos. Tenían intereses comunes: el dominio de las praderas y la caza del bison americano, que nosotros denominamos cíbolo.

Los españoles, en el deseo de avanzar hacia el norte, asentándose y colonizando aquellas tierras que les correspondían, como era deseo de nuestro rey, se encontraron con la permanente resistencia de estas tribus guerreras que no tenían el menor deseo de convivir y, menos aún, cambiar sus costumbres y cultura para convertirse en hispanos.

Poco a poco, con el transcurrir de los años, el conflicto se fue recrudeciendo hasta llegar a la segunda mitad del siglo XVIII. Había que tomar cartas en el asunto de manera definitiva: organizar los presidios, esos fuertes que marcaban nuestra

existencia, que de manera descoordinada se fueron construyendo para proteger a los colonos; poner orden y disciplina en las tropas; y enfrentarse a estos indios que frenaban el avance de la colonización.

Aquí empieza esta increíble página de la historia, a la par que poco conocida, donde la caballería española,

personalizada en los famosos dragones de cuera, hizo frente a los más terribles guerreros de aquellos tiempos. Comienza en 1772 y tiene su epílogo en 1788.

Hay un personaje singular en esta epopeya, por delante de los demás: Juan Bautista de Anza. Líder sin igual en la resolución de aquella guerra contra apaches y comanches; francamente, poco reconocido y ensalzado en nuestra historia militar. Sus excepcionales

dotes, como militar y diplomático, fueron referentes para subordinados y superiores.

Hay otros protagonistas a quienes agradecer los logros de aquella quimera: los miembros de la fa-

Los españoles, en el deseo de avanzar hacia el norte, asentándose y colonizando aquellas tierras, se encontraron con la permanente resistencia de estas tribus guerreras

milia Gálvez, eficaces y leales servidores a la corona. Tuvieron notable influencia en los niveles político, estratégico y operacional. Uno, por su constante preocupación e impulso desde su puesto de ministro; los otros dos, por sus valientes y oportunas decisiones como virreyes.

UNA VISIÓN ESTRATÉGICA INICIAL

El conflicto con las tribus indígenas de Nueva España tenía dos antecedentes que no pasaron desapercibidos a los asesores del monarca: el producido por los indios pueblo en la provincia de Nuevo México, a primeros de siglo, y el ocurrido con los indios serís en el corazón de Sonora, hacía

una veintena de años, en Cerro Prieto. Ambas, resueltas con contundencia, no habían llegado a cicatrizar del todo. Apaches y comanches eran más crueles y numerosos. Habría que saber alternar «el palo con la zanahoria» para no abrir una brecha insalvable que hiciera imposible la convivencia y la colonización. No parecía asunto a lograr en poco tiempo.

En septiembre de 1772 el rey sancionó un reglamento pormenorizado y exhaustivo para la organización de las tropas de frontera, los dragones de cuera, propuesto por el virrey Croix tras muchos años de estudio. Las Provincias Internas tomaban personalidad como organización militar inde-



1: Chaqueta de cuero

2: Silla de montar

3: Carabina

4: Bolsa de la silla

5: Lanza

6: Pistolas colgadas a cada lado de la silla

7: Adarga

8: Botas y espuelas

9: Estribo



pendiente para la resolución del conflicto iniciado con apaches y comanches. Al mando de un brigadier se distribuían los presidios de frontera de forma más coherente y se reajustaban sus efectivos. Este despliegue, inicialmente lineal, fue evolucionando con el devenir del tiempo al ganar en profundidad y completarse con unidades móviles para socorrer los presidios y cubrir zonas vacías. Junto a ellas se crearon otras con indios ópatas y pimas bajo mando de oficiales hispanos, primer referente de la historia militar española de este tipo de unidades, que luego se repitió en Marruecos.

La actitud, inicialmente, fue defensiva, de protección los presidios y tierras de colonos. Todo intento de acercamiento a estos indios apaches y comanches resultó un fracaso.

LOS APACHES

No eran una nación, sino un conglomerado de tribus que tenían en común su procedencia, parentescos lejanos, las mismas costumbres y una

lengua común, que era ágrafa, sin escritura. Su historia se transmitía, con poca credibilidad, por leyendas contadas de sus antecesores. Solo se conocían entre los más cercanos. Se agrupaban por clanes y familias, pero a conveniencia. No había vínculos cerrados entre ellos. No solo cada tribu, sino cada ranchería vivía independiente. Sin jefe superior, ni consejo que les representase, nadie tenía ascendiente sobre otros, incluso los jefes cambiaban con frecuencia.

Su vida se regía por el azar y era dependiente de la mayor o menor debilidad de su cuerpo. Eran polígamos, con tantas esposas como pudiesen mantener. El hombre se dedicaba a la caza desde que era niño y, cuando se convertía en adulto, también a la guerra y al saqueo. La mujer se centraba en el cuidado de los hijos, la comida y el curtido de pieles para jacales, ropas y vestidos, que suponían su única artesanía.

De sus costumbres destacaba que, al igual que algunas fieras, comían hasta hartarse y aguantaban, de seguido, grandes periodos de ayuno y sed.

No cultivaban los campos, lo despreciaban y, si acaso, alguna de las mujeres sembraba granos de maíz para retornar a buscar las mazorcas al cabo de meses. En cuanto al ganado tampoco se ocupaban de ello, al contrario que la mayoría de las otras tribus. Poseían animales para carga y, a veces, alguno para su alimento o leche, como cabras.

Eran bien parecidos. Más altos que otras tribus, por lo general. Pelo largo, barbilampiños y de textura fuerte; destacaban por su agilidad y resistencia, ganando en velocidad a los caballos por terrenos ásperos y abruptos. Sus ojos, oscuros y

vivos, reflejaban la astucia del cazador. Su carácter era colérico y violento, a la vez que arrogante. En el combate se mostraban tremendamente crueles y alevosos. El valor, su principal aprecio, regía su vida y su prestigio social. Su vida giraba en torno a la caza o la lucha. Se sentían guerreros y despreciaban cualquier otra forma de vida. Se burlaban de las tareas de los otros semejantes y no tenían remordimiento alguno por sus continuas fechorías. Su razonamiento era simple: tomaba lo que necesitaba; no importaba robárselo a otro; y si lo mataba mejor, porque así se aseguraba de que no le perseguiría para matarle.



Siempre ubicaban las rancherías en los parajes más escarpados de las sierras, en altura, de manera que controlasen los accesos, que mantenían siempre vigilados. Como nómadas sin arraigo a la tierra, se movían continuamente, buscando caza y frutos silvestres. Recelosos de cualquier indicio en lontananza, como nubes de polvo, humo de hogueras o animales en huida, levantaban los jacales con rapidez. Mientras el grueso se retiraba con algunos guerreros, ancianos, mujeres y niños, otro grupo, desde posiciones altas, hostigaba y frenaba el avance hasta la llegada de la noche, momento en que procuraban romper el contacto y huir.

Las rancherías variaban en función de los jacales, pero lo habitual era que las formasen en un marco familiar entre veinte y cien personas. El jefe tenía prestigio por sus dotes de mando y fuerza física, no por su edad y experiencia, de forma que cuando la perdían era motivo de desprecio o burla.

Esta era una diferencia notable con otros indios, generalmente liderados por personas mayores.

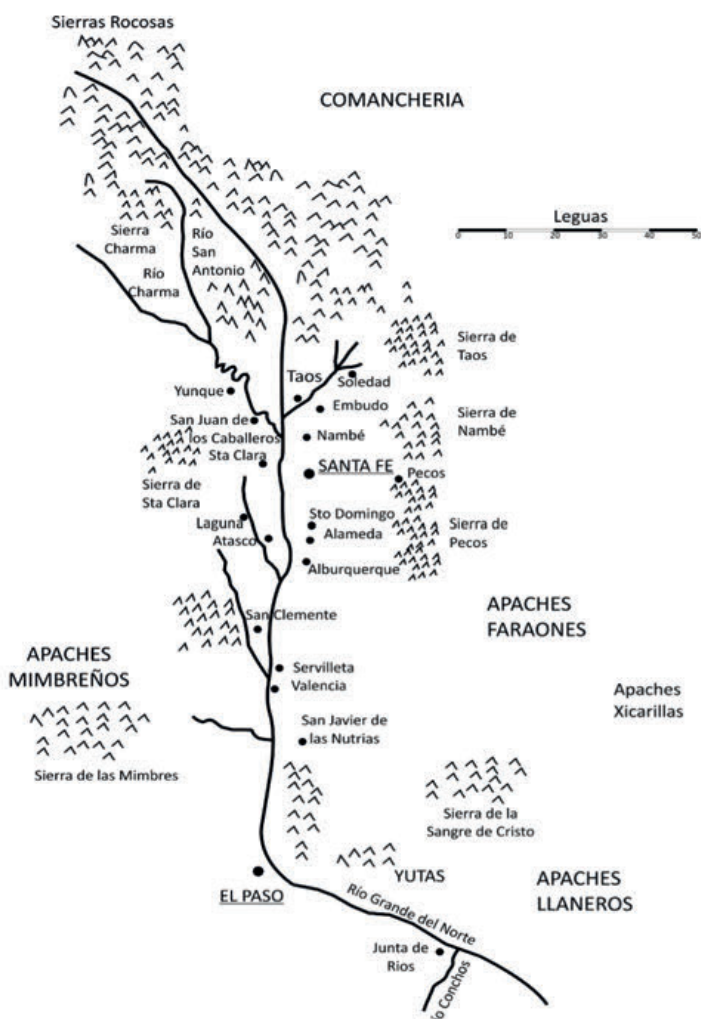
Solo presentaban combate si eran superiores. Ante la presencia de fuerzas mayores su actitud era esconderse o huir. Sus ataques se basaban en una buena preparación, mediante la información que sacaban por observación previa y el secreto en la llegada. La ejecución siempre era por sorpresa, con mucha coordinación entre los actuantes y máxima rapidez, violencia y crueldad. Después, el procedimiento no era otro que la inmediata retirada en pequeños grupos, aprovechando el atardecer o las primeras horas de oscuridad, para desaparecer al amparo de la noche. Se movían a gran velocidad corriendo por los sitios pedregosos más abruptos, o a caballo, cuando la ocasión lo permitía.

Al retirarse, descolgaban un pequeño grupo de retaguardia para alertar al jefe, con vistas a realizar una emboscada en un lugar propicio, si los perseguidores marchaban confiados o, en caso contrario, sacrificarse combatiendo para que el resto ganase tiempo para alejarse. Eran cuidadosos en no dejar huellas, auténticos expertos: borrándolas, llevando los caballos con calzos de piel que no marcaran el suelo o, incluso, moviendo con las mujeres y niños reuas de animales en dirección diferente para confundir a los indios auxiliares, que acompañaban a nuestros dragones.

Se encontraban repartidos por todo el frente septentrional de las Provincias Internas desde Sonora hasta Nuevo México y Coahuila, siendo la más poblada Nueva Vizcaya.

LOS COMANCHES

Al contrario que sus feroces enemigos apaches, conformaban una gran nación cohesionada, con un solo jefe y un consejo



de ancianos, con independencia de que las ramas que la formaban tuviesen su jefe. La tradición oral y el respeto a sus leyes conformaban su convivencia.

Estaban asentados en un territorio que consideraban como propio, entre los actuales estados de Nuevo México y Colorado. No eran nómadas, vivían formando poblados. La familia constituía su célula elemental de relación; el culto y respeto al abuelo y al padre eran el pilar de su colectividad. Se aceptaba la poligamia y tener esclavos. Se dedicaban, principalmente, a la caza del cíbolo y a la artesanía, trabajando sus pieles y astas. Tenían ganado y les gustaba mucho comerciar y participar en mercados. El caballo era esencial para su vida. En conseguirlos, por trueque o robo, volcaban sus esfuerzos contra los colonos u otros indios.

Manténían en permanencia una fuerza de cerca de dos mil guerreros, lo que suponía una terrible amenaza. Entre sus armas, había que añadir, a las simples de los apaches de arcos, flechas, lanzas y hachas, fusiles modernos que adquirirían a comerciantes ingleses, corazas y morriones elaborados con cueras de siete capas de piel de gamuza, e incluso espadas.

De constitución fuerte, eran grandes luchadores. Valientes y tremendamente crueles, eran temidos por todas las tribus. Famosos por torturar a los enemigos que accedían a sus territorios, hicieron de sus sierras y praderas territorios intocables. El combate lo basaban en la masa de guerreros, la simpleza de sus ataques y el valor de sus hombres. No tenían más tácticas que llegar al objetivo y atacarle de frente. Despreciaban la sorpresa; en esto diferían de los apaches. Chocaron con los apaches

por la caza de los cíbolos y con los españoles por el avance hacia sus territorios.

JUAN BAUTISTA DE ANZA

Nacido en Arizpe, provincia de Sonora, era nieto de un colono bilbaíno e hijo de un capitán de dragones de cuera, que se distinguió como explorador, junto al padre Kino, de los territorios hasta el río Gila. De joven destacó en la revuelta de los serís y fue capitán de los presidios de Tubac, Tucson y Altar. Al haber heredado la vocación de su padre, se le autorizó a explorar una ruta que uniese Sonora con California, ruta que hasta esas fechas solo se hacía por mar. Con gran esfuerzo consiguió enlazar con las misiones abiertas por el mallorquín fray Junípero Serra en la costa del Pacífico.

Ascendido a teniente coronel por sus méritos, volvió a California para fundar la ciudad de San Francisco. Posteriormente, como gobernador

interino de Sonora, resolvió de manera ejemplar una segunda revuelta de los serís, solucionando los problemas de convivencia con los colonos.

Consciente de su valía, el virrey Antonio Bucareli le destinó como gobernador de Nuevo México, la provincia más conflictiva del virreinato, por sus continuos litigios con apaches y comanches, le otorgó toda su confianza y le permitió una amplia iniciativa ante al brigadier de las Provincias Internas.

NUEVO MÉXICO EN 1778

La población se ubicaba en los márgenes del río Grande del Norte. De los trescientos mil habitan-

Los comanches, al contrario que sus feroces enemigos los apaches, conformaban una gran nación cohesionada con un solo jefe y un consejo de ancianos. La tradición oral y el respeto de sus leyes conformaban su convivencia

tes aproximados del virreinato, la provincia tenía veintiuna mil almas. De ellas, una cuarta parte eran indios pueblo. Las poblaciones más importantes eran Santa Fe y El Paso. Le seguían Junta de Ríos al sur y Taos al norte, la villa más castigada.

En cuanto a los indios hostiles se ubicaban los apaches, divididos en tres tribus al sur, y los comanches al norte. Las hostilidades con los primeros se limitaban a pequeños robos y algún asalto esporádico. En cuanto a los segundos eran de mayor intensidad: ataques importantes a poblaciones con grupos numerosos ocasionando importantes bajas. Ambas tribus buscaban desesperadamente la captura de caballos, puesto que eran escasos en toda esta parte del virreinato.

Los dragones de cuera tenían un presidio en Santa Fe con una guarnición de ciento veinte hombres, con viejos equinos y armamento en mal estado. Se completaban con cuatro compañías de milicias que se movilizaban periódicamente, tres al sur y una al norte, generada por civiles que se incorporaban con su caballo y su arma. En general, la falta de caballos era casi crítica para todos.

Desde el primer momento, Anza emprendió tres acciones importantes: la primera, abandonar las estancias y rancherías aisladas, muy vulnerables a los ataques, concentrando la población en las villas y aldeas. La segunda, construir en estas poblaciones buenas fortificaciones con adobe, donde pudiesen refugiarse y defenderse los vecinos, junto a las milicias. La tercera, que los dragones de cuera pasaran a ser reservas móviles para acudir en apoyo de estas guarniciones, ante agresiones u hostigamientos, en el tiempo más corto posible.

Conseguido el aumento en la seguridad de manera manifiesta, se corrió esta noticia por Nueva Vizcaya y Coahuila, que sufrían frecuentes ataques de los apaches, generándose un movimiento migratorio hacia Nuevo México de nuevos colonos que, en pocos meses, llegó a subir el censo un treinta por ciento.

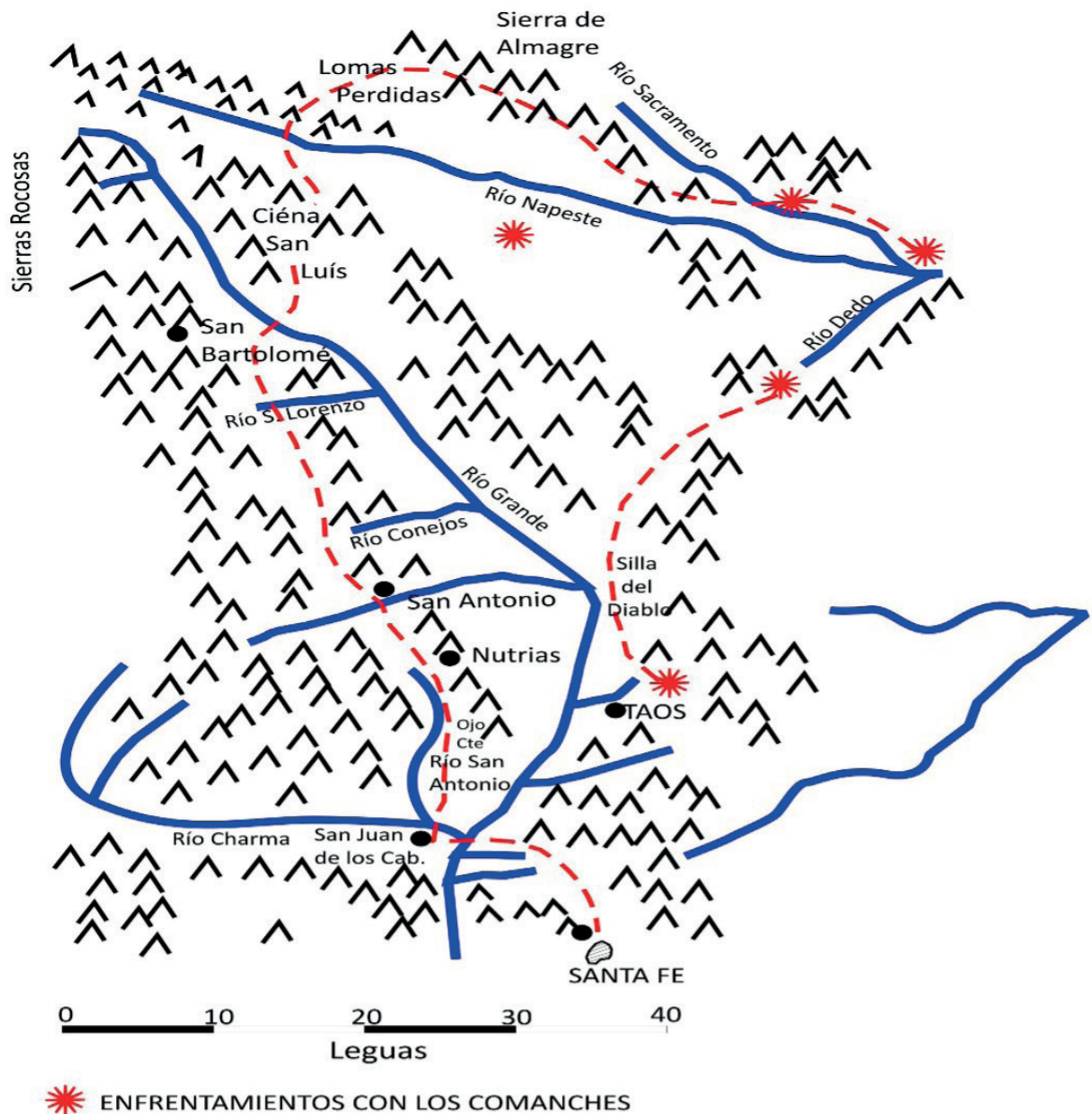
Demostrado que la seguridad era el principal valor en aquella situación, con la autorización del virrey, se generó un movimiento de recogida de dinero, partiendo de un impuesto mínimo general, con objeto de mejorar el armamento, la instrucción y solventar la carencia de caballos para dragones y milicias. Su finalidad no era otra que, manteniendo el sistema defensivo, que tan buenos resultados daba, generar una fuerza ofensiva para adentrarse en la Comanchería y llevar la guerra a su terreno, hasta conseguir derrotarles.

LA CAMPAÑA CONTRA CUERNO VERDE, JEFE SUPREMO COMANCHE

En manos del jefe Cuerno Verde, llamado así por adornarse con un morrión con astas pintadas con jade, las hostilidades habían llegado al máximo. Su odio a los hispanos era manifiesto y la dificultad en obtener victorias había aumentado su agresividad.

Al año siguiente de haberse hecho cargo de la provincia, pasadas las cosechas, Anza emprendió la campaña ofensiva buscando la sorpresa. Había conseguido, para aumentar la fuerza, un pacto con los indios yutas y los apaches xiscarillas, a cambio del botín de guerra que consiguiesen. Juntaba trescientos cincuenta españoles; cada dragón tenía a su cargo dos milicianos, y doscientos indios entre ambas tribus.

Los dragones de cuera tenían un presidio en Santa Fe con una guarnición de ciento veinte hombres, con viejos equinos y armamento en mal estado. Se completaban con cuatro compañías de milicias



Aprovechando el trabajo previo de sus exploradores, daría un gran rodeo por el oeste del territorio comanche, con movimientos siempre nocturnos para que no se delatara el polvo que generaban los caballos. Cruzó el río Grande del Norte cerca de su nacimiento y se adentró en las sierras que amenazaban las rancherías comanches.

Tras tres duros enfrentamientos, ejecutados por la caballería española de forma ejemplar, hasta el punto que hoy en día son estudiados por su brillantez por la academia militar de los EEUU de West Point, se derrotó y dio muerte al jefe indio.

El comportamiento de Anza y de los españoles fue ejemplar. No se hicieron más bajas que las pre-

cisas y se liberaron todos los prisioneros. Se retiraron de regreso a los territorios españoles sin causar ningún estrago y no se volvió a realizar otra acción similar.

Continuó el sistema defensivo y se favoreció el comercio, cada vez que había ocasión, con los comanches que se acercaban a mercader. Se recibieron algunos ataques que fueron rechazados, sin que dieran lugar a ninguna acción de desquite.

ECUERACAPA, UN CAMBIO DE RUMBO

Los siguientes años, mientras la provincia iba creciendo en población, seguridad y buen comercio, los comanches entraron en decadencia. Los ata-

ques que sucedieron a las poblaciones de Nuevo México y Texas, que implantó un sistema defensivo similar al de Anza, fracasaron. Los combates con sus enemigos apaches tampoco prosperaron, sufriendo ambos importantes bajas, sin beneficio alguno. Para mayor abundamiento de desgracias, la epidemia de viruela que sufrió el virreinato les causó grandes pérdidas.

En 1785, el consejo de los comanches, viendo la experiencia sufrida en los años anteriores, ajustició a Toro Blanco, sucesor de Cuerno Verde, y designó a un distinguido guerrero, con grandes dotes de liderazgo: Ecuera. El nuevo jefe, contando con el apoyo de los jefes de las tribus, que reconocían la buena predisposición de los españoles hacia ellos, se avino a negociar un acuerdo de paz.

Anza recibió a los embajadores de la propuesta con los brazos abiertos y empezaron las negociaciones durante varios meses, y fueron introducidas también las tribus amigas de los españoles. El 25 de febrero de 1786, en Pecos, en una solemne ceremonia con presencia de todos los jefes comanches adornados con sus mejores galas, presidido por Anza y Ecuera, se firmó la paz en un acto en el que se enterraron un sable de dragones y una lanza comanche y, sobre la misma tierra, se sembraron granos de maíz, como signo de paz.

El acuerdo se extendía a todos los territorios de los españoles y de los indios amigos. Admitían ser súbditos del rey de las Españas. Se permitía ubicar rancherías comanches junto a poblados hispanos, para facilitar la integración y el intercambio de conocimientos. También el libre tránsito de sus jefes y el movimiento de los indios para acudir a las ferias que se celebrasen en cualquier población española. Se elaboraría un reglamento de comercio

para que no se cometieran abusos en el mercadeo, redactado conjuntamente, que sería inspeccionado por Ecuera como comisario. Participarían, bajo mando y coordinación de los gobernadores de cada provincia, en la lucha contra los apaches, con los hombres que se les demandasen.

Con el transcurrir del tiempo se apreciaron los beneficios para ambos bandos. La provincia ganó de forma exponencial con la llegada de nuevos colonos y en el aumento del comercio, se redujeron las milicias al mínimo y se encaminaron sus armas y caballos hacia los comanches, que se convirtieron

en una fuerza decisiva para los gobernadores. A los comanches se les abrió un nuevo mundo, lejos de sus costumbres primitivas; el convivir junto a los españoles hizo que aprendiesen nuevos oficios, el idioma, las formas de la siembra y el desarrollo de la ganadería. Se les daba un acordado valor a las pieles de cívolo y otros animales y con ellas conseguían escopetas, municiones, ropas, caballos y todo lo que deseasen.

Los apaches del resto del virreinato, poco a poco, con un goteo continuo, al sentir la presión de los dragones de cuera, unido a la falta de caballos, fueron rindiéndose

Los perjudicados, sin duda, fueron los apaches. Con esta alianza comprendieron que, tarde o temprano, no les quedaba otro camino que el abierto por los comanches. Un año después, en 1787, fueron expulsados de Nuevo México y Texas por las fuerzas conjuntadas de españoles y comanches.

Los apaches del resto del virreinato, poco a poco, con un goteo continuo, al sentir la presión de los dragones de cuera, unido a la falta de caballos, fueron rindiéndose a la negociación de los españoles con un trato bastante similar al recibido por los comanches. En 1793, se registró el último grupo apache integrado. La paz daba alas a continuar el avance hacia el septentrión. Quedaba mucho territorio por colonizar en Nueva España. ■

JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

LO QUE
HICIMOS
POR EL
MUNDO

Aportaciones que los grandes pensadores,
científicos, artistas y literatos españoles nos legaron.

edaf 

DON JUAN DE OÑATE



RELATO DE SU EXPEDICIÓN DE 1598

MARTHA VERA, cónsul honoraria
de España en El Paso, Texas

Es importante saber que la colonización de Nuevo México no fue conquista. Don Juan de Oñate fue nombrado gobernador y fue el líder y financiador personal de la expedición hacia el norte que terminó el Camino Real de Tierra Adentro. Fue hijo de Cristóbal de Oñate, militar y funcionario de la Corona de Castilla, barón de Plata, y su madre fue doña Catalina de Salazar y de la Cadena, judía conversa.

Estatua ecuestre de don Juan de Oñate en Alcalde, Nuevo México



Nació en Zacatecas, México, y se casó con la bisnietita de Moctezuma, Isabel de Tolosa Cortés y Moctezuma.

El Camino Real de Tierra Adentro mide mil seiscientas millas y se estableció en la ciudad de México en 1540 como el Camino de la Plata. Después cambió el nombre a Camino Real de Tierra Adentro y concluiría su recorrido en 1598.

Don Juan de Oñate aceptó la propuesta del virrey Luis de Velasco de comenzar una expedición autofinanciada para colonizar lo que sería Nuevo México en 1595. Esta expedición completaría el resto del Camino Real de Tierra Adentro desde el valle de Allende, cerca de lo que hoy es Santa Bárbara, Chihuahua, hasta San Juan de los Caballeros, Nuevo México, que hoy se llama Ohkay Owingeh, Nuevo México.

Nuestra historia comienza en Tepetzotlán, México, en el palacio del virrey Luis de Velasco el 24 de agosto de 1595. El rey había aprobado la expedición y posesión de la tierra al norte del río del Norte para llegar a colonizarla, pero, con la muerte de Antonio de Espejo, que era el explorador que iba a llevar a cabo la expedición, el virrey le pidió a su amigo Oñate que la llevara hacia el río del Norte. Oñate aceptó y comenzó a formar su equipo.

Su amigo, el virrey de Velasco, fue trasladado a las islas Canarias en noviembre de 1595. Oñate tuvo que soportar múltiples y rigurosas inspecciones del nuevo virrey, Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca. Esperó tres años en las minas de Casco, localizadas en Durango, para comenzar su expedición al norte. Problemas de sabotaje y de celos, entre otras situaciones, que provocaron conflictos

entre quienes ambicionaban el tesoro prometido en las Siete Ciudades de Cibola, detuvieron a Oñate. Otros, que se oponían mediante mentiras y engaños, crearon conflictos para sembrar preocupación alrededor de la expedición en un intento de retirar a Oñate.

A pesar de tantos inconvenientes, Oñate empleó este tiempo en reclutar a muchos de sus amigos, que se sumaron a la expedición. Quinientas treinta y nueve personas de varias familias se unieron a la causa, entre ellas ciento veinte soldados y nueve

misioneros franciscanos. Poco a poco reunieron lo necesario, como ganado, carretas, semillas y plantas, entre otras cosas, para colonizar y sobrevivir su largo viaje.

En 1596, don Lope de Ulloa fue nombrado teniente del capitán general y fue encomendado por el conde de Monterrey y virrey de Nueva España, don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, para llevar a cabo dos inspecciones y revisiones de la gente y los bienes que se llevarían en la expedición, según se estipulaba en el contrato original.

Se realizó una inspección en las minas de los Casco y la otra en Arroyo de San Gerónimo.

El conde de Monterrey de Zúñiga y Acevedo le ordenó a don Juan de Oñate retrasar la expedición debido a la inspección de todos los artículos que se llevaron para el viaje. Oñate protestó por este retraso porque empezó a sufrir pérdidas de ganado, comestibles y personal. Oñate estaba listo para reclamar y cobrarle al rey todo lo que se había perdido. Sin embargo, estaba dispuesto a cumplir con la petición de retrasar la salida y a esperar la orden del rey para continuar. Él se dio cuenta de que no podía mantener a sus amistades compro-

A pesar de tantos inconvenientes, Oñate empleó este tiempo en reclutar a muchos de sus amigos, que se sumaron a la expedición. Quinientas treinta y nueve personas de varias familias se unieron a la causa

metidas con la expedición si lo reemplazaban. Caballos y mulas fueron robados y Oñate solicitó que se moviera el grupo entero al valle de San Bartolomé, más cerca de la villa de Santa Bárbara, ahora conocida como Santa Bárbara, Chihuahua. Oñate sentía que esa área era más amplia y segura, y también que ayudaría a su grupo a sentir que estaban progresando, simplemente por el hecho de moverse hacia el norte.

Con la llegada repentina del invierno, su petición fue concedida el 19 de noviembre de 1597; partieron rumbo a la villa de Santa Bárbara y a Fuensalida. El 20 de diciembre de 1597 la expedición salió de Fuensalida y continuó hacia el arroyo de San Gerónimo, en el valle de San Bartolomé, donde se llevó a cabo la segunda inspección.

Una vez más se hizo un inventario de todos los artículos. Esta tarea minuciosa atrasó la expedición aún más. El inventario registró quinientos treinta y nueve hombres, mujeres y niños; ciento veinte de ellos eran soldados, y se contabilizaron siete mil cabezas de ganado y suficientes medicinas, harina, frijol, carne seca, productos de hierro, artillería, suministros agrícolas, semillas, papel, arpillera y artículos para comerciar. Los nueve franciscanos mencionados habían regresado a México pensando que no se lograría hacer la expedición antes de que se llevara a cabo este inventario. Se solicitaron nueve nuevos franciscanos.

Oñate temía que sus amistades y su ejército se disolvieran. A él le interesaba mostrarles su fervor, lealtad y servicio a Dios y al rey. El rey Felipe II finalmente ordenó que el conde de Monterrey le dijera a Oñate que continuara con su expedición.

Oñate y su expedición partieron del valle de San Bartolomé y comenzó el viaje hacia el norte, hacia el río de Conchos, el 29 de enero de 1598. El cronista de don Juan, don Gaspar Pérez de Villagrà, siguió anotando todo el camino.

La expedición abarcaba 4,8 kilómetros cuadrados y el invierno fue sumamente frío, con nieve y fuertes vientos. Se quedaron allí hasta que se terminó la inspección y se concluyó con la revisión del ejército.

Oñate y su expedición partieron del valle de San Bartolomé y comenzó el viaje hacia el río de Conchos el 29 de enero de 1598. El cronista de don Juan, don Gaspar Pérez de Villagrà, siguió anotando todo el camino

Salieron el 10 de febrero de 1598 y llegaron al río San Pedro, donde acamparon durante un mes en espera de los frailes franciscanos que sustituirían a los primeros nueve que habían abandonado la expedición. Durante este tiempo, don Juan de Oñate mandó a su sargento mayor con dieciséis hombres a explorar la ruta que podría ser transitada en carreta hasta el río del Norte. La ruta era peligrosa porque había nativos hostiles que andaban por las dunas. Tendrían que evitar estos lugares de peligro para proteger su expedición.

Los nueve frailes franciscanos llegaron el 3 de marzo de 1598. Los exploradores también llegaron con la nueva ruta y un plan para evitar las dunas e irse hacia el noreste, evitando el peligro, rumbo a Paquimé.

La expedición salió del río San Pedro; caminaban de dos a tres leguas por día. La ruta era exuberante, con terrenos arenosos y ríos. Hicieron el esfuerzo de plantar semillas de todas clases que traían para estudiar lo que podía crecer en estas tierras. Todo fue escrito con la mayor diligencia. Llegaron a un lago enorme, la laguna de San Be-

nito. Su agua tenía el aroma y sabía igual que el lago de México. Aquí acamparon por dos días. Caminaron dos días más hasta llegar al río de la Mentira. Lo nombraron así por su cauce amplio y muchos árboles, pero sin agua.

Viajaron seis leguas más hacia los baños termales y salados de San Isidro. Aquí acamparon durante dos días. Al salir el sol, prepararon el viaje al norte y llegaron a Alchicubite de San Vicente, una sierra con agua buena. Aquí se refrescaron y llenaron las botas de agua. Siguieron su jornada caminando tres leguas hasta donde empiezan los médanos, hasta un manantial de agua llamado San León.

Continuaron durante tres leguas más hasta llegar a la Boca de Médanos, donde las dunas se abren. Se quedaron aquí por siete días y allí murió un niño zapoteca, que fue sepultado. Los zapotecas que venían con la expedición eran herreros que construían las naves. La falta de agua fue difícil para la expedición y sabían que tenían que llevar el ganado al río del Norte lo más pronto posible.

El 20 de abril viajaron tres leguas y llegaron al río del Norte, exactamente a 31,5 grados de latitud. El río aquí corría despacio y estaba fangoso. Había una abundancia de árboles y peces que recordaba al río Guadalquivir. El río fluía del norte, de ahí

Grupo escultórico que representa a Oñate con su grupo de hombres en Albuquerque



su nombre. Luego tomaba rumbo al este, y a partir de ahí le llamaban río Bravo. El río Conchos y otros ríos se unían a este gran río más al este.

La expedición llegó al río Bravo el 30 de abril de 1598. El archivo dice: «El 30 de abril de 1598, el día de la Ascensión de Nuestro Señor, en este punto por el río del Norte, el gobernador don Juan de Oñate tomó posesión de todos los reinos y provincias de Nuevo México, en el nombre de Dios, del rey Felipe, y en la presencia de Juan Pérez de Donis, notario reinal y secretario de esta jurisdicción y expedición. Se celebró con un sermón, una gran celebración eclesiástica y secular, un gran saludo con trompeta y regocijo y, en la tarde, una comedia. El estandarte real fue bendecido y dado a cargo de Francisco de Sosa Peñalosa, la bandera real» (citado del libro de Hammond y Rey).

Se encontraron con el río Bravo el 30 de abril, 1598, también conocido como el río del Norte en el área que hoy es San Elizario, Texas. El río hoy se llama río Grande. Aquí fue donde el gobernador Oñate

tomó posesión de todos los reinos y provincias de Nuevo México en el nombre de Dios y en nombre del Rey Felipe «para la preservación de ellos y nosotros», queriendo decir de los nativos. Celebraron una misa y representaron una comedia escrita por Farfán.

Caminaron dos leguas río arriba el 1 de mayo de 1598. El 2 de mayo caminaron otra legua y media y el 3 de mayo, después de haber caminado 2 leguas más, el sargento mayor se encontró con los primeros nativos del río y los trajo al campamento. Los vistieron y los mandaron a que contaran a sus compañeros y los trajeran al campamento. Ocho nativos fueron a encontrar la expedición. Llamaron a los nativos «arreadores» porque, para decir «sí», rodaban sus leguas contra sus paladares como lo hacían los españoles cuando arreaban ganado, como en la palabra *arre*.

Cruzaron el río el 4 de mayo en el lugar que llamaron Los Puertos. Cuarenta nativos acudieron y les ayudaron a cruzar las ovejas. Los describieron así:

Vista del río Grande desde Overlook Park



© Andreas F. Borchert



veintidós leguas para obtener provisiones y decirles a los nativos que el resto de la expedición que venía era grande. No los querían asustar.

Armaron su campamento enfrente del pueblo llamado Qualacu, a la orilla del río. Ahí permanecieron durante un mes para mostrarles a los nativos que venían en paz.

El gobernador Juan de Oñate se fue delante de la expedición al frente de las carretas, junto con otros miembros, para buscar la ruta más fácil hacia el norte. Los que se quedaron empezaron con problemas y disensiones. Dos hombres se separaron del grupo y después los encontraron muertos. La disensión de los encargados y la escasez de agua forzó a que regresara el gobernador Oñate al campamento de las carretas, con provisiones y esperanza, el día 12 de junio de 1598.

Juan de Oñate, por José Cisneros

«Tenían cabello largo con corte como gorras de Milán diseñado con un arnés para mantener el cabello suelto y con color de sangre o pintura roja». Sus primeras palabras fueron *manxo, manxo, micos, micos* que significa 'los pacíficos' y 'amigos'.

Hicieron la señal de la cruz con los pulgares y le dijeron al gobernador Oñate que los asentamientos estaban de seis a ocho días de distancia. La expedición les dio regalos como agradecimiento por su ayuda.

El mes de mayo fue muy difícil. Las lluvias dejaron los caminos intransitables. Se rompieron muchas carretas y las tuvieron que dejar en el lodo. De las ochenta y tres carretas que habían empezado la expedición, solamente quedaban sesenta y una.

El 22 de mayo, el gobernador Oñate, fray Cristóbal de Salazar, el sargento mayor y el maese de campo salieron a buscar los pueblos que creían estaban a

El cacique Letoc de un pueblo que llamaron Socorro les dio cuenta precisa de los pueblos cercanos. Después encontrarían a gente viviendo en los primeros dos pueblos; los demás pueblos fueron abandonados por miedo.

El 7 de julio de 1598, una asamblea general se llevó a cabo con siete caciques nativos de diferentes provincias de Nuevo México. Cada uno, voluntariamente, prometió obedecer al rey firmando un contrato. Después de esta junta, la expedición salió hacia el norte, al pueblo de Caypa, que llamaron San Juan. Aquí llegó la expedición y las carretas completando una jornada de sesenta y siete leguas.

El 13 de Julio, el gobernador don Juan y varios hombres salieron hacia el gran pueblo de Picuris y allí permanecieron el día de San Buenaventura. De allí se fueron a Taos y a San Miguel. Luego regresaron a Picuris y partieron rumbo al este, a San Marcos y a San Cristóbal. También visitaron

Galisteo y al gran pueblo de Pecos. Encontraron minerales en San Marcos en una mina llamada Escalante. Después regresaron a Santo Domingo.

El 4 de agosto, el gobernador y sus hombres visitaron a ocho de los once pueblos de Emes. Finalmente regresaron a San Juan, donde empezaron el trabajo de construcción de las acequias. Agradecidos por llegar, nombraron a san Pablo patrón de Nuevo México. Ese día llegaron unos mil quinientos nativos a ayudar a sus nuevos amigos con su labor.

El 9 de agosto hubo una asamblea general en la cual las provincias nativas fueron distribuidas entre los ocho franciscanos. Las provincias prometieron de forma voluntaria, otra vez, obedecer al rey. El gobernador Oñate nombró a dos nativos, Tomás y Cristóbal, como alguaciles de las provincias.

El 23 de agosto se comenzó la construcción de la iglesia de San Juan Bautista y se terminó el 7 de septiembre. La iglesia era lo suficientemente grande como para acomodar a la gente del cam-

pamento. El padre Salazar ofició la misa. Terminaron con una celebración.

Con el frío del invierno también llegaron los problemas en forma de una rebelión. Más de cuarenta y cinco soldados y capitanes se rebelaron. Cuatro de los soldados de Oñate abandonaron la expedición con varios caballos debido al desacuerdo que tuvieron con la decisión de Oñate de escoger a nativos como alguaciles. Dos de ellos fueron atrapados y decapitados por traición, maltrato de las nativas, robo de caballos e incitación a la rebelión. Los otros dos se escaparon a Santa Bárbara y a la ciudad de México.

Llegó septiembre y los franciscanos comenzaron sus viajes a las provincias designadas. Fray Francisco de Zamora fue a la provincia de Picuris en Taos, fray Francisco de San Miguel a Pecos, fray Juan de Rosas a Cheres, fray Alonso de Lugo

Marcadore de El Paso del río Grande explorado por Oñate

El gobernador Juan de Oñate se fue delante de la expedición al frente de las carretas, junto con otros miembros, para buscar la ruta más fácil hacia el norte. Los que se quedaron empezaron con problemas y disensiones



a Emes, fray Andrés Corchado a Tzia y fray Juan Claros a Chiguas. Fray Cristóbal de Salazar y fray Juan de San Buenaventura fueron a la provincia de Teguas, en el valle de San Juan. Los padres franciscanos quedaron a cargo de cada provincia para iniciar la evangelización de los nativos. También partió el sargento mayor, con cincuenta hombres, con otro propósito: buscar el búfalo.

El gobernador Oñate y el padre comisario se dirigieron a las salinas de Pecos. Encontraron que las salinas contenían una cantidad infinita de una sal blanca exquisita. También visitaron los tres pueblos de los jumanos, llamados rayados. Después de visitarlos decidieron caminar al oeste para buscar lo que pensaban era el mar del Sur. El sargento mayor al fin regresó con pieles, carne y sebo. Lo único que no pudieron hacer fue traer búfalos vivos. A mediados de noviembre, el maese de campo, Juan de Zaldívar, y sus hombres salieron a buscar al capitán Márquez y al gobernador.

El 4 de diciembre, los indios del pueblo de Acoma mataron al maese de campo, al capitán Diego Núñez, al capitán Felipe de Escalante, al alférez Pereyra, a Arauxo, Juan Camacho Martín Ramírez, Juan de Segura, Pedro Robledo, Martín de Riveros, Sebastián Rodríguez, dos ayudantes, un mulato y un indio cochuelo. Hirieron a León Zapata, Juan de Olague, Cavanillas, y apedrearon al alguacil.

Cuando don Juan de Oñate se enteró de la masacre de sus soldados y su sobrino, le preguntó a fray Alonso Martínez cuál era la justificación para una guerra justa. Fray Alonso contestó: «Mataron, robaron y traicionaron a los soldados». Le dijo que

el castigo a los que cometieron la masacre debía ser justo y que se les debía tratar como se trata a cualquier criminal de España.

Oñate pensó que tenía que mantener la paz, proteger a los inocentes, castigar a los que actuaban contra el rey y sus ministros y contra sus obligaciones como gobernante de las Indias. Ordenó que todos sus soldados fueran a pedir cuentas a

los culpables y que los indios de Acoma aceptaran la paz, y que lo pidieran hasta tres veces. Pidió que abandonaran sus resistencias y que dejaran las armas. Les aseguró que los culpables serían tratados justamente. También les pidió que se mudaran al valle donde estaban los frailes y que entregaran los cuerpos de los muertos con sus objetos personales.

Los soldados llegaron a Acoma el 21 de enero de 1599. El sargento mayor le explicó a los jefes con ayuda del intérprete, don Tomás, que venían en son

de paz para saber por qué habían asesinado a los soldados. Los indios les respondieron lanzando piedras, flechas, y diciendo que habían matado a doce españoles. Los soldados estaban bajo órdenes de no disparar arcabuces ni ofender a nadie con palabras. Los indios habían escarbado hoyos para que los caballos se cayeran y atraparlos. Los indios seguían gritando que querían pelear y matar a los españoles y a los querés, los tiguas y los zías, porque no querían matar a los españoles por su amistad con ellos.

Tres veces pidieron la paz y las tres veces los indios la negaron. La guerra comenzó a las tres de la tarde el 22 de enero de 1599. El teniente les pidió que terminaran de pelear y no mataran a más indios o españoles. Les respondieron que preferían morir. Los indios se fortificaron y comenzaron a

Don Juan de Oñate fue a Madrid a defenderse de la acusación de excesos durante su acción de gobierno y someterse a su juicio de residencia. Fue exonerado por el Consejo de Indias en 1622



«FELIPE IV», Diego Rodríguez de Silva y Velázquez (1623)

matarse uno al otro, a sus esposas e hijos, sin consideración de lo pequeños que fueran, con tal de no caer en las manos de los españoles. Los soldados pudieron rescatar a algunos niños, mujeres y ancianos, alrededor de quinientos, y se los llevaron al gobernador.

Se dictó sentencia con el capitán Alonso Gómez Montesinos, nombrado guardián y abogado de los

indios en la corte. Se tomaron testimonios de ambos lados. Hubo bastantes inocentes que no sabían por qué habían matado a los soldados. El capitán pidió que a ellos los dejaran libres.

La sentencia fue cumplida. A veinticuatro hombres de más de veinticinco años, con veinte de servicio, se les cortaron dos falanges de un pie. Los hombres de entre doce y veinticinco años tuvieron que servir por veinte, así como las mujeres de más de doce años. A dos indios de Moqui que pelearon con los de Acoma se les cortó la mano derecha y los dejaron libres. Todos los niños de menos de doce años eran libres e inocentes. Los frailes los cuidaron y los educaron. A los ancianos los mandaron a que los cuidaran los indios de la provincia de Querechos; todos iban a recibir educación y catecismo.

Don Juan de Oñate fue a Madrid a defenderse de la acusación de excesos durante su acción de gobierno y someterse a su juicio de residencia. Fue exonerado por el Consejo de Indias en 1622, y publicó en Madrid una recopilación de las Leyes de Minas que recogió la legislación minera en España y sus colonias. Después del juicio de residencia, el rey Felipe IV lo nombró visitador general de minas de España, el primer experto minero de fuera de la península. Fue miembro de la Orden de Santiago. Murió en 1626 a los 76 años. Su hijo Cristóbal fue el segundo gobernador de Nuevo México, donde reinó la paz hasta la revuelta de 1680.

En palabras del historiador Felipe Fernández Armesto, autor del libro *Nuestra América*: «La gente cree en los mitos porque permiten sentirse a gusto, generalmente porque esos mitos confirman ciertos prejuicios o refuerzan convicciones de superioridad moral». ■

LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN ALASKA

EL IMPERIO ESPAÑOL EN EL PACÍFICO

JOSÉ GARRIDO PALACIOS

El interés del Imperio español por el océano Pacífico se inició con su descubrimiento por Vasco Núñez de Balboa en 1513 y continuó con expediciones realizadas por Hernán Cortés, Cabrillo y Vizcaíno. Con la presencia de rusos e ingleses en Alaska, el rey Carlos III y los virreyes de Nueva España promovieron exploraciones a dicho lugar. Juan Pérez y Bruno de Heceta fueron los primeros jefes de flotas enviadas en 1774 y 1775, mas fue Juan de la Bodega quien llegó primero a Sitka (Alaska); y, con Ignacio de Arriaga, alcanzó la península de Kenai, con 60° 30' N. El incidente ocurrido en Nutca terminó con la presencia española en Alaska, tras un periodo de seis años de permanencia (1789-1795).

Juan de la Bodega, retrato anónimo (ca. 1785)



ANTECEDENTES

Vasco Núñez de Balboa descubrió el Pacífico (o mar del Sur) en 1513, y desde entonces se sucedieron las exploraciones españolas por sus aguas y costas. Las primeras tuvieron lugar a iniciativa del conquistador Hernán Cortés, con cuatro expediciones organizadas desde Nueva España hacia el septentrión, que alcanzaron California y el golfo homónimo. Ellos fueron los primeros europeos que descubrieron Baja California y ocuparon la bahía de Santa Cruz, ahora La Paz, y establecieron la primera colonia.

Ese hecho impulsó el interés de gobernantes y exploradores por conocer el nuevo océano. Juan Rodríguez Cabrillo partió del puerto de Navidad (Jalisco, México), rebasó la punta meridional de Baja California y bordeó la costa occidental hacia

el norte. Pasó por la bahía de la Magdalena, la isla de Cedros, la bahía de San Diego, antaño llamada San Miguel, y en octubre de 1542 identificó la isla de Santa Bárbara. Su arribada más lejana fue la isla de Posesión, con latitud 38° 41' N.

El explorador Cabrillo, el primer europeo que holló Alta California, en su lecho de muerte pidió a su piloto mayor, Bartolomé Ferrer, que continuara navegando por el litoral del Pacífico. Este alcanzó los cabos de Mendocino y Blanco, con 44° N de latitud. Jamás nadie conocido había llegado tan lejos, ni siquiera el pirata Francis Drake, que lo haría tres décadas más tarde, en 1577.

Un nuevo impulso en los descubrimientos del Mar del Sur llegó con el virrey de Nueva España, Gaspar de Zúñiga y Acevedo, quien se apoyó en el navegante y mercader Sebastián Vizcaíno. El virrey

tenía interés en establecer puertos naturales entre San Lucas, al sur de Baja California, y cabo Mendocino, con asentamientos permanentes de población para que el Galeón de Manila, inaugurado en 1565, pudiera hacer escala en dichos puertos.

Logró demarcar la costa californiana, describir y nombrar su topografía y reconocer los puertos de San Diego y Monterrey, posibles lugares de escala técnica de los buques, sin obviar la existencia de perlas en el golfo de California, que reconfortó a los exploradores.

La rica información aportada por Vizcaíno incrementó el interés por las aguas del golfo y el océano Pacífico.



Se solicitaron bastantes permisos para acceder a dichas pesquerías y el rey Felipe III se lo concedió a Tomás Cardona, y este se lo pasó a su sobrino, Nicolás Cardona. Arribó a la punta sur de California y, en presencia de soldados y dos franciscanos, tomó posesión del lugar en nombre del rey de España. Luego localizó varios ostiales de perlas a la altura del paralelo 27° N. Otros exploradores fueron Juan Iturbe, Francisco de Ortega y Pedro Porter.

En años posteriores prosiguieron las expediciones con el propósito de los monarcas españoles de evangelizar a los indios y colonizar. Así, primero fue la cristianización de los nativos y, hacia mediados del siglo XVIII, se logró la colonización de California. Los primeros misioneros en realizar esa labor fueron los jesuitas, si bien fueron expulsados en 1767 y sustituidos por franciscanos y dominicos.

El rey Carlos III realizó una amplia reforma de la administración y designó a José de Gálvez como visitador general del virreinato de Nueva España en 1765. Sin tardar, el nuevo gobernante

creó una Comandancia General y dividió el territorio en doce provincias; eligió el puerto de San Blas como centro principal de enlace con California y las costas del océano; designó al franciscano Junípero Serra presidente para las misiones de California y encargó al capitán Gaspar de Portolá la construcción de dos presidios en San Diego y Monterrey, así como la defensa de la frontera ante las posibles incursiones de los rusos procedentes de Alaska, nombrada «América rusa» entre 1733 y 1860.

EXTRANJEROS EN ALASKA

Se tenían noticias de que los rusos habían descubierto las islas Aleutianas y reconocido las costas

«CARLOS III, CAZADOR». Francisco de Goya (ca. 1786)



© Museo del Prado, Madrid

Vasco Núñez de Balboa descubrió el Pacífico (o mar del Sur) en 1513, y desde entonces se sucedieron las exploraciones españolas por sus aguas y costas. Las primeras tuvieron lugar a iniciativa del conquistador Hernán Cortés

septentrionales de Asia y América. Su principal interés se centraba en el comercio de pieles, un lucrativo negocio que ellos deseaban potenciar con la construcción de una fábrica en la isla de Kodiak. Esa información llegó a manos del embajador español, marqués de Almodóvar, en San Petersburgo, tras la alianza alcanzada al final de la guerra de los Siete Años (1756-1763) entre Rusia y España.

Entre tanto, la zarina Catalina II la Grande (1762-1796) había autorizado nuevas expediciones al extremo noroccidental de América, por lo que la Corona española se alarmó y el secretario de Estado de Marina e Indias, Julián de Arriaga y Ribera, remitió una orden a Antonio María de Bucareli, a la sazón virrey de Nueva España, para que des-

pachara una expedición para reconocer la zona, levantar mapas y tomar posesión de las tierras descubiertas.

PRIMERA EXPLORACIÓN AL NORESTE DEL OCÉANO PACÍFICO

La fragata Santiago, con ochenta y cinco hombres a bordo, partió en 1774 del puerto de San Blas al mando de Juan Pérez y llegó con dificultad al paralelo 54° 40' N, punta noroeste de la isla Langara, que estaba por debajo de los 60° N exigidos por el virrey. Tampoco fue posible reconocer la zona ni dibujar mapas de la costa debido al rigor del tiempo. Las persistentes nieblas, los fuertes vientos y las corrientes marinas impidieron cumplir el objetivo inicial; aunque sí consiguieron contactar con los aborígenes durante los nueve meses que duró la expedición.

Las pesquisas de extranjeros en el océano Pacífico no tardaron en aportar nuevos datos. El embajador español en Moscú, Francisco Guillermo de Lacy (1772-1779), confirmó la presencia rusa en el litoral, de modo que el ministro de Indias, José de Gálvez, envió con diligencia otra expedición al mismo lugar para defender los derechos españoles y localizar las posiciones rusas.

SEGUNDA EXPLORACIÓN

Al frente se puso Bruno de Heceta con una flota compuesta por el Santiago, la goleta Sonora, mandada por el teniente Juan de la Bodega, único oficial mexicano, y el San Carlos, que se perdió en el océano. Zarparon del puerto de San Blas en marzo de 1775 y llegaron hasta los 48° N, cerca del estrecho de Juan de Fuca, estado de Washington.

En la amplia playa había tranquilidad, por lo que el comandante Heceta, un re-

© Museo Naval, Madrid



Vasco Núñez de Balboa, retrato anónimo del siglo XIX

ligioso, un cirujano y Juan Pérez desembarcaron y tomaron posesión oficial de ella para el reino de España. El comandante denominó al lugar «enseñada de Bucareli» en honor al virrey.

El amistoso recibimiento de los indígenas inspiró confianza a los mandos. Bodega estaba con la goleta Sonora encallada en un banco de arena y debía esperar la subida de la marea para moverse, por lo que decidió enviar un bote a la costa con siete soldados en busca de agua dulce y leña. Al pisar tierra, alrededor de trescientos nativos se lanzaron contra los españoles y los masacraron a la vista del personal a bordo. Estos dispararon sus armas de fuego sin hacer daño alguno por la lejanía de los objetivos.

Los hombres quedaron desolados, paralizados ante la muerte de sus compañeros, y más todavía cuando no podían tomar represalias contra los indios por mor de las instrucciones recibidas. Navegaron hacia el norte en condiciones extremas por el frío, los vientos y las enfermedades. El escorbuto fue la enfermedad más acusada, imposible de paliar por aquellos pagos. Heceta, afectado por las bajas sufridas y ante la situación lamentable de los hombres, decidió regresar a Nueva España; sin embargo, el teniente Bodega trató de cumplir la misión encomendada. Desplegó las velas de Sonora y prosiguió hasta Sitka (Alaska), con latitud 57° 03' N. Bodega reconoció el terreno y no encontró a los rusos, por lo que decidió poner rumbo al sur. En su trayecto, Bodega fondeó en varios puntos del litoral y tomó posesión de esas tierras para la Corona.

La hazaña de Bodega y sus hombres estaba al alcance de pocos. Navegaron en una goleta de once

metros de eslora, pequeña y complicada de maniobrar; y se encontraban en una situación límite de fuerzas por la escasez de alimentos y las enfermedades. Solo Bodega y el piloto Francisco Antonio Mourelle consiguieron mantenerse en pie para conducir la nave y achicar el agua que inundaba la embarcación. La llegada al puerto de Monterrey fue triste porque ni un solo hombre pudo salir de Sonora sin ayuda. Todos estaban abatidos, aterridos, enfermos. Luego viajaron a San Blas para

dar cuenta al virrey y al rey Carlos III. Lo conseguido por el teniente Bodega fue épico. Logró demarcar la costa norte de América para incorporarla al territorio español.

Al cabo de unos meses, llegaron nuevas a oídos de las autoridades españolas de que la expedición de James Cook había arribado a la costa noroeste del Pacífico, por lo que, sin tardar, Gálvez organizó un viaje a esa zona para capturar al inglés. Los tenientes Ignacio de Arriaga y Bodega se pusieron al frente de esa expedición, con mando del primero, y salieron del puerto de San

Blas con dos fragatas. Alcanzaron la península de Kenai, con 60° 30' N, y celebraron la toma de posesión el 2 de agosto de 1779. En el recorrido no encontraron al navegante inglés, pues había muerto en las islas Hawái durante una revuelta de los nativos.

TERCERA EXPLORACIÓN

Pasados unos años, el científico y explorador francés La Pérouse llegó al puerto de Monterrey y enseñó a los oficiales españoles un mapa de Alaska con cuatro asentamientos rusos. Eso suscitó preocupación en las autoridades españolas y enseguida se organizó una expedición al mando de

La hazaña de Bodega y sus hombres estaba al alcance de pocos. Navegaron en una goleta pequeña y complicada de maniobrar; y se encontraban en una situación límite de fuerzas por la escasez de alimentos y las enfermedades



mismo país que fondeó después, y los llevaron al puerto de San Blas. Entre tanto, en Nutca establecieron una base española permanente. Construyeron el fuerte de San Miguel al sur de la isla de Nutca y el baluarte de San Rafael en un peñón cercano.

CONFLICTO EN NUTCA

Esos hechos dieron lugar a un grave conflicto internacional, próximo a una guerra abierta entre España y Gran Bretaña. Los anglosajones exigieron la devolución de las embarcaciones, una satisfacción justa por los apresamientos y la soberanía de la bahía de Nutca; España, por otra parte, no estaba muy fuerte entonces por la muerte del rey Carlos III, ni podía recibir ayuda de Francia debido a la Revolución

Martínez y Lope de Haro, con José María Narvéez como piloto.

En mayo de 1788 llegaron a la bahía del príncipe Guillermo (Alaska), y pronto descubrieron la presencia de los comerciantes rusos. El piloto Narvéez fue el primero que contactó con ellos en la bahía de Tres Santos (isla de Kodiak) y se enteró de que los ingleses pretendían establecerse en la bahía de Nutca.

El virrey Flórez reaccionó de inmediato al conocer esa noticia. Así, y con el objeto de ser los primeros en llegar, despachó una comisión compuesta por dos barcos al mando de Martínez para tomar la bahía. No obstante, cuando la expedición española avistó Nutca, allí había dos barcos americanos y un inglés privado. Atacaron al inglés y a otro del

acaecida recientemente.

Por fin, las dos partes de la contienda llegaron a un acuerdo en el Tratado de El Escorial, por el que se fijaban los límites territoriales de Nutca. Los comisionados de llevarlo a cabo fueron George Vancouver y Juan de la Bodega. La Primera Convención de Nutca tuvo lugar en 1792, y en ella los comisionados decidieron remitir el acuerdo a sus respectivos gobiernos. Surgieron discrepancias. Se celebró una Segunda Convención en la que se indemnizó al perjudicado, John Meares, por el apresamiento de sus barcos. Por último, en 1794, durante la Tercera Convención de Nutca, acordaron que ambas partes abandonaran la isla de Nutca y ninguna fuera soberana.

El 2 de abril de 1795 arriaron sus Banderas.

OTRAS EXPLORACIONES

En paralelo a esos acontecimientos se realizaron varias exploraciones al Pacífico y, entre otras, citamos las siguientes: Alejandro Malaspina y José de Bustamante (1789-1794) dieron nombre al glaciar Malaspina en Alaska y contactaron con los indígenas Tlingit; Dionisio Alcalá Galiano y Cayetano Valdés recorrieron la isla de Vancouver; Salvador Fidalgo construyó el fuerte Núñez Gaona y puso nombres a la bahía de Córdova (con «v» y sin tilde) y el puerto Valdez (Valdés); Manuel Quimper navegó por el estrecho de Juan de Fuca; Jacinto Caamaño describió por lo menudo la costa sur de Nutca (1792) y asignó topónimos españoles; y, finalmente, Francisco de Eliza, Juan Martínez y Zayas reconocieron la desembocadura del río Columbia, el estrecho de Juan de Fuca y la bahía de San Francisco.

INDÍGENAS EN ALASKA

El pueblo aborígen más característico de la costa noroeste norteamericana fue el Mowachaht (o bien Nutca), emplazado en el entorno de la bahía homónima y lugar de encuentro de barcos extran-

jeros. Su poblado más antiguo era Yuquot, dirigido por el poderoso jefe Maquinna (o Macuina).

Los primeros europeos que contactaron con ellos fueron los españoles de la fragata *Santiago* en 1774, y los siguientes fueron los marineros de la goleta Sonora en 1775, mientras que los anglosajones llegaron tres años más tarde. A los indios y anglosajones les interesaba el comercio de pieles de nutria y su trueque por armas blancas y de fuego, y metales como el cobre o el hierro. El inglés John Meares llegó a construir allí una barraca.

La nueva llegada de españoles en 1789, con la fragata *Princesa*, fue bien recibida por los nativos de Yuquot y comenzó la construcción del Fuerte de San Miguel. Hubo intercambio con los indios: productos agrícolas, carne, pan, chocolate, te y café a cambio de grasa de ballena y ocre para pintar los barcos. El asentamiento español contaba con cuarteles, oficinas, hospital, panadería y car-

Macuina, dibujo de la expedición de Malaspina



El arriado de la bandera española fue el final de la presencia de la Corona en Alaska y el norte del océano. Años después, la Corona española estuvo preocupada por la batalla de Trafalgar y la invasión napoleónica



Sombrero de Macuina

pintería. Las relaciones con los aborígenes se estropearon porque los españoles dieron muerte a Kekelen, deudo de Maquinna, por insultos y desobediencia, mas se resolvió pronto. A final, todo ello se fue al traste a partir de 1792 debido al incidente en Nutca precitado.

Los indígenas Tlingit, coetáneos de los anteriores, estaban ubicados en la franja costera de Sitka, y con ellos contactaron Juan de la Bodega, Malaspina y Bustamante. Los españoles obtuvieron mantas de lana de cabra, corteza de cedro, pieles de armiño, planchas de cobre del río Copper y cestas de raíz de píceas.

HUELLA DE LOS ESPAÑOLES

La presencia española en Alaska tuvo una duración de veinte años de manera intermitente, con expediciones puntuales que permitieron alcanzar la península de Kenai y superar los 60° de latitud norte, objetivo propuesto por el virrey de Nueva España. Ahora bien, el periodo de permanencia en Alaska se redujo a seis años, con la construc-

ción del fuerte de San Miguel, al sur de la isla de Nutca, y el baluarte de San Rafael.

Hay que destacar la convivencia pacífica de los españoles con los nativos, en general, y la huella de los exploradores en la toponimia del territorio. Así, todavía se conservan los nombres del glaciar de Malaspina, las ciudades y puertos de Valdez y Córdova, las islas de Revillagigedo (virrey de Nueva España en 1789-1794) y Zayas (en Columbia británica), los fuertes de San Miguel y Núñez Gaona, el estrecho de Juan de Fuca y las islas de Quadra y Flores.

El arriado de la bandera española fue el final de la presencia de la corona en Alaska y el norte del océano. Es verdad que la Tercera Convención permitía la presencia de Gran Bretaña y España en la bahía de

Nutca y que el propio virrey ordenó que se visitara cada seis meses desde San Blas; sin embargo, solo se visitó una vez en 1796. Años después, la Corona española estuvo preocupada por la batalla de Trafalgar (1805) y la invasión napoleónica (1808-1814).

Los Estados Unidos no reclamaron territorio alguno en los acuerdos anteriores, pero sí adquirieron sus derechos españoles del Pacífico en el Tratado Adams-Onís, firmado en 1819. Eso llevó a un litigio entre aquel país y el Reino Unido, llamado Disputa Limítrofe de Oregón, que se resolvió en 1846 con la firma del Tratado de Oregón, por el cual se dividió el territorio de América en la futura frontera occidental entre Canadá y Estados Unidos.

En cuanto a Nueva España, recordemos que este territorio, incluida la provincia de Las Californias, pasó a manos de México con motivo de su independencia en 1821, si bien su duración fue efímera, pues, tras la guerra con Estados Unidos en 1848, México perdió Alta California y solo conservó una estrecha franja de tierra que une Baja California con Sonora. ■

LH

LAUS HISPANIAE

REVISTA DE HISTORIA DE ESPAÑA
ESPECIAL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

ENTREVISTA A MARCELO GULLO

HERNÁN CORTÉS
El alma de un conquistador

EL FALSO GENOCIDIO ESPAÑOL
Mestizaje frente a aniquilación

LA CONQUISTA DE MÉXICO

VERDADES POLÍTICAMENTE INCORRECTAS

SUSCRÍBETE POR 12 € ANUALES
[HTTPS://LAUSHISPANIAE.ES](https://laushispaniae.es)

FLORIDA HISPÁNICA Y REHISPANIZADA

HERENCIA ESPAÑOLA EN EL SUDESTE AMERICANO

ANDRÉS R. RODRÍGUEZ

España alguna vez fue bendecida por la historia, como cuando los Reyes Católicos aceptaron apoyar a un loco que había naufragado en las playas y en la corte de la cercana Portugal. Allá los cuerdos sabios que rodeaban al rey vieron muy poco viable su proyecto y prefirieron seguir bordeando África en la búsqueda de Cipango-Catay y las especias. Mientras, los Reyes Católicos de Castilla y Aragón, en el propio proceso de hacerse e integrarse en España, decidieron que tal vez no estaba tan desquiciado y podían jugar un poco con el azar.

Estatua de Juan Ponce de León en San Juan, Puerto Rico



Esa apuesta abrió un atajo a la modernidad, colocó a su corona a la vanguardia de la cultura europea y a sus descendientes decidiendo los derroteros del mundo por más de trescientos años. Desde entonces, Europa es el ombligo del mundo.

La locura de Colón resultó en abrir el atajo de la modernidad, pero, a su vez, ello implicó diversos errores y trampas en la subsiguiente evolución cultural. Entre ellos considerar que se estaba llegando a Asia, a las Indias. Otro fue trasladar al trópico la cultura hispana y europea, que no por casualidad había emergido en áreas templadas o subtropicales, con cuatro estaciones bien marcadas y relativa poca facilidad para la transmisión de gérmenes.

El conocimiento de Colón de las corrientes marinas y vientos era sólido. Él supo integrar diversas informaciones en su mente de hombre renacentista, casi como un hombre de ciencia. Pero, además, era muy osado. Sin dudar, enfiló a sus tres barquichuelos hacia el sur-suroeste, cabalgando sobre la corriente de Canarias y luego la norecuatorial, y bajó más al sur que el Trópico de Cáncer (23° N). Con ello, sin proponérselo, condujo a una trampa a los hispanos: enfrentarse a la ecología tropical

A partir de la gesta colombina, los súbditos de los Reyes Católicos se enfrentaron a numerosos nuevos problemas, entre ellos comprender la totalmente diferente ecología tropical, relacionarse con los aborígenes de lo que entonces llamaron «las Indias» y pasar a actuar como el *hegemón* de los próximos siglos. Todo ello conllevó un alto impuesto a España en vidas humanas, por acciones de guerra y enfermedades tropicales, y alguna inadaptación cultural al nuevo contexto globali-

zado. Es un trauma dejar lo aldeano e instantáneamente constituirse en población globalizada y transplantada.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS EN LA CONQUISTA INSULAR

Las Antillas estaban habitadas por dos tribus muy visibles, ambas derivadas de los arahuacos de América del Sur, en su área amazónica.

Las grandes islas eran habitadas por los pacíficos taínos, que eran una cultura de la yuca (*Manihot esculenta*), con la cual confeccionaban casabe, una especie de pan. También cazaban, pescaban y recolectaban alimentos mayormente en las costas, pero también en los bosques. Es de destacar que los taínos se organizaban en extensos cacicazgos, donde un cacique era la autoridad, o sea, tenían una estructura piramidal. Originalmente fueron cooperadores, pero luego algunos se rebelaron, por lo que ocurrieron altercados y guerras. Es de destacar que

luego las Leyes de Indias o Leyes Nuevas (1542) se emitieron como legado de la reina Isabel bajo el reinado de Carlos V. Desde un inicio la reina consideró como súbditos a los aborígenes e intentó controlar los desmanes originarios de los conquistadores y soldados españoles, enfrentados al hecho de luchar con acero y caballos contra personas de cultura paleolítica.

Las pequeñas Antillas estaban también habitadas por los caribes, igualmente de origen arahuaco, pero estos eran una cultura guerrera y poco jerárquica. Organizaban expediciones con numerosas canoas capaces cada una de llevar hasta cincuenta remeros-guerreros. Tras capturar a sus víctimas, retornaban a sus islas con los prisioneros, para sa-

A partir de la gesta colombina, los súbditos de los Reyes Católicos se enfrentaron a numerosos nuevos problemas, entre ellos pasar a actuar como el *hegemón* de los próximos siglos

crificarlos en actos antropofagia ritual. Las mujeres prisioneras eran incorporadas a su sociedad, para garantizar nuevos guerreros. La yuca también era su cultivo principal. Los caribes no tenían una estructura social piramidal, no pudieron ser descabezados y resistieron la conquista hispana durante el siglo XVI y el XVII. Luego defendieron sus pequeñas islas en guerras contra ingleses, franceses y holandeses.

En 1492 los navegantes españoles, capitaneados por Cristóbal Colón, arribaron a las islas Bahamas (San Salvador) y luego bajaron y recorrieron las Antillas Mayores. Visitaron el nororiente de Cuba y la costa norte de la isla de La Española. Les transmitieron enfermedades a los aborígenes (viruela la más mortal), que comenzaron a diezmarlos. Y se llevaron la sífilis.

Colón volvió en 1493 al frente de mil quinientos pobladores y con diecisiete naves. Como almirante de la mar Océana demostró ser un genio. Como gobernador, resultó un desastre. Fundó la villa de la Isabela en el actual Puerto Plata. Después, salió a navegar y dejó a su hermano Bartolomé a cargo, como adelantado. En sus contactos, casi siempre fue bien recibido por los aborígenes.

Pero la sed de oro llevó a Bartolomé a cometer algunas tropelías en el asentamiento isabelino. Sometió a los indios a un intenso trabajo, principalmente lavando arenas de los ríos, para encontrar pepitas de oro. Empleó a veces métodos violentos, por lo que los taínos y hasta los pobladores españoles se rebelaron. Estos hechos oscuros fueron considerados por la Corona española como incumplimiento de las funciones del Almirante y en

1500 enviaron a Francisco Fernández de Bobadilla, que los detuvo, enviándolos a Castilla aherrojados y degradados. Después, entre 1502 y 1507, Nicolás de Ovando gobernó la isla de La Española. Cristóbal Colón murió en 1506, apelando la decisión de los reyes.

Por esos años los navegantes españoles procedieron a la intensa exploración y conquista de las amplias tierras recién descubiertas del Nuevo Mundo, sobre todo la búsqueda de un paso para llegar a las islas de las especias. Su centro de operaciones inicial fue Santo Domingo. Desde esta base casual, fueron conquistando otras islas y territorios.

En 1509 Diego Colón, hijo del Almirante, ganó el proceso legal de herencia de su padre y fue nombrado virrey. Entonces impulsó la conquista de las demás Antillas Mayores, la de Cuba en 1511, a la que envió a Diego Velázquez. Como localizaron algunos placeres de oro, la isla recibió un temprano interés. En 1510 destituyó a Juan Ponce de León como adelantado

en Puerto Rico. Ello impulsó a este personaje a interesarse por ocupar la posición de adelantado en Florida (1512).

Las islas del oriente del Caribe presentaron resistencia de taínos y caribes, mas la historia fue muy distinta en Cuba y Jamaica. Pero Jamaica carecía de metales preciosos y, como la isla es muy montañosa, muchos taínos huyeron. La mayoría de sus conquistadores se fueron a lugares más prometedoros y se dedicaron a la producción de algodón, yuca y caña de azúcar.

La conquista española del Nuevo Mundo netamente chocó contra el trópico, sus enfermedades

Por esos años los navegantes españoles procedieron a la intensa exploración y conquista de las amplias tierras descubiertas, sobre todo la búsqueda de un paso para llegar a las islas de las especias



Mapa de Abraham Ortelius (1598)

y el contradictorio abrazo retardatorio de su alta biodiversidad. En el caso de Florida, a ello se suman algunas características de la geografía. Tal vez la historia fuera distinta si la enorme península que proyecta la masa de América del Norte hacia Las Antillas (en especial al cercano archipiélago de Cuba) no hubiera sido muy llana y pantanosa. Ello implicó enorme dificultad para su ocupación.

DIFICULTADES EN LA CONQUISTA DE FLORIDA

Cuando a principios del siglo XVI aparecieron las grandes y ricas civilizaciones continentales, que ya usaban el oro como símbolo de poder y luego se descubrieron numerosas minas de plata, las Grandes Antillas se constituyeron en base para diversas expediciones de descubrimiento. Ello despobló las islas.

La esperanza de encontrar alguna cultura de similar riqueza en Norteamérica impulsó a muchos

a explorar sus extensiones. Numerosas expediciones se organizaron y Florida se constituyó entonces en barrera infranqueable. España perdió allí alrededor de dieciséis grandes empresas de exploración y conquista (Larrúa-Guedes, 2013). Mencionaremos aquí solo las principales:

Juan Ponce de León (1513, 1521). Había acumulado una notable fortuna principalmente abasteciendo de comida (casabe) a las embarcaciones que pasaban por Puerto Rico. En 1511 Ponce solicitó al rey explorar las islas situadas al norte de Cuba y al oeste de las Lucayas; le fue concedido en 1512. En 1513 zarpó con tres naves (dos carabelas, la Santiago y la Santa María de la Consolación, y la nao San Cristóbal) desde San Germán con rumbo noroeste. Navegaron por el archipiélago que es hoy Bahamas y en Guanahani (San Salvador) carenaron una nave. El día 27 de marzo avistaron un extenso territorio que nombraron Florida por coincidir

con la festividad de la Pascua Florida. Por primera vez europeos llegaban al actual territorio de Estados Unidos. Pero el resultado más concreto y decisivo de este viaje fue que se descubrió la existencia de una fuerte corriente hacia el norte, al costado este de la península. Además, se menciona la leyenda, que parece más turística que histórica, de que buscaban también un prodigioso manantial de la eterna juventud para quien su agua bebiera o se bañara en ella. El 2 de abril de 1513 llegaron tan al norte como el actual San Agustín. Las embarcaciones se dirigieron luego al sur, costeando. Pero avanzaban con enorme dificultad, pues enfrentaban una corriente, la que ahora conocemos como del Golfo (de entre dos y seis nudos) y las naves apenas podían con su empuje a pesar que tenían viento en popa.

Antonio de Herrera (1603) publicó la primera evidencia escrita de la existencia de la Corriente del Golfo: «El día siguiente, yendo por el borde de la mar, vieron una corriente que, aunque tenían viento largo, no podían andar adelante, sino atrás, porque allí corre tanto el agua que tiene más fuerza que el viento, y no deja ir los navíos adelante; y al fin se conoció que era tanta la corriente, que podía más que el viento».

En 1521 Ponce preparó una segunda expedición (dos carabelas con doscientos hombres y cincuenta caballos), esta vez con intención colonizadora y, en realidad, el primer intento de hacer europea a Norteamérica. Se dirigió a la costa occidental de Florida, pero fue atacada por aborígenes y Ponce resultó herido de gravedad con una flecha envenenada. Navegó hacia la recién fundada La Habana, donde murió. Antón de Alaminos era uno de los pilotos de esa expedición de Ponce, y luego sería encargado por Cortés de llevar parte del te-

soro Azteca hacia España. Conduciendo la nave, ya en el estrecho de Florida, decidió emplear su conocimiento previo de la corriente para ganar en latitud. Se subió en la masa de agua cálida que se dirige hacia el Atlántico norte y por vez primera llegó así hasta el noroeste de Europa. Con ello, completó la tornavuelta y terminó el esquema de uso de corrientes y vientos noratlánticos que había comenzado Colón.

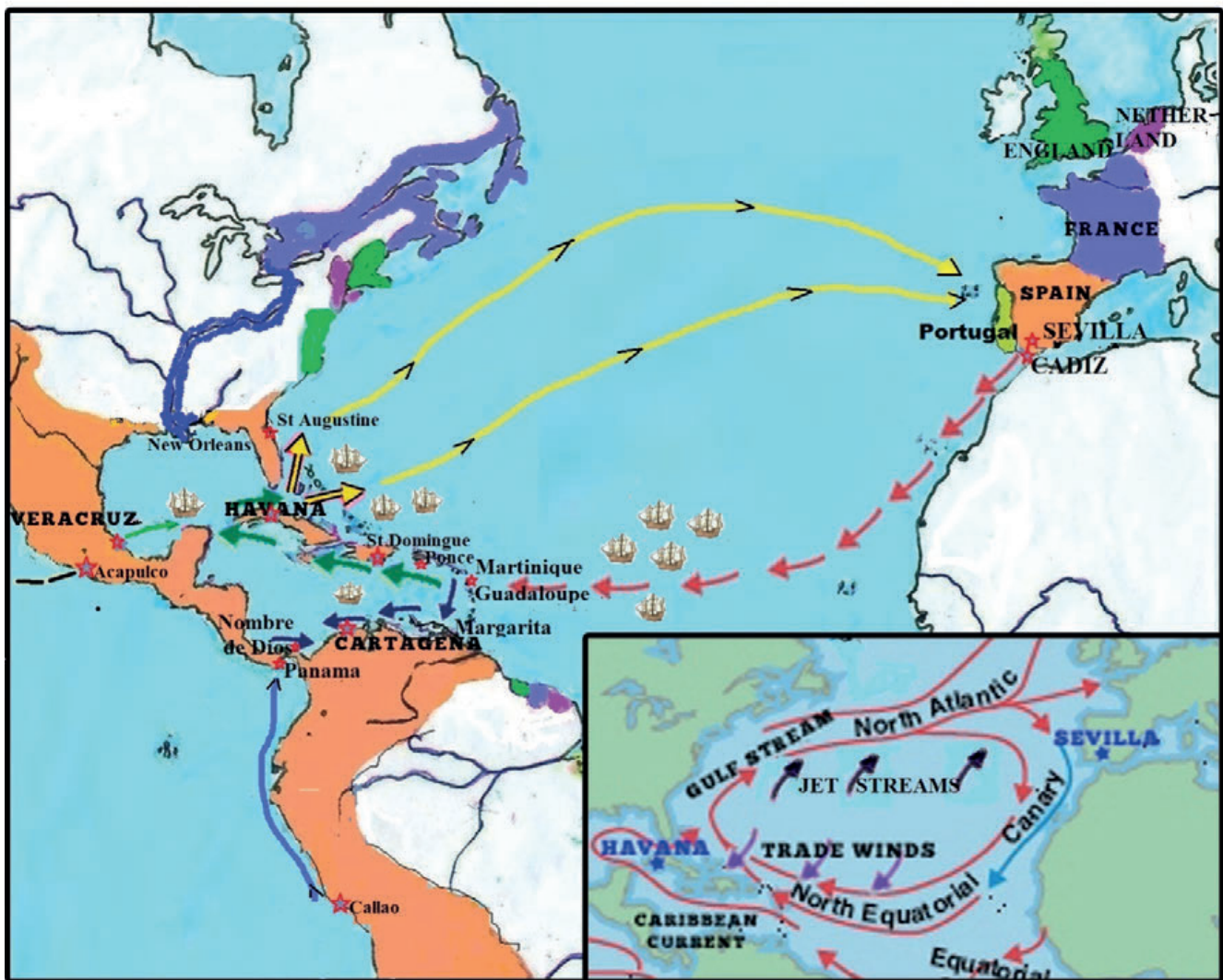
Fue un hallazgo vital para la navegación y las comunicaciones entre la península y sus posesiones. Y ello fue el motivo para el futuro mandato de Felipe II a Menéndez de Avilés, para la fundación de asentamientos con el fin de asegurar el control español de Florida.

EXPEDICIONES MÁS IMPORTANTES DE FLORIDA

Los aborígenes de Florida — en el norte apalaches, guales y timucas; en el sur tocobagas, calusas, tequestas y ais) resultaron tribus poco numerosas, salvajes, belicosas, que opusieron una resistencia feroz y descentralizada a los conquistadores españoles que llegaban sus costas. No fue hasta 1565 cuando se pudo establecer un primer asentamiento exitoso. Pero la ocupación de estos territorios se basó mucho más en la cruz que en la espada.

La España imperial hizo un enorme esfuerzo en la exploración y conquista de Florida, que fue un territorio indomable porque aborígenes y medioambiente estuvieron en contra. Ello costó a España grandes pérdidas materiales y miles de vidas. Se perdieron alrededor de dieciséis expediciones, siete de ellas de gran envergadura. Mientras, extensos territorios como las Grandes Antillas, México o Perú fueron conquistados por unos pocos hombres. La clave puede residir en la

La España imperial hizo un enorme esfuerzo en la exploración y conquista de Florida, que fue un territorio indomable porque aborígenes y medioambiente estuvieron en contra



Esquema de vientos y corrientes del Atlántico Norte y de la Carrera de Indias.

muy poca altura sobre el nivel del mar de toda la península de Florida, que resulta muy pantanosa. Ello se reflejaba en tribus muy poco numerosas, que estaban siempre en guerra entre ellas, lo cual era una característica de grupos humanos poco evolucionados, como destaca Diamond (2017).

Siguiendo la línea de pensamiento de Diamond, es de suponer que el medioambiente de la península de Florida permitiera la proliferación de epidemias y mantuviera las tribus en una muy baja densidad, por lo que no se podían organizar como sociedades más complejas, piramidales, como era propio de aztecas, olmecas, mayas, incas, etc. Ello a su vez impedía que tuvieran mayor productividad económica (en cultivos, caza, pesca) y que emprendieran acciones sociales transformadoras

del entorno y grandes construcciones como aún hoy vemos en los restos arqueológicos de aquellas culturas.

Francisco Hernández de Córdoba (1517), regresando de Yucatán, repuso víveres en la costa de Florida, pero sufrieron ataques de los nativos.

Álvarez de Pineda (1519) navegó por la costa occidental de Florida. Circunnavegó el golfo de México y demostró la continentalidad de Norteamérica.

Vázquez de Ayllón (1526) partió en julio de Puerto Plata, en La Española, con seiscientos hombres y noventa caballos. Buscaba un pasaje norte hacia las islas de las Especias. Exploró los actuales estados de Virginia, Carolina del Norte y Georgia. Fundó San Miguel de Guadalupe en Georgia, que se estima el primer asentamiento europeo en los

actuales Estados Unidos. Pero un durísimo invierno dejó solo ciento cincuenta supervivientes, que retornaron a La Española.

Pánfilo de Narváez (1528) salió desde Cuba, con navíos, cuatrocientos hombres y ochenta caballos. Navegó por la costa occidental de la península, desembarcando el 18 de abril en Tampa, región de los nativos Tocobaga (San Petersburgo). Luego siguió hacia el norte. Recorrería por ocho años el sudoeste norteamericano. Solo sobrevivirían cuatro hombres, entre ellos el propio Narváez.

Hernando de Soto (1539) partió de La Habana con seiscientos hombres, doscientos trece caballos y nueve naves, y se dirigió hacia la costa oeste de Florida. Desembarcó en Tampa. Penetró profundamente en el territorio de EEUU, recorriendo unos seis mil quinientos kilómetros durante cuatro años. Volvió a México con trescientos hombres. De Soto fue enterrado en el río Misisipi en 1542.

Guido de las Bazaes (1558) salió de San Juan de Ulúa (Veracruz) con tres buques para explorar la costa oeste de Florida y seleccionar un puerto para un futuro asentamiento. Regresó sin grandes ha-

llazgos. Describió un país bien arbolado, abundante en caza y pesca, y de especies cultivables (maíz, frijoles, calabazas) en las aldeas.

Tristán de Luna y Arellano (1559) partió de Veracruz con trece barcos y mil quinientos hombres; se dirigieron al occidente de Florida y fundaron Santa María en la bahía de Mobile, que solo permanecería dos años.

Pedro Menéndez de Avilés (1565) estableció y fundó el asentamiento europeo en la costa atlántica de Norteamérica, hasta ese momento más al norte del Imperio español. Creó Santa Elena (hoy Parris Island) en Carolina del Sur. Fue la capital del territorio entre 1571 y 1576. En 1565 fundó San Agustín, en la costa atlántica de Florida, que fue el primer asentamiento permanente en lo que hoy son los Estados Unidos de América. El fuerte de San Marcos, erigido allí en 1577, fue uno de los varios que los españoles construyeron en el área. La

Pedro Menéndez de Avilés, por Francisco de Paula (1791)



Pedro Menéndez de Avilés (1565) estableció y fundó el asentamiento europeo en la costa atlántica de Norteamérica, hasta entonces la más al norte del Imperio español. Creó Santa Elena en Carolina del Sur



Ponce de León y sus exploradores en Florida buscando la Fuente de la juventud, según un dibujo romántico alemán del siglo XIX

guarnición militar tuvo como fin principal inicial evitar la colonización por Francia. Luego fue un puesto avanzado que vigilaba el paso cercano de la Flota de la Plata, remontando por la corriente del golfo. En 1685 vivían mil cuatrocientas personas en la ciudad de San Agustín, que aún hoy conserva parte de aquello. Es considerada la ciudad europea más antigua de EEUU.

Menéndez era el estratega y navegante mejor preparado de Felipe II. Había sido almirante de

la Flota de la Plata. Luego fue nombrado capitán general (gobernador) en La Habana. Gracias a sus conocimientos marinos, dicho puerto se fue transformado en gran ciudad, y estaba comunicado directamente con España, más exactamente con Sevilla primero, y a partir de 1679 con Cádiz.

CRUZ MÁS QUE ESPADA

Entre 1565 y 1571 los jesuitas fundaron nueve misiones en el territorio, algunas mucho más al norte que Santa Elena. Hacia 1595 llegaron a Florida misioneros franciscanos, que se interesaron por

estudiar la lengua indígena de los timucuas. Esos nativos fueron luego fieles a España, pero su lengua se extinguió cuando sufrieron ataques de los ingleses. A principios del siglo XVII existían unas ciento cuarenta misiones donde los indígenas se expresaban y escribían en castellano. Hacia mediados del siglo se estima que unos ciento setenta mil indígenas habían sido bautizados. Pero las guerras con Inglaterra implicaron ataques desde Carolina. Asaltaron repetidamente los poblados misioneros españoles del norte y la ciudad de San Agustín, quemando misiones y matando o esclavizando. En el Tratado de Madrid de 1670 se establecieron los 32°30' de latitud como límite entre la Virginia Británica y la Florida española. Pero luego se establecieron de modo definitivo en Carolina del Sur. Más al oeste, los asentamientos franceses de tramperos en el Misisipi desarticulaban la comunicación por tierra con la Nueva España. En 1702 ingleses y aliados indígenas atacaron San Agustín sin hacerse con el control del fuerte. En 1704 incendiaron las misiones al Norte de Florida.

La importancia de las misiones en Florida puede entenderse como un resultado de las Leyes Nuevas de 1542 o «Leyes y ordenanzas nuevamente hechas por su Majestad para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los indios». Resultaron de largas disputas y de la continua búsqueda de una legislación equilibrada que pudiera proteger los intereses de todos en un enorme reino. Se derivaron de las Leyes de Burgos e intentaban regular el sistema de encomienda, para que todo súbdito fuera protegido por el rey. En el debate influyó el criterio de sacerdotes dominicos, quienes consideraban las encomiendas abusivas. En 1540 Carlos V convocó en Salamanca a estudiosos para debatir cambios sobre la legisla-

ción en América. Estuvieron presentes Bartolomé de las Casas, Francisco de Vitoria y figuras humanistas y religiosas. Por ello, la legislación americana a partir de 1542 fue mucho más defensora de los aborígenes, sobre todo si se compara con la situación temprana en las Antillas, que fue una gesta más militar y desordenada, a la que se adosaban algunos sacerdotes, principalmente dominicos. La ocupación más tardía de Florida, por el contrario, se basó mucho en misioneros, que se adelantaban a las tropas y creaban misiones. Se introducían en los extensos territorios de Norteamérica, a veces al costo de su vida, creando numerosos enclaves religiosos y catequizando a los indios. Con frecuencia lo hacían totalmente indefensos en medio de territorios inhóspitos y tribus agresivas.

La importancia de las misiones en Florida se entiende como un resultado de las Leyes Nuevas de 1542, derivadas de las Leyes de Burgos y resultado de largas disputas

COMPARACION CON OTRAS GESTAS DE CONQUISTA

Contradictoriamente, esos pequeños grupos nómadas y desestructurados ofrecieron desde los pantanos floridanos una máxima dificultad para la conquista española. Llama la atención que también fue muy difícil para España incorporar a su reino a los centrifugados restos de los mayas en Yucatán, una península igualmente baja y boscosa. No deja de ser una gran contradicción que en Norteamérica España se extendió más al Norte en la costa pacífica que en la atlántica.

En los actuales México y Perú, la conquista, más temprana y anárquica, se realizó descabezando la estructura jerárquica de la sociedad e incorporando la nobleza aborígen como nobleza hispana, y convirtiendo a los aborígenes en súbditos de la corona de España. Se interpreta que la incorporación fue más inmediata donde la estructura social era piramidal y en entornos de altura, donde los gérmenes eran menos agresivos y los pisos climáticos permitían diversos cultivos y sostener po-



Hernando de Soto, grabado de Juan Brunetti (1791)

blaciones de más densidad (Diamond, 2017). Recordemos el asombro de Bernal Díaz del Castillo cuando llegaron a Tenochtitlán. En Florida se enfrentaron a pequeños grupos humanos, nómadas, pobres y descentralizados. Fue mucho más difícil civilizarlos.

En Norteamérica el modelo de penetración, más clerical que militar, implicó crear numerosas misiones, cuyo fin más inmediato y evidente era evangelizar. La hispanización de Florida es preferentemente una historia de misioneros y evangelizadora, civilizadora e integradora, con su abnegación, entrega, generosidad, heroísmo y sacrificios sin límites. También una historia de acosos y agresiones exteriores que impidieron que España pudiera consumir su política. Ello, unido al mestizaje, fue decisivo en el tipo de dominio hispano, que consistió en diversas extensiones de un solo reino, administradas por virreyes, capitanes generales o adelantados. Vale comparar este

Entre 1513 y 1763 España tuvo el control sobre el territorio de Florida. Este último año lo cedió a Gran Bretaña, que por el tratado de París lo retuvo hasta 1783

modelo de ocupación con el desarrollado posteriormente por Inglaterra y Francia, en el siglo XVII, para colonizar aquellas tierras. En el Nuevo Mundo, ingleses y franceses prefirieron eliminar o desplazar a los nativos y sustituirlos mediante la importación masiva de esclavos negros africanos para los trabajos en plantaciones, todo sin mestizaje. Ello fue llevado al extremo en Saint Domingue, donde Francia concentró alrededor de medio millón de esclavos para producir azúcar con métodos de base científica, pero con una enorme brutalidad contra la mano de obra.

Entre 1513 y 1763 España tuvo el control sobre el territorio de Florida. Este último año lo cedió a Gran Bretaña, que por el tratado de París lo retuvo hasta 1783. La mayoría de los habitantes y supervivientes de los pueblos indígenas de Florida se fueron hacia otras posesiones españolas, en especial a Cuba. España sufrió en Florida el desgaste del «efecto frontera» ante las cercanas colonias inglesas y francesas. Eso explica en parte que arriara su bandera en el castillo de San Marcos el día 17 de julio de 1821, ante la emergente gran potencia de Estados Unidos. Pero este país, en un veloz proceso de industrialización, requirió incorporar inmigrantes. Esto, unido al descenso de la tasa de reproducción en EEUU y a geoestrategias a largo plazo, parecen haber implicado la repoblación



Grabado que ilustra la expedición de Ponce de León a Florida (1885)

hispana de Florida. Por otro lado, hay que recordar que para su independencia EEUU contó con apoyo logístico y tropas regulares españolas, con diversas acciones militares directas y de apoyo, entre las que destacan las del aguerrido Bernardo de Gálvez, entonces gobernador de la Luisiana, que en 1781 venció en Pensácola en gesta memorable, retornando con ello todo el territorio a España y a su Capitanía General de Cuba. En esa acción un destacamento salió directamente de La Habana, comandado por Juan Manuel Cajigal. Como consecuencia de estas acciones, las tropas inglesas tuvieron que dispersarse hacia el sur, dando un respiro al general Washington. Florida fue entonces reintegrada a España hasta 1819.

Cuando en 1959 unos rebeldes tomaron el poder en La Habana, Cuba, asaltaron de manera «revolucionaria» una ciudad pujante, aún muy parecida a Cádiz o a Sevilla; en muy poco tiempo un cuarto

de millón de cubanos fue obligado a dejar sus propiedades y patria. La revolución cubana implicó una serie de intrigas y golpes de mano subterráneos en los que resultaron castradas las posiciones más comedidas, y ello determinó la expulsión sin previo aviso de esa alta cultura habanera (hispanocubana). Fueron a parar a donde de manera natural conducían la historia y las corrientes marinas. El punto escogido se llamó Miami, en Estados Unidos. Aceptar masivamente a aquellos muy preparados inmigrantes hispanocubanos fue un acto de compasión y bondad. La enorme nación industrial del norte creó las bases para que Miami se transformara en la capital financiera y cultural de Hispanoamérica. Y en el sur de Florida se abrió una ventana para la posterior inmigración masiva desde otros muchos países, no solo ya de braceros mexicanos. Llegaron entonces grandes grupos de nicaragüenses, salvadoreños, colombianos, venezolanos, etc., que hoy intentan integrarse en una ciudad multicultural y cosmopolita, desde una Florida rehispanizada. ■

ESPECIAL ASOCIACIÓN
HÉROES DE CAVITE

FEBRERO 2022

LAUS HISPANIAE

REVISTA DE HISTORIA DE ESPAÑA

**CÓMO LOS ESPAÑOLES
CAMBIARON EL MUNDO**

**LA GUERRA DE FILIPINAS
El diario de Juan Verd**

**BALER NO SE RINDE
La épica resistencia
de los Últimos de Filipinas**

OCÉANO PACÍFICO

El lago español